

CRIMEN & CIA.

K.C.
Constantine



**El hombre
al que le
gustaban
los
tomates
tardíos**

SERIE MAYOR



Lectulandia

Mario Balzic es uno de esos jefes de policía tan próximos a los habitantes de su ciudad que siempre conoce la razón de todo lo que allí sucede. Su ciudad es Rockburg, un enclave minero del oeste de Pensilvania en el que comienza a escasear el carbón.

En esta novela la clave son los tomates que curiosamente han crecido fuera de temporada. En el bar Muscotti, el refugio de Balzic, Jimmy Romanelli le vende varias cestas de tomates a Vinnie, la camarera. La singular pasión de Jimmy por el cultivo de los tomates, aparentemente inocente, desencadenará una serie de funestos acontecimientos.

Lectulandia

K. C. Constantine

**El hombre al que le gustaban los
tomates tardíos**

Mario Balzic - 5

Crimen & Cía. (Serie Mayor) - 10

ePub r1.0

Titivillus 06.08.18

Título original: *The Man Who Liked Slow Tomatoes*

K. C. Constantine, 1982

Traducción: Roser Berdagué

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

L OS relojes que había detrás de la barra del Muscotti señalaban la misma hora que el reloj de pulsera de Mario Balzic, el jefe de policía: las tres y media. Si Balzic hubiera podido zafarse de la peliaguda reyerta del ayuntamiento de Rocksburg, ni un desastre natural se lo habría impedido. Hacía un mes que había expirado el convenio del sindicato de la policía y desde entonces la Orden Fraternal de la Policía estaba dando la lata en relación con lo que podía hacer en caso de huelga. Tanto el alcalde como los concejales no cejaban de instar a Balzic pública y privadamente para que adoptara un papel más «visible» en las negociaciones encaminadas a llegar a un nuevo convenio, mientras que sus hombres se mostraban suspicaces y estaban sobre ascuas porque no tomaba partido pública o privadamente. De lo que Balzic estaba absolutamente seguro era de que, de no haberse escapado de las negociaciones cuando lo había hecho, se habría asfixiado: el humo de los cigarrillos, puros y pipas se le pegaba a la ropa y a los cabellos, de la misma manera que el humo de los intereses, resentimientos y estratagemas psicológicas y políticas le paralizaban el cerebro.

—Dame un vaso de vino —le dijo a Vinnie, que estaba en la barra—. El Mondavi, hazme el favor, no el mejunje de todos los días.

—¡Ah! Y buenas tardes... —dijo Vinnie.

—Venga, dame el vino.

—¿Y qué me dice de unos tomatitos? ¿Quiere unos tomates? Estoy de tomates hasta las narices.

—Pero ¿esto qué es? ¿Esto es un bar o un mercado? ¿Eres un camarero o un vendedor ambulante?

Balzic suspiró, se aflojó la corbata y se sacó unos billetes del bolsillo.

—¿Cuánto es el vino? ¡Mira, hasta tengo dinero!...

—Está bien, está bien —dijo Vinnie, apartándose y volviendo al momento con una botella sin abrir de Mondavi Cabernet Sauvignon, que había sacado de la nevera de las cervezas.

Mientras introducía el abridor en el corcho, la botella comenzó a sudar debido a la condensación.

—¡No fastidie! ¿De veras tiene dinero?

—Oye, ¿de veras tienes tomates?

Balzic esperaba que Vinnie no tuviera.

—Pues, claro —dijo Vinnie, asintiendo enérgicamente con la cabeza—, ya se lo he dicho: ¡tengo tomates!

Después de toda la verborrea de tipo financiero que Balzic se había tenido que tragar desde primera hora de la mañana, le parecía que aquello era la primera cosa con pies y cabeza que oía aquel día.

—Pero ¿qué demonios estás diciendo? ¿Tienes tomates? Estamos a no sé cuántos de junio, ¿qué día es hoy?

—Quince de junio, ese es el día en que estamos.

—¡Demonio!, ¿ya?, ¿ya estamos a quince? Bueno, aún así, solo puedes tener tomates si algún maniático ha asaltado un camión de Florida.

Balzic tomó un largo y lento sorbo de Mondavi. Algunos días servir el vino tan frío como el que tenía en el vaso era un pecado. Pero no hoy, porque hoy se le volvía dulce en la boca y le llenaba el corazón. Todavía valía la pena vivir si, después de dedicar el día a la redacción de un nuevo convenio sindical, se podía paladear un vino como aquel.

Balzic saboreó el gustillo y dijo:

—Así que, ¿de dónde has sacado los tomates? No tienes invernadero, no conoces a nadie que tenga invernadero, en tu puñetera vida has comprado un solo tomate de los que vendes... y estamos en junio. ¿De dónde has sacado los tomates?

—¡Caliente, caliente! Lo que usted dice es verdad. Tiene toda la razón del mundo. Pero, mire. ¿Qué son estos... racimos? —dijo Vinnie agachándose detrás de la barra y sacando una cesta de paja llena de tomates totalmente maduros.

—Oye —dijo Balzic que, sin darse cuenta, se había quedado con la boca abierta—. ¿De dónde los has sacado?

—Jimmy Romanelli. Me ha traído tres cestas. ¿Qué le parece?

—Me dejas de una pieza. No había visto nunca tomates en junio en estas tierras. Así que él mismo los cultiva, ¿no?

—Pues claro que sí. ¿Quiere alguno o qué?

Balzic miró a Vinnie y tomó otro sorbo de vino, ahora un pocq menos frío debido al calor de la barra y de sus dedos.

—¿A cuánto?

—Oiga, ¿sabe a cuánto pagué los tomates ayer...?

—He dicho que a cuánto. No quiero saber cuánto pagaste tú. Digo que a cuánto.

—Un dólar seis tomates. Todo el cesto por cuatro cincuenta.

—¡Venga!

—Oiga una cosa —dijo Vinnie—, ¿sabe cuándo puede conseguir un precio así? Pues a las tres y media de la madrugada en Pittsburgh, cuando descargan los furgones. Entonces y solo entonces.

Balzic se restregó los labios y apuró el vino.

—Dame una docena. ¿Tienes bolsa o tengo que llevarla yo?

Vinnie dio un paso atrás y se llevó las manos a las caderas.

—Oiga, Mario, últimamente está hecho un verdadero asno, ¿no lo sabía? Me refiero a que no hay quién le tosa. Lo que es estas dos últimas semanas no hay quien lo aguante. Usted no es el único que tiene problemas, ¿sabe?

Balzic notó que se ponía como un pimiento. Bajó la vista, se miró las manos y después se quedó un momento rascándose la barbilla.

—¡Uy!, ¿qué quieres que te diga? —dijo, por fin—. ¿Así que últimamente no hago más que fastidiar a mis amigos? Pues sí que lo siento, oye.

—No me venga con disculpas. Toda la gente de aquí sabe que sus chicos van a la huelga, todo el mundo sabe que esos payasos del ayuntamiento no lo dejan a sol ni a sombra... quiero decir que todo esto no hay quien lo ignore, pero ¿y yo qué tengo que ver? ¿Es que me parezco al alcalde o qué?

Balzic se encogió de hombros a manera de disculpa.

—¡Vamos, no te lo tomes así! ¡Anda, sírvete algo!

—Yo no quiero tomar nada —dijo Vinnie—. Lo único que pido es un poco de consideración... no mucha, solo un poquito... y que cuando me hable como si yo fuera uno de esos imbéciles del ayuntamiento, que no se equivoque.

Balzic volvió a encogerse de hombros.

—Oye, no volverá a ocurrir.

—Sí, volverá a ocurrir —dijo Vinnie—, porque usted es así. Pero de vez en cuando alguien tiene que cantarle la caña.

Balzic ya iba a contestar para defenderse cuando sonó el teléfono y Vinnie se retiró rápidamente para atenderlo.

—¿Diga? —dijo Vinnie—. Hola, encanto... No, no está aquí... No, no lo he visto desde ayer, cariño, cuando vino a traer los tomates... Oye, ¿por qué habría de inventarme un cuento, amor mío?... Soy incapaz... Lo que se dice incapaz... Oye, Franny, yo no me invento ningún cuento cuando veo que una persona está tan alterada como estás tú. ¡Ni hablar!... De acuerdo... Sí, lo haré, cariño. Así que lo vea... y tú siéntate y ponte un poco de *brandy* en el café. Oye, que él volverá... Probablemente está por ahí de parranda, ya sabes, habrá ido a echar una cana al aire, estará perfectamente... De acuerdo, amor mío, no te preocupes. Le diré que te llame en seguida... De acuerdo. Adiós.

Vinnie miró a Balzic, hizo girar las pupilas, terminó de llenar los dos vasos de cerveza a dos clientes sentados a la barra a la derecha de Balzic y volvió a colocarse rápidamente delante de este con la botella de Mondavi en la mano. Esperó a que Balzic hubiera terminado del todo el vino y se lo llenó de nuevo.

—¿Qué pasaba? —preguntó Balzic.

—No, el tipo de cultiva los tomates. Era su mujer. Parece que no ha vuelto a poner los pies en casa desde ayer.

—¿Quién es?

—Romanelli, Jimmy. Antes trabajaba en las minas de Westfield Township.

Probablemente lo ha visto por aquí. Desde que cerraron el año pasado no ha hecho nada de bueno. Ha terminado los cheques del subsidio del paro y no puede cobrar de beneficencia porque es propietario de la casa en que vive. —Vinnie limpió la barra—. No es que esté mal, pero es un cabezota. Siempre acaba saliéndose con la suya.

Balzic negó con la cabeza, dando a entender que no conocía a aquel Romanelli, aunque el nombre le sonaba sin que supiera exactamente de qué.

—Bueno, si no lo conoce a él, seguro que conoce a su mujer —dijo Vinnie—. Sabrá quién es su padre. Su madre murió. Ella se llama Franny, Mary Frances Fiori. Y su viejo se llama Mike. Era un tío de peso en el sindicato, como el padre de usted. ¡No me diga que no sabe quién es, por Cristo!

—¡Ah, sí, lo conozco! Mike Fiori, ¡Dios santo! ¿Todavía vive? —dijo Balzic, moviendo la cabeza como si no acabara de creérselo—. Tendrá, por lo menos, ochenta años.

—Sí, más o menos eso tendrá, setenta y nueve u ochenta. Ayer precisamente me lo decía Jimmy. Está hecho un toro. Cada día trabaja en su huerto, camina siete u ocho kilómetros diarios, sale a cortar leña para la casa, cocina, limpia, se ocupa de su persona... ¡Claro que a la fuerza ahorcan! Como no volvió a casarse...

—¿No volvió a casarse?

Vinnie dijo que no con la cabeza.

—Pues no. ¡Usted tiene que estar enterado, coño! Seguro que sí.

Balzic se encogió de hombros.

—Lo habré olvidado.

—Pues sí, él mismo se ocupó de la pequeña, porque la niña era un renacuajo de nada cuando murió su mujer. ¿Qué tendría? Dos o tres años... cuatro a lo más. ¡No, que la cosa no era así de fácil! Pero es un tío en toda regla. En su vida ha pedido nada a nadie.

—Es verdad —dijo Balzic, que sentía la comezón del remordimiento por haber perdido todo contacto con el viejo—. ¡Maldita sea! Habría jurado que había muerto...

—Pero ¿qué dice? ¿Fue a su entierro?

—Pues ahora que lo dices, no...

—Pero ¿qué coño pasa hoy? ¿Qué quiere decir eso de «pues ahora que lo dices, no»? El viejo de usted y Mike Fiori eran uña y carne. ¿Lo ha olvidado o qué? Pues si lo ha olvidado, debería darle vergüenza.

—Me la da.

—No me extraña... Pues no, está vivo y el viejo llegará a los cien. Ayer, sin ir más lejos, me lo decía Jimmy: el viejo Mike se pasó cincuenta y cinco años bajo tierra. ¡Imagínese! ¡Cincuenta y cinco malditos años en la mina! Empezó a los trece. Y entonces todo era pico y pala.

Balzic movió pensativamente la cabeza, reflexionando en el motivo que le había hecho perder contacto con un hombre con el que su padre había compartido tantas cosas.

—Sí, esos hombres eran de una raza aparte.

Balzic pensó en Mike Fiori, en su padre y en otros como ellos, hombres que se habían pasado la vida bajo tierra, arrancando carbón a base de pico y pala, la mayor parte del tiempo sin poder ponerse de pie y a menudo de rodillas. Balzic sintió un estremecimiento. Odiaba la mina. No había sentido nunca claustrofobia, no se había encontrado nunca en una situación que le produjera aquella sensación, pero no tenía más que pensar en la mina de carbón e inmediatamente sentía una opresión en el pecho y su respiración se convertía en una sucesión de jadeos y resoplidos. Sentía un enorme remordimiento por no saber dominarse y se sentía imbécil por sentir remordimiento. Pero era inevitable. No tenía más que pensar en la mina y allí estaba aquella sensación. Vacío el vaso y lo acercó a Vinnie para que se lo llenara otra vez.

—¿Qué le pasa? —dijo Vinnie—. ¿Tiene frío?

—¿Qué? No, estaba pensando en una cosa. ¿Cómo dices que se llama el tipo ese?

—¿Qué tipo?

—El de los tomates tempranos.

—¡Ah! Romanelli.

—¿Cuántos años tendrá? Unos cuarenta, ¿no?

—Sí, es lo que le he dicho —dijo Vinnie.

—Hace pequeños negocios, ¿no?

—¿Qué clase de negocios? Su mujer trabaja y él se ocupa del huerto.

—No, no, hace otros negocios. El nombre me lo tengo oído. De los estatales, de los de la droga estatales. —Balzic levantó la cabeza y observó a Vinnie por encima de la montura de las gafas—. ¿Qué hace? ¿Eh?

Vinnie desvió la mirada, incómodo, y se agachó debajo del mostrador, donde escupió en una caja de cartón vacía que utilizaba para basura.

—¿Me está tomando el pelo? ¿Eh? Él no ha hecho nada. No sirve para los negocios. Ya se lo he dicho, es un verdadero imbécil que siempre quiere salirse con la suya. Se cree que se las sabe todas. Con esa clase de gente no hay quién quiera hacer negocios... quizá una vez vale, pero dos no. Nadie es tan imbécil como ellos. Por esto, al cabo de un tiempo, ya no encuentra a nadie que quiera hacer negocios. Y entonces se tiene que ir con la música a otra parte. Tiene que buscar otra primera vez. Pero este no se mueve de aquí. Se ocupa del huerto.

—Quizá estoy hablando de otro tipo —dijo Balzic, encogiéndose de hombros—. Pero hay un Romanelli con un asunto pendiente.

Vinnie se llevó las manos a la cadera e hizo como si mirara el tráfico a través de la ventana que tenía enfrente.

—Los de la droga, ¿eh? ¿Y qué andan buscando?

—Oye, —dijo Balzic, apoyándose en la barra—, tú que eres un miembro del elemento criminal organizado, ¿cómo es que...?

—¿Cómo? —dijo Vinnie, exaltado.

—¿... cómo es que no sabes lo que andan buscando?

—¿Que soy qué? ¿Cómo? ¿Qué cosa organizada?

La voz de Vinnie había subido media octava.

—Cálmate —dijo Balzic, sonriendo maliciosamente—. ¡Yo qué sé lo que andan buscando! A mí no me lo dicen. Quizá porque el único sitio donde encuentran algo es en los armarios del instituto o de la universidad local. Supongo que se trata de marihuana, eso con lo que la gente hace un millón de dólares por minuto, si los periódicos dicen la verdad... en Florida y en Texas y donde sea. Y a propósito, ¿por qué no te retiras a Florida y te dedicas al negocio de la importación?

Vinnie volvió a mirar hacia la ventana y se quedó así un minuto. Estaba abstraído. Después, muy serio, dijo:

—¿Cuántos tíos se figura que matan por allí, bajo aquel sol esplendoroso, solo porque no hablan español?

Antes de que Balzic tuviera tiempo de contestar volvió a sonar el teléfono. Balzic no tardó mucho en descubrir que la persona que llamaba era la misma mujer que hacía un momento se había interesado por su marido. Por las palabras y el tono de voz de Vinnie era evidente que estaba al borde del histerismo.

—Escucha, Franny... oye, cariño... Franny, no te entiendo si hablas y lloras a la vez... por favor, tómate un segundo para ver si te calmas un poco, chica...

Vinnie hizo un movimiento con la cabeza, miró para el techo y carraspeó.

—Te lo he dicho antes, amor mío: no lo he visto desde ayer... Está bien, ¿por qué no quieres creerme? ¿Quién soy yo? ¿Soy una rata, una persona que miente?... Frances, cariño, no hay nadie que se pase haciendo lo mismo día tras día. A veces hay que variar un poco la rutina, porque si no lo haces el cerebro se te convertiría en puré de tomate. Todo el mundo...

Vinnie se apartó el teléfono de la oreja con un respingo. Después, dirigiéndose a Balzic, se lo ofreció como invitándole a hablar con ella.

Balzic levantó las dos manos y movió la cabeza con un movimiento categórico.

—No hay nada que hacer —murmuró Balzic, como si hablara con el vino, al tiempo que se tomaba un sorbo más.

Hizo girar la lengua en la boca y la retuvo un segundo antes de tragar. Ya era bastante grave dejar que la negligencia le hubiera hecho perder una amistad con Mike Fiori para que la reinstaurara ahora a través de una conversación con su hija. Además, había recuerdos: de cuando él era un adolescente y ella todavía una niña y él la vigilaba mientras los padres de ambos hablaban. Pese a que no existían unos vínculos de sangre, entonces él la consideraba una especie de prima y, al pensar ahora en aquellos tiempos en los que hacía tanto tiempo que no pensaba, aquella negligencia que había tenido con el padre de Frances todavía hacía más aguda la vergüenza que sentía.

—¿... que has llamado a todos los hospitales desde aquí hasta dónde?

Los ojos de Vinnie parecieron salirse de las órbitas al enterarse de todos los hospitales a los que había llamado.

—¿Y a la policía estatal?... ¿Y a la policía de Rocksburg?... ¿cómo, cómo, cómo?, ¿que el poli de Rocksburg no quería saber nada del asunto?

Vinnie tapó con la mano el aparato y musitó a Balzic:

—¿Qué? ¿No lo está oyendo? ¿Se entera de lo que dicen sus muchachos? Esa chica está preocupada por su marido y sus muchachos le dicen que se ponga tranquila. Tome, hable usted con ella.

—¡Bah!, ¡esto son paparruchadas! —dijo Balzic.

—¡Vamos, vamos, doctor, dele usted una medicina a esta chica, dele una receta! A mí no me hace caso.

Balzic se bajó las gafas sobre el puente de la nariz y arremetió contra Vinnie.

—Pero ¿es que no lo entiendes? Hace años que no hablo con ella...

—Está bien, pero esa mujer no está interesada en resucitar viejas amistades, lo único que quiere es encontrar a su marido.

Balzic se levantó y recorrió la barra en dirección a Vinnie, que no paraba de tirar del teléfono para uno y otro lado y que adoptó un aire de decidido alivio.

—¿Qué es toda esa perorata sobre cosas que los amigos hacen a los amigos? —dijo Balzic.

Le cogió el teléfono e hizo como que daba un puñetazo a Vinnie, quien lo esquivó y se echó a reír para su capote como un bobalicón, contento de haberse liberado del problema.

—Oiga, señora Romanelli, aquí el jefe de policía. ¿Puedo servirla en algo?

Balzic no tenía intención de identificarse de manera más precisa.

Inmediatamente escuchó el ruido que hace una nariz cuando alguien se suena y a continuación se produjo una pausa.

—¿Qué hace usted aquí?

—Esto no viene al caso señora Romanelli. ¿Qué problema tiene? Parece que su marido falta de su casa desde ayer, ¿verdad? ¿Había faltado alguna otra vez antes de ahora?

—No es que haya faltado una noche. Ahora son casi las cuatro y cuarto. Salió de casa a eso de las dos del mediodía de ayer y me llamó al trabajo para decírmelo. Desde ayer por la mañana que no sé nada de él.

—Señora Romanelli... ¿se había comportado de manera diferente últimamente? He sabido a través de Vinnie que se había quedado sin trabajo y que ahora había dejado de cobrar el paro... bueno, ¿no podría ser que tuviera muchas presiones por este lado? ¿No había dado muestras de...?

—¡Ni hablar! —le interrumpió ella—. No tiene nada que ver. Estaba como siempre. Por esto le digo que habría tenido que regresar hace mucho tiempo.

—Bien, de acuerdo, ¿en qué iba? ¿En coche, en su propio coche, en el coche de otra persona, andando, cómo?

—Iba andando, porque el coche lo tengo yo.

—¿Y dónde vive usted? ¿Lo sabe Vinnie?

—Sí, Vinnie lo sabe.

La mujer tenía grandes dificultades para hablar, porque los sollozos entrecortaban su voz.

—Señora Romanelli, ¿qué me dice de sus amigos? ¿Se ha puesto usted en contacto?

—He llamado a todo el mundo. Nadie... nadie lo ha visto.

—Bien, bien... Veamos, ¿tiene usted a alguien con quién pueda usted estar? Me refiero a alguna amiga, a algún pariente, quizá su padre. Vinnie me ha dicho que su padre vive todavía y que está en muy buena forma. Era muy amigo de mi padre. Quizá podría estar con...

—¿Por qué?

—Pues porque veo que está muy afectada, señora Romanelli. Quiero decir que lo entiendo, pero que no conviene que esté usted sola en su casa si realmente...

—Yo me quedo aquí.

—Muy bien, de acuerdo. Voy a enviar un hombre a su casa y hablará con sus vecinos y probablemente también querrá hablar con usted. Y haremos alguna comprobación, señora...

—¡Alguna comprobación! —comenzó a gritar—. Aquí ha pasado algo raro, se lo digo yo. No lo había hecho nunca. ¡Nunca! Mejor que hicieran algo más que comprobaciones, se lo aseguro. Es que no me lo puedo creer, ¡no puede ser!...

—Señora Romanelli, no se lo tome así. No sirve de nada que se ponga de esta manera.

—¡No me diga estas cosas! ¡Haga algo! ¡Aquí está pasando algo raro! Mi marido... mi marido...

Y no pudo continuar. Su llanto se convirtió en sollozos y se oyó el teléfono al desconectarse.

Balzic colgó el auricular y volvió a su taburete. La barra estaba empezando a llenarse de nuevo. Pasaban unos minutos de las cuatro y empezaban a llegar los que hacían el turno de trabajo de ocho a cuatro. Por la tarde llegaban a oleadas, que se iniciaban a las tres. Pedían una cerveza, un trago o las dos cosas. Cada cinco minutos entraban y salían otros nuevos. Había la oleada de las tres y media, otra a las cuatro, otra nuevamente a las cuatro y media, a las cinco y otra a las cinco y media. En momentos de euforia, se habrían podido regular los relojes de acuerdo con las entradas y salidas; cuando corrían malos tiempos, las quejas se podían calibrar de acuerdo con los taburetes vacíos. Una vez Balzic había oído decir a Mo Valcanas que si una persona quería conocer el pulso del país podía enterarse contando los clientes que había cada día en Muscotti o bien leyendo el *Wall Street Journal*.

Aquí estaban, los de la oleada de las cuatro, y la caja registradora no paraba de sonar. Balzic calculaba que por cada ruidito de la caja registradora Vinnie se guardaba como mínimo veinticinco centavos y que esto era lo habitual. Cuando la mujer de Vinnie tenía alguna apetencia especial, Vinnie podía hacer que cada ruidito

fuera de medio dólar y seguir mirando el mundo con los ojos directos, puros y decididos. A Balzic esto le fascinaba.

Estaba allí delante, a menos de un metro y medio de distancia del lugar donde Vinnie amasaba su peculio y no podía ver cómo lo hacía, aunque sabía que ocurría, sabía que hacía años que el hecho se producía y era testigo de ello desde hacía años. Ahora lo estaba viendo una vez más y, aunque podía darse cuenta visualmente de cómo se iban hinchando los dos bolsillos delanteros de los pantalones de Vinnie, Balzic no habría podido explicarse a su entera satisfacción cómo conseguía Vinnie su caja diaria.

Balzic movió la cabeza lleno de admiración. El propietario, Dominic Muscotti, pagaba a Vinnie el salario mínimo autorizado por la ley federal, con lo que contribuía mínimamente a los impuestos locales, a los de consumos y a los impuestos sobre la renta estatales y federales, pagos en concepto de paro y seguro y Seguridad Social a nombre de Vinnie. Vinnie, por su parte, también pagaba lo mínimo. Aparte, en virtud de un acuerdo que funcionaba desde hacía mucho tiempo, Vinnie robaba todo cuanto él consideraba merecer, ya que el acuerdo consistía en un juego según el cual Muscotti se tenía por víctima de robo y habría echado a la calle (o peor aún) a Vinnie de haberlo sorprendido alguna vez y Vinnie estimaba que podía robar todo lo que le hacía falta para vivir siempre que no lo atraparan porque, si lo hubieran atrapado, ya no habría merecido trabajar en un lugar donde podía robar tanto.

Y si alguien oía hablar a los dos del asunto, como tantas veces los había oído Balzic, daba la impresión de que Muscotti y Vinnie, como resultado de alguna perversión, estaban entrampados en un perpetuo odio mutuo o habían llegado a descubrir el procedimiento perfecto para estafar al gobierno a cualquier nivel todo impuesto que el gobierno creía merecer. Como Vinnie decía a menudo:

—Oiga una cosa, a Dom lo puede estafar Tío Azúcar^[1] o lo puedo estafar yo. Él a mí me conoce. Mejor que a uno le estafe una persona que conozca, ¿no le parece? ¿Quién se conformaría con que lo exprimiese el tipo de los impuestos cada tres meses cuando yo puedo exprimirlo todos los días?

El argumento de Vinnie se fundaba en algo más permanente que la lógica. Tenía en la misma médula de los huesos la firme convicción de que los gobiernos poseían una capacidad sistemática, organizada e infalible, para estafar a los gobernados, convicción que a su vez le inspiraba el deber de resistirse al gobierno a todos los niveles a base de estafarlo. Para Vinnie todo se reducía a una emoción tan próxima al patriotismo que no le era posible concebir otra más próxima: América era grande porque, ¿en qué otro sitio se podían hacer trampas con los impuestos como en América?

—¿Se figura que podría hacer todos esos juegos malabares en Rusia? ¡Que se vayan al cuerno esos comunistoides! Imagínese un país donde todo el mundo fuera patrón, ¡valiente mierda!...

—¿Cómo lo haces? —dijo Balzic finalmente.

—¿Que cómo hago qué? —dijo Vinnie mientras lavaba unos vasos.

—Hace años que te vigilo y todavía no me he enterado.

—Porque usted está en la higuera, los de la pasma están en la higuera —dijo Vinnie, secándose las manos en el mismo trapo que utilizaba para limpiar la barra—. Usted anda buscando magia, manos rápidas. La mano es más rápida que el ojo y toda esta mierda. Se lo he dicho cientos de veces. No es cuestión de magia. ¡Es aritmética!

La voz de Vinnie, alta en las circunstancias más corrientes, se convertía en rugido cuando había mucha gente. Hablaba en un tono algo más bajo que el de tenor, pero por encima del de barítono y siempre como si estuviera ensayando un discurso. En cualquiera que no hubiera sido él, aquella combinación habría podido parecer una afectación. En Vinnie era algo absolutamente natural, si bien entre los habituales siempre había persistido la sospecha de que Vinnie era un poco sordo y que por eso gritaba tanto.

—No tiene nada que ver con las artes de Houdini. Todo está aquí dentro —dijo Vinnie golpeándose la sien—. Soy el sumador, restador, multiplicador y divisor más rápido del mundo.

—Hay mucha gente que suma aprisa.

—¿Sí? Mire lo que le digo: si sumar rápido fuera como dar puñetazos yo sería el campeón mundial de pesos pesados.

Vinnie inspeccionó la barra, comprobó que hubieran sido atendidas todas las demandas, dobló el trapo con el que la limpiaba, lo colocó abajo, volvió a cogerlo y lo echó de nuevo sobre la barra.

—Creía que enviaría a uno de sus muchachos a hablar con Franny.

—¿Qué?

—Ya me ha oído. ¿Y no va a hacerlo... después de lo que le ha dicho? ¿Qué clase de tapujos son esos?

—Vamos, ¿qué te crees? Un tipo que está en paro y no va a dormir a su casa una noche y tengo que enviar a un policía a investigar qué ha pasado. ¡Tenemos mejores cosas que hacer! Si vuelve a llamar, a lo mejor me da por ahí y lo hago, pero como mínimo dejaré que pasen las veinticuatro horas.

—Según ella ya han pasado.

—No, lo que ha dicho ella es que no lo ha visto desde ayer por la mañana, pero lo viste tú. ¿Parecía estar en peligro? ¿Estaba borracho quizá?

—No.

—¿A cuántos hospitales ha llamado? Cuando ha dicho a cuántos hospitales había llamado creía que se te saltaban los ojos de la cara. Y a los polis... y a los amigos... ¿No es así? ¿Qué crees que habrá pasado?

—A lo mejor ha encontrado algo —dijo Vinnie con mirada socarrona.

—¡Claro! Es lo que yo pienso. Y cuando se haya limpiado el carmín de los labios y se hay inventado una historia que ella se la pueda tragar, entonces aparecerá por casa. ¿Tenía dinero ayer?

—¡Y tanto! Un par de veinte quizá. Uno de diez. Llevaba algunos billetes.

—¿Le pagaste los tomates?

—Por supuesto que sí.

—¿Bebió algo?

—Un par de cervezas, eso es todo.

—¿Te dijo adónde iba?

—No —dijo Vinnie con la mirada clavada en la barra—. No, se marchó y listos.

A eso de las cinco.

—¿Tienes algún motivo para pensar que había algo que no le funcionaba bien?

Vinnie se encogió de hombros.

—¿Y yo cómo demonios lo voy a saber? No vivo con él.

—Ya lo sé, pero ¿qué crees?

—Pues no, supongo que no.

—Entonces no me preguntes si voy a enviar a alguien a hablar con ella porque si los vecinos no saben nada, la pista termina contigo. Así que vuelve a llenarlo, que hoy necesito este vino, amigo, hoy lo necesito...

Balzic todavía no había puesto los pies en la sala de estar, ni había besado a su mujer, ni había preguntado por su madre ni por sus hijas. Su esposa le tendió tres hojitas de papel cuadradas.

—¿Tres llamadas? ¿Desde que he salido de Muscotti hasta aquí he tenido tres llamadas?

Su mujer le tendió también un bocadillo que acababa de envolver en papel de aluminio.

—Así te aguantará mejor.

Balzic se agachó para besarla y ella se hizo atrás con fingido horror.

—Tienes los labios morados. Deja que te vea los dientes.

—¿Por qué?

—Quiero ver de qué color los tienes.

—Pues de un color diferente de los labios.

Su mujer lo zarandeó jovialmente.

—¡Venga abre la boca!

—¿Qué va a ocurrir? ¿Que no me vas a besar si el color no te gusta?

—Abre.

—¿Cuál es tu color preferido?

—Mario, abre.

—Apuesto que sigo teniendo las encías del mismo color de siempre.

—Mario, si tienes los labios morados quiere decir que llevas lo tuyo, y como también tengas los dientes morados quiere...

—Sí, quiere decir que llevo demasiado, lo sé.

—Anda, déjame ver.

Balzic negó con energía.

—Me voy a trabajar y no pienso dejar que nadie vea de qué color tengo los dientes, a no ser mi madre, y sé por adelantado que a ella le importa un bledo el color, porque me quiere lo mismo. Adiós.

Ya se dirigía a la puerta cuando dio media vuelta.

—Oye, Ruthie, nena, ¿esas llamadas son urgentes urgentes o puedo llamar, saber qué quieren, decirles que estoy hecho cisco y tumbarme un rato?

—Si no tuvieras los ojos tan morados como los labios, sabrías de qué va la cosa. —E inclinando la cabeza añadió—: Oye, ¿por qué no me haces caso? Te he dicho una y mil veces que bebieras vino blanco porque hay que acercarse mucho para notar el olor.

—De cuando en cuando hay que tomar tinto.

Se volvió otra vez, cruzó la puerta y cuando estaba ya bajando las escaleras frontales su mujer reaccionó:

—Oye, ¿y por qué no lo tomas solo de cuando en cuando?

Balzic no volvía nunca la vista atrás. Su mujer volvió a hacerle la pregunta, pero Balzic estaba demasiado absorto tratando de no tropezar con las escaleras para poder contestar. Cuando lo hizo ya estaba metido en el coche y hacía girar la llave del contacto.

—Pues no lo sé —dijo como hablando con el volante—, a veces tienes que probar. ¿Qué sería de la vida si no hubiera más que vino blanco? Tengo que ponerme algo de comida en el cuerpo, amiguito.

Balzic conducía muy cautelosamente por las calles y callejones de Rocksburg y así siguió durante veinte minutos hasta que se paró en uno de aquellos pequeños restaurantes familiares instalados junto al río para comprar un envase grande de café y llevárselo. Tenía la esperanza de que en aquel establecimiento en particular no lo conocieran, pero lo más probable era que sí lo conocieran y que, tal vez, comentaran que los polis no atrapaban criminales porque estaban demasiado ocupados poniéndose morados los labios. Balzic decidió que de ahora en adelante le haría caso a su mujer y que en horas de trabajo no bebería otra cosa que vino blanco.

Volvió a acomodarse en el coche y se dio cuenta demasiado tarde de que se había sentado en el bocado envuelto en papel de aluminio. Con las prisas por levantarse de encima del bocado, volcó la taza de plástico. Antes de que le diera tiempo de acordarse de que la taza estaba provista de una tapadera que cerraba herméticamente, se movió rápidamente de lado para recoger la taza y, al hacerlo, se pilló el pulgar en el volante con tal violencia que se arrancó un trozo de uña.

—¡Mierda! —exclamó mientras se metía el pulgar en la boca—. Tengo que dejar de beber de esa manera...

Seguía lamentándose, chupándose el pulgar, maldiciéndose por su evidente incapacidad de saber cuándo había bebido bastante y tratando de sacar lo que pudiera

quedar de bocadillo de debajo de su trasero cuando se dio cuenta de que había alguien de pie junto a la puerta del coche, que todavía no había cerrado.

Volvió repentinamente la cabeza.

Junto a la puerta, más desconcertado que sorprendido, aunque también sorprendido, estaba el agente novato Gregory Yurisich. No hacía más que tres meses que había entrado en el cuerpo y solo hacía unos días que había terminado su entrenamiento de dos semanas con la policía estatal.

—Señor —dijo Yurisich, después de carraspear un poco—, señor ¿puedo serle de alguna ayuda?

Balzac se sacó el pulgar de la boca con toda la dignidad que le fue posible aparentar.

—Sí —dijo, esforzándose en no tartajear—, sí, ¿no tendría una tirita por casualidad? Por poco me arranco la uña.

—Sí, señor, tengo un botiquín en el coche patrulla —dijo Yurisich, lanzándose al coche a toda velocidad.

Balzac levantó la pelvis, rescató el bocadillo y lo depositó en la segura superficie del salpicadero, después quitó con gran esfuerzo la tapadera de la taza de café y tomó tres largos sorbos. Ya tenía el café en el estómago cuando se dio cuenta de que había escaldado la primera piel del velo del paladar. Pero no le importaba, porque ahora ya tenía algo dentro del cuerpo que comenzaría a contrarrestar los efectos del vino.

Se recostó en el asiento y cerró los ojos.

—Entre todos los agentes ha tenido que ser con este con el que me he tenido que encontrar...

Cuando volvió, solícito, el novato con tres tiritas de diferentes tamaños, Balzac dijo:

—Yurisich, ¿se puede saber qué demonios está usted haciendo aquí?

—¿Señor?

—Tráguese lo de «señor» y dígame qué está haciendo aquí.

—Pues, señor, estoy haciendo la ronda.

Balzac tragó saliva, suspiró y, sacando la mano incólume para coger las tiritas, dijo:

—Sí, claro, pues entonces siga y trabaje.

—Sí, señor —dijo Yurisich, dejando caer las tiritas en la mano de Balzac y dando dos rápidos pasos hacia atrás.

—Y suprima de una vez por todas esos malditos «señores». Esto no es el Pentágono. ¿De acuerdo? Vale, siga y quítese de aquí.

Balzac tiró de la puerta para cerrarla y pasó a ocuparse del dedo, sirviéndose de los dientes para quitar el envoltorio de una de las tiritas y arrancar el revestimiento. Pese a que era muy torpe, consiguió colocársela en su sitio. Puso el contacto y arrancó justo en el momento en que se acordaba del sitio en el que acababa de dejar el café y, con una destreza que le habría resultado imposible explicar, conseguía cazar la

taza al vuelo antes de que cayera del salpicadero, logrando que solo le cayeran unas pequeñísimas gotas sobre la mano. El café seguía hirviendo.

Lanzó otro largo y ruidoso suspiro y arrancó en dirección a la comisaría a tan escasa velocidad que dos conductores tocaron el claxon al pasar por su lado. Uno de ellos, una mujer, le hizo un ademán con la mano derecha, levantándola y poniendo el dedo medio en alto. Balzic correspondió al saludo alzando la taza de plástico.

El otro conductor, un hombre que debía de hacer mucho tiempo que estaba jubilado, lo deslumbró mostrándole su dentadura postiza al tiempo que le dedicaba una mirada iracunda tan llena de vitalidad y tan justificada que Balzic se sintió incapaz de hacer otra cosa que corresponderle encogiéndose mansamente de hombros. No había razón para estropear al viejo aquella ocasión de hacer algo que cada vez tendría menos oportunidad de hacer. Balzic hacía votos para que, cuando se le desmontasen los dientes por habersele secado las encías, todavía pudiera tocar el claxon y pasar a un conductor con la mitad de sus años y aún le quedaran arrestos suficientes para recordar que en esos casos hay que lanzar además una mirada iracunda.

Balzic se metió con muchas precauciones en la zona de aparcamiento de detrás del ayuntamiento y pensó que a lo mejor el día que consiguiese pasar a algún imbécil y, con los dientes bailándole en la boca, le dirigiese una de aquellas miradas, tendría la suerte de que el interfecto llevase una pistola y le volase los sesos.

Balzic se metió lentamente en su plaza de aparcamiento, la que tenía una placa con su nombre fijada a un lado del edificio, y chocó contra la pared con la fuerza suficiente para volcar la taza de plástico que había dejado en el salpicadero y derramar el café sobre su pierna derecha.

El grito que pegó hizo salir de la comisaría al agente John Petrolac y al sargento Vic Stramsky, los dos con las pistolas en la mano.

Balzic había saltado del coche y estaba pegando botes sobre la pierna izquierda mientras increpaba a Stramsky y a Petrolac.

—¡Fuera pistolas! ¡No ha pasado nada, solo que me he derramado el café encima! Dejad de apuntar con el arma. ¡Os digo que no ha pasado nada, solo que me he quemado! ¿No me oís? Aquí no hay nadie más que yo. ¿Queréis dejar de apuntar de una vez antes de que nos hagamos daño todos?

Stramsky miró a Petrolac con aire de enteradillo.

—Ya te lo he dicho que hoy tendríamos el día. El primer día de calor del año. ¡Si es que no falla! Yo nunca...

—Déjate ya de filosofías y de comentarios y échame una mirada a la pierna, que a lo mejor tenéis que llevarme a urgencias.

Balzic ya se estaba subiendo la pernera de los pantalones.

—¡Vamos, que la cosa no es para broma! Echadme una mirada. Se me ha caído encima medio litro de café y estaba que echaba humo.

Stramsky se enfundó el arma y se puso en cuclillas para examinar la pierna de

Balzac.

—Si quiere ir a urgencias, vaya, pero no tiene ninguna necesidad. La pierna ni siquiera está roja.

—¿Que no está roja?

Stramsky movió negativamente la cabeza y se levantó.

—Su ojos sí lo están.

—Parece que eres buen observador —dijo Balzac—. Seguro que vas para oficial como mínimo.

Se bajó la pernera del pantalón por debajo de la rodilla y se dirigió a la sala de reunión de la comisaría.

Stramsky se encargó de parar el motor, apagar las luces, sacar las llaves y cerrar la puerta.

—Bueno, ¿qué pasa con todas estas llamadas? —dijo Balzac hablando por encima del hombro, sosteniendo en alto las tres notas que le había dado su mujer en casa.

Stramsky y Petrolac lo siguieron y lo observaron mientras revolvía los cajones del escritorio, al parecer tratando de encontrar una taza. Stramsky hizo una seña a Petrolac para que trajera, café a Balzac.

—Una mujer que está como enloquecida porque no hacemos nada para encontrar a su marido. En serio que está armando la gorda. Dice que si no hacemos nada y, además, aprisa, nos va a demandar y nos va a costar tan caro que en la ciudad no habrá dinero para pagarle y que nos pondrán a todos de patitas en la calle.

—Se llama Romanelli, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Pues bien, después de la jarana de todo el día y justo antes de la jarana de ahora, ha habido un momento en el que casi me he sentido como una persona normal y me he sentado tranquilamente a paladear mi Robert Mondavi justo cuando esa mujer ha llamado a Muscotti y lo ha sacado todo de madre.

—¡Ah!, pues si lo hubiéramos sabido, no le habríamos molestado.

—¿Habéis enviado a alguien para hablar con ella o con los vecinos?

—Sí, ha estado Petrolac.

—¿Y bien?

Apareció Petrolac junto a Balzac y le tendió un tazón de cerámica lleno de café.

—No ha querido hablar conmigo —dijo Petrolac—. Tenga cuidado, que eso está muy caliente.

—Bueno, pero algo habrá dicho.

—Todo lo que me ha dicho es que no pensaba hablar con ningún vulgar agente y que solo hablaría con el jefe. Lo ha dicho con estas mismas palabras.

Balzac sopló el café.

—¡Vaya, vaya! ¿Y los vecinos qué dicen?

—Bueno —dijo Petrolac, haciendo un ademán para indicar a Stramsky—, él no ere que pase nada raro, pero toda esa gente que vive a cada lado de su casa, así que le

menté su nombre, se quedaron callados como muertos. Después se pusieron a mascullar que no los conocían de nada, que ellos estaban en sus casas y todas esas cosas que suelen decirse.

—¿Y tú piensas que esto es raro?

Petrolac asintió.

Stramsky soltó una risotada y dijo:

—Seguro que está con alguna...

—Pero ¿por qué los vecinos se quedan callados como muertos? —dijo Petrolac.

—¿Se callan como muertos, tú te figuras que se callan como muertos o es que tú entras con muchos fueros? —dijo Stramsky.

—Yo no entro con muchos fueros, ni se me pasa siquiera por la cabeza. He hablado con gente de cuatro casas diferentes. Todo el mundo lo conocía, y a ella también y lo que le digo... ellos se quedan... bueno, no sé. Quizá no he hecho bien las preguntas, pero es que ellos dejan...

Petrolac se encogió de hombros mientras decía algunas palabras que se perdían.

—Mira, no te preocupes —dijo Balzic, dando unas palmadas al hombro a Petrolac—. Tendrías que haberme visto cuando empecé. Siempre hablando en el tono en que no hay que hablar, siempre poniendo la cara que no hay que poner, siempre al revés. Lo hacía todo para sacar a la gente de sus casillas y, encima, ni me daba cuenta. Hice algunos estropicios que fueron sonados. Déjame que me tome un poco de la porquería esta... ¿qué diablos es este mejunje? ¡Qué asco! Bueno, sea lo que sea, tan pronto como tenga dentro lo bastante de esta basura para poderme calificar de borracho despejado, volveremos a hablar con la señora esa y así te darás cuenta de cómo hay que hacerlo.

»El truco es hacer como si a uno le pasara algo, hacer ver que está herniado, que tiene la espalda hecha polvo o una pierna más corta que la otra... cualquier cosa que los lleve a creer que no puedes hacerles ningún daño. Te aseguro que te lo sueltan todo. Ya aprenderás a conocer en qué momento hay que parecer débil, Petrolac. Y cómo hay que hacerlo. Hay que practicar... sí, en serio, no lo digo en broma... Tienes que coger un espejo de cuerpo entero y aprender a poner cara de pena y a ir ensayando hasta que tengas pinta de monaguillo lisiado.

»Mira, joven, tú todavía eres un pipiolo y te queda mucho mal camino por delante, pero lo peor de todo son las dos malditas letras d, los disturbios domésticos, amigo. Tienes que aprender a rodar por el suelo de espaldas y a enseñar el cuello, porque como no lo aprendas, uno de los dos te va a rebanar el pescuezo. Tienes que fijarte en los animales y ver cómo se rinden, pero sin llegar a entregarse. No es fácil de aprender. Hay muchos que no llegan a aprenderlo nunca. No pueden quitarse el vicio de ir por ahí enseñando las pelotas. Y un día se meten en la cocina de alguien y entonces vienen los venenos y los sudores, por no decir otra cosa peor, y como no pueden dejar las pelotas fuera, pues bueno, tiene que haber alguien que se las cargue, y entonces es cuando salta toda la mierda, cuando corre la sangre, y yo una vez tuve

que decir a una mujer que había dejado de ser la mujer de alguien y te aseguro que en mi vida había tenido que hacer un papel peor que este último que hice. Nunca.

Balzic se había tomado dos tazas de aquel café espantoso mientras hablaba y después se había quitado el mal sabor con dos tazas de agua helada y ya estaba comenzando a sentirse nuevamente un ser humano.

—Bueno, vamos a ver a la señora Romanelli, Petrolac. Conduce tú, que yo ya tengo bastante por hoy.

Hacía diez minutos que iban en coche cuando Petrolac le soltó abruptamente:

—¿Y por qué hay que parecer un lisiado?

Balzic, cuyos pensamientos habían estado divagando en torno a un conjunto de ideas, emociones y obligaciones, miró a Petrolac como si no lo conociera de nada, ni supiera adónde iban ni por qué. Petrolac se figuró que la expresión de Balzic era indicativa de que no había oído la pregunta.

—¿Por qué hay que parecer un lisiado cuando se tienen que hacer preguntas?

—¿Cómo? ¡No, no es que haya que parecer un lisiado, sino que hay que parecer inofensivo! Y la manera más fácil de parecer inofensivo, el atajo psicológico que se ofrece a la gente, ¿entiendes?, consiste en hacerles creer que uno es una especie de minusválido, para que se sientan felices por el hecho de no serlo.

»Admito que es algo que cuesta cuando uno lleva ese uniforme y esa placa y lleva un poco de fuego dentro. Quiero decir que lo que uno representa, también a la manera de atajo psicológico, es un “papá malo”. Uno no es la “justicia” ni el símbolo de ningún tipo de autoridad, lo que uno es simplemente es el “papá malo”, que grita y azota los traseros.

»Hay mucha gente a la que esto es lo que le gusta. Les encanta hablar con el “papá malo”. Estos son los que te machacan las orejas hasta matarte. Pero no sirve de nada. Quieren que les des unos azotes en el culo y cuando descubren que no lo vas a hacer, entonces comienzan a hacer pucheros y entonces te das cuenta de que has estado perdiendo el tiempo.

—¿Qué te pasa, Petrolac? —dijo Balzic—. ¿Es que te ha molestado eso de que te dijera que tenías que ir enseñando el cuello por ahí?

—No, no, no es eso, lo que pasa es que no es esto lo que nos enseñan en la escuela de policía.

—¿Qué os enseñan? Que hagas sentar siempre a la gente, ¿no?, y que tú no te repatingues nunca en el asiento, ¿no? ¡Y un cuerno! Si los estatales pudieran ponerse zancos, lo harían. ¡No os saquéis nunca esos sombreros que parecen del oso Smokey^[2]! ¡Que se figuren que sois quince centímetros más altos de los que sois en realidad!

»¿Por qué crees que Mac Arthur tenía a su alrededor a todos aquellos tíos de metro noventa en el barco anclado en la bahía de Tokio? Pues porque cuando

aquellos minúsculos japoneses subían a bordo para firmar el papel aquel de la rendición se veían obligados a levantar la cabeza para mirar a la cara a todos los que estaban en el barco. ¿Crees que no tenían la impresión de haber recibido un azote en el culo?

Como Petrolac no había nacido hasta dos años después de la rendición de los japoneses en un barco de guerra anclado en la bahía de Tokio como punto final de la segunda Guerra Mundial, no tenía ni la más remota idea de lo que Balzic le estaba contando. Ni siquiera sabía con seguridad quién era Mac Arthur.

—Sin embargo, Petrolac, amigo mío, cuando se trata de un asunto clasificable en las dos d, no tienes que dejar que la gente se suba a tu barco y vea lo hombretón y lo malo que eres. Tú vas a su casa, a su residencia, aunque sea una chabola de cartón y alquitrán, pero es su casa, y diecinueve veces de cada veinte dejarán de tirarse los trastos a la cabeza para ver quién ha llamado a la puerta. Después tendrán que abrirla y se quedarán esperando uno al lado del otro.

»Ahora bien, ¿qué te dicen los estatales que tienes que hacer en ese preciso instante? ¿Meterte dentro? Sí, ¿verdad? Y quedarte muy alto y muy tieso y hablar con voz que chorree au-to-ri-dad, ¿verdad?

—Sí, eso es.

—Pues, Petrolac, esto explica por qué hay tantas mujeres que en otro tiempo estaban casadas con estatales y que ahora están cobrando pensiones de viudedad. Porque, si te tengo que decir la verdad, amigo mío, es que justo cuando se abre aquella puerta, lo mejor que puedes hacer es quitarte el sombrero y dejar las manos bien visibles sobre él para que se den cuenta de que no llevas ningún arma ni ningún palo o mejor que la primera palabra que pronuncie tu boca sea «puedo», como por ejemplo, «¿puedo pasar?».

—Bueno, ¿y qué pasa si te dicen que no, que te vayas a la mierda, que allí quién te ha llamado o que saques los pies de las escaleras?... Entonces, ¿qué?

—Pues entonces hay que mirarlos directamente a los ojos y repetir lo mismo: «¿puedo pasar?». Decirlo así, de manera lenta y clara, y mantener constantemente el contacto visual.

—¿Y qué pasa si continúan diciendo que me vaya al cuerno o adonde me plazca?

—Pues que hay que volver a repetirlo. Y si quieres volver a hacerme la misma pregunta, volveré a darte la misma respuesta. Hay que volver a repetirlo. Hay que conseguir que se centren en ese único asunto, tanto si entras en su casa como si no entras. Petrolac, yo nunca he tenido que decirlo más de cuatro veces.

—¿Y nunca ha habido nadie que se pusiera furioso o violento con usted?

—Yo eso no lo he dicho. Ha habido muchos que se han puesto furiosos o violentos, pero lo que yo digo es que muchos otros que se habrían puesto furiosos, pues no se han puesto furiosos por el simple hecho de que yo no me había puesto furioso.

—Y los que se han puesto furiosos, ¿qué?

—¡Ah, bueno, entonces mala suerte! Yo en esos casos también me pongo furioso, porque uno tiene que protegerse.

Petrolac parecía extraordinariamente aliviado, como si algo que era precioso para él y que él temía que se hubiera perdido para siempre no se hubiera llegado a perder sino que, en realidad, estuviera allí mismo donde había estado siempre.

—Pero, Petrolac, lo importante es que lo peor de todo es la doble d. No hay nada peor que esto, porque en esto uno se encuentra delante de la emoción en estado puro. Una emoción pura casi en un ciento por ciento. Es una hoguera que lo último que necesita es un tipo de uniforme con la boca llena de gasolina y a punto para escupirla encima.

Balzac notó que el coche se paraba junto a una de las zanjas de una estrecha calle asfaltada.

—¿Dónde demonios estamos? —dijo Balzac.

Como siempre que bebía más de la cuenta, había dado una conferencia. Era una conferencia que duraba desde hacía un buen rato y, al darla, se había concentrado hasta tal punto en lo que iba a decir que incluso ignoraba por dónde había pasado el coche y dónde se encontraba en esos momentos.

—Kennedy Township —dijo Petrolac—. Creía que había dicho que conocía a la mujer.

—No, conozco a su padre. No sé... Hace años que no la veo. ¡Uy!, entonces era una niña pequeña.

Balzac no sabía por qué le emocionaba tanto conocer a aquella chica ni por qué había dicho que casi no la conocía. Echó una ojeada a las casitas cubiertas con tablas de chilla que se extendían a ambos lados de la calle.

Se encontraban en uno de los centenares de conglomerados rurales originados por el carbón en el condado de Conemaugh, todos construidos a finales del siglo diecinueve y principios del veinte, época en que la minería profunda para la obtención de carbón bituminoso ocupaba, después de la agricultura, el segundo lugar en la industria. Ese conglomerado, Kennedy Township, fue incorporado como municipio más que como pueblo solo porque uno de sus primeros habitantes tenía ambiciones políticas, probablemente más para él que para su pueblo, y había conseguido convencer a un número suficiente de vecinos de que consideraran, como él, que el conglomerado donde vivían debía recibir el nombre de municipio y no el de pueblo. Es probable que dicho habitante se contara entre uno de los primeros superintendentes electos.

Cualquiera que fuera el nombre con el que ahora se designaban aquellos conglomerados creados por la industria del carbón —ciudades de la compañía, pueblos, municipios, conglomerados— existían dos factores importantes que los diferenciaban de lo que habían sido en otro tiempo. Ahora las casas eran de propiedad privada y ahora la tierra había dejado de dar carbón. Era fácil advertir aquellas dos realidades. Lo que no era fácil de reconocer era el cambio de actitud que se había

operado a lo largo de las generaciones con respecto a quién era el propietario y cómo había que cuidar de la propiedad, tanto desde el punto de vista financiero como físico.

Balzic dio una mirada a su alrededor a la luz de la tarde que avanzaba rápidamente hacia la noche. Al otro lado de la calle había una casa con tres coches aparcados sobre la hierba, dos a un lado y un tercero al otro, los tres de seis a ocho años de antigüedad, todos con la parte trasera más alta que la frontal, dos tubos de escape y neumáticos anchos con letreros blancos en el flanco y una carrocería de un color que oscilaba desde el aparentemente discreto gris de una primera pintura al ultrajante brillo del anaranjado o amarillo metálico. Balzic no habría podido estar seguro de los colores, pero de lo que estaba seguro era de que la casa, incrustada entre los coches, estaba a punto de desmoronarse.

Las casas del lado más próximo, entre dos de las cuales Petrolac había aparcado el coche, estaban pintadas de blanco y rodeadas de flores. La arquitectura de todas ellas era idéntica. Después de todo, habían sido construidas por la empresa explotadora de las minas y la idea que había regido su construcción había sido la rapidez y la simplicidad. Sin embargo, en un momento de los últimos veinte años el carbón se había agotado o los pozos se habían inundado y la compañía se había ido con la música a otra parte a buscar otros filones.

Lo que vino a continuación fueron unas propuestas presentadas por lo que educadamente se llamaron especuladores, pequeñas empresas inmobiliarias y particulares, que ofrecieron unas condiciones interesantes destinadas a apelar a la necesidad de una escapatoria fácil planteada por la compañía. Aquellos mineros que acababan de enterarse de que se habían quedado sin trabajo hubieron de enterarse también de que estaban a punto de perder sus casas. Más de uno de aquellos especuladores inmobiliarios salió trasquilado cuando se presentó a dar la noticia del cambio de título y de las condiciones de acuerdo con las cuales los ocupantes podían considerarse propietarios. Los especuladores tuvieron muy claro en seguida que no debían presentarse nunca sin ir armados o acompañados de un guardia o del alguacil y preferiblemente de los dos.

La vida en aquellos conglomerados durante los años cincuenta a veces había sido tan emocionante como lo fue en su momento la organización del sindicato.

Hubo muchas cosas que podían cambiar y que de hecho cambiaron en aquellos conglomerados humanos, pero había una que se mantuvo constante: si un minero tenía la suerte de conseguir el título de arrendamiento de la casa que ocupaba mientras estaba endeudado tanto en salario como en trabajo con la compañía que se había dado el piro dejándolo a merced de los especuladores, ese minero se ocupaba de la casa como si fuera su segunda madre, una madre escogida libremente y de que cuidaría tanto por dentro como por fuera. Y cuidarse de ella era algo que hacía realmente: la pintaba, le ponía masilla, reparaba el tejado, le tapaba las grietas y hacía la manicura al terreno. Se le caía la baba contemplándola y pobre del estúpido ignorante que se acercaba con indiferencia a todo el trabajo que exigía o a la estima

que tanto ella como el trabajo requería.

Balzic conocía a muchos mineros que encajaban en aquel cuadro, la mayoría retirados. Y todavía sabía algo más acerca de ellos: que en algún sitio próximo a la puerta de sus casas, tanto delante como detrás de las mismas, tenían una escopeta o un zapapico o las dos cosas. Como si aquellos hombres no pudieran sacudirse de encima la costumbre. Es más, y eso Balzic lo sabía también, si un visitante no llamaba a una de esas puertas con respeto, ante ese hecho, mejor que optase por no llamar.

—Jefe, ¿a qué esperamos?

—¿Cómo? Nada, nada, lo único que quiero es meterme un poco de oxígeno en el cuerpo, hacer unas cuantas respiraciones profundas y nada más. ¿Qué casa es?

—La de la derecha de usted.

—Entonces, ¡adelante!

Atravesaron unos cuatro metros y medio de un camino de cemento de construcción reciente, que iba a desembocar en un pequeño porche cuadrado. Había una contrapuerta de aluminio y a la derecha un pequeño tablón de madera con el nombre pintado en letras blancas: Romanelli.

Antes de que Balzic tuviera tiempo de seguir mirando o de llamar a la puerta, se abrió súbitamente hacia dentro la puerta interior de madera y por ella apareció enfrente directamente a él, una mujer pequeñita y nervuda que parecía un pajarillo, con una larga cabellera negra, peinada severamente hacia atrás, dejándole despejado el rostro.

No sabía que había esperado encontrar, pero su presencia lo sorprendió. No se parecía a su padre y Balzic no podía recordar cómo era su madre. Pensó que quizá había esperado encontrar una niña pequeña, como si el tiempo se hubiese detenido. Llevaba una blusa blanca sin mangas, totalmente inclasificable, y una especie de falda azul atada en la parte de delante. Sostenía con la mano derecha un cigarrillo y un vaso con un líquido de color claro. No iba maquillada, aunque Balzic dudaba que existiera en el mercado ningún cosmético capaz de disimular la enorme magulladura que lucía en la mejilla izquierda. Se extendía hasta la nariz, la ceja y le llegaba hasta muy cerca de la oreja.

Tenía aquel tipo de cara, cutis y figura que igual podía haber tenido veinte años que cuarenta. La mujer trasladó rápidamente la mirada de Balzic a Petrolac y de nuevo a Balzic y, sin decir palabra, empujó unos centímetros la contrapuerta para abrirla y se apartó al tiempo que Balzic la cogía, tiraba de ella y entraba.

Cualesquiera que hubieran podido ser sus emociones cuando había hablado antes con Vinnie y con Balzic, parecía que en estos momentos los tenía bajo control. Balzic pensó que quizá estaba un poco borracha. En cualquier caso, no hubo ni el menor atisbo de reconocimiento por parte de ella, porque lo miraba igual que habría podido mirar la pared.

—¡Uy, señora Romanelli! ¿Le importaría si me siento? Ayer me hice daño en la

espalda y estoy que... ¡uf!

—Siéntese, por favor —dijo asintiendo con la cabeza e indicando con el dedo el sofá, aunque al momento pareció cambiar de parecer, porque avanzando hacia una mecedora vieja de madera dijo—: Siéntese en esta silla. Es donde se sienta Jimmy. Padece también de la espalda. ¿Quiere una aspirina? Jimmy toma diez aspirinas al día.

—No, no, gracias, ya me he tomado un par —dijo Balzic, acomodándose en la mecedora y echando una rápida mirada a su alrededor.

La habitación era grande pero, como conocía ese tipo de casas, Balzic sabía que en esta solo había otra habitación del mismo rango: la cocina. Esta servía de comedor, sala de estar, salón para ver la tele, despacho familiar, cuarto de juegos y sala para guateques cuando se terciaba.

El mobiliario era homogéneo —salvo la mecedora en la que se sentaba Balzic— y probablemente procedía de alguna de esas tiendas donde venden saldos y que comercian exclusivamente con estilos con respecto a los cuales lo único que podría garantizarse es que no satisfacen los gustos de nadie. Aquel estilo en particular no tenía nombre. Balzic pensó que de una cosa podía estarse seguro con respecto a él: que ningún médico ni ningún dentista lo habría adquirido para amueblar la sala de espera. Lo máximo que podía decirse en relación con él era que las mesas colocadas a uno y otro extremo del sofá eran iguales y que era igualmente la misma tapicería del sofá, la butaca y la cama turca. Las seis sillas puestas alrededor de la mesa con tablero de formica también eran a juego. Juzgado colectivamente, de aquel conjunto de muebles habría podido pensarse que había sido adquirido porque su precio era el adecuado y no porque formara parte de un proyecto más ambicioso.

Aparte de las reproducciones baratas de paisajes invernales y bodegones de flores y frutas colgados de las paredes, el único objeto que rompía el tono de la habitación era la cabeza de un ciervo de Virginia, que presidía la pared de la zona destinada a comedor. La cornamenta del gamo tenía once puntas. Balzic se quedó mirándola un momento, preguntándose cómo debían de arreglárselas los taxidermistas para conseguir aquella majestad que tenían los ojos de cera de las cabezas de ciervo. Tal vez hablar de majestad al referirse a aquellos ojos no era lo adecuado para calificar lo conseguido por los taxidermistas, pero hay que admitir que en los ojos de una cabeza de ciervo disecada hay siempre una expresión entre apacible y enajenada.

Balzic observaba desde hacía años el ritual de la caza del ciervo, pese a que sabía desde el primer día de su vida que había visto un ciervo que nunca sería capaz de disparar contra él y de hecho nunca había disparado contra ninguno y solo lo había hecho a un metro de distancia, cierta vez para asustarlo y esto porque sabía que por allí cerca andaban otros cazadores.

Balzic no tenía nada contra los cazadores en general —desde que era adulto cazaba pájaros— ni tampoco contra los cazadores de ciervos en particular, pero había algo que no llegaba a entender en los que alardeaban de cazadores y consideraba que,

en definitiva, los que tenían una cabeza de ciervo disecada en la pared eran unos fanfarrones de tomo y lomo. Le recordaban a un marine que había conocido en San Francisco después de la segunda Guerra Mundial. El susodicho marine llevaba en la cartera un sobre dentro del cual guardaba nada menos que un pelo del vello púbico de cada una de las mujeres que habían consentido en acostarse con él. Era una colección sumamente pobre, pero el marine estaba extremadamente orgulloso de ella y a Balzic le era imposible pensar en él sin sentir una inmensa tristeza. No habría sabido explicar por qué, pero lo único que le inspiraba era tristeza.

—Jimmy lo mató en la temporada antepenúltima.

—¿Cómo? ¡Ah, el ciervo!

—En mi vida había visto a Jimmy tan contento.

—¿El día en que lo mató?

—No —dijo ella lentamente—, el día que trajo eso a casa y lo colgó.

—Me imagino que debía de ser un día importante —dijo Balzic, tratando de observar detenidamente la magulladura que la señora Romanelli lucía en la cara.

Pero ella volvía la cara cada vez que observaba que él la miraba.

—Señora Romanelli, ¿no me recuerda usted?

—No. ¿De qué tendría que recordarlo?

—Bueno, de todo eso hace un montón de tiempo, yo iba al instituto y usted era una niña pequeña... y su padre y mi padre eran muy buenos amigos. Me acuerdo de que yo acompañaba a mi padre cuando iba a visitar a su padre de usted. Hace muchísimos años, pero yo solía vigilarla mientras ellos jugaban a las cartas, bebían vino y comían aquellas granadas de mano y aquellos pimientos picantes... ¿Le recuerda algo todo eso? ¿Eh?

—¿Cómo no voy a acordarme si mi padre sigue teniendo esas costumbres? —Y después de pensar un momento añadió—: Lo que pasa es que no recuerdo de lo que usted me habla. Debía de ser muy pequeña.

—¡Y tanto que sí! Usted era una cría. Nuestros padres se sentaban en la parte de atrás, debajo de la parra... ¿No lo recuerda?

—Mi padre sigue sentándose en ese sitio.

—Tomaban vino y comían aquellas granadas de mano... Oye, Petrolac, ¿has comido alguna vez granadas de mano? Cuando están a medio camino del estómago, te explotan en la boca. ¡Madre mía, menudo fuego llevan dentro esos vegetales!

—Todo eso es muy bonito —dijo la señora Romanelli soltando un suspiro exageradamente ruidoso—, pero ¿qué tiene que decirme de mi marido? Quiero decir que sé perfectamente dónde está mi padre: dos puertas más abajo, en el mismo lugar donde ha vivido desde hace Dios sabe cuántos años. Pero ¿y mi marido?

—Señora Romanelli... Frances..., ¿puedo llamarla Frances?

—¡Qué más da! Llámeme Frances si le hace feliz —dijo apartándose de la mesa del comedor en la que había estado apoyada y poniéndose a andar de un lado para otro.

—Oiga, Frances, ¿por qué no se sienta y me cuenta qué pasa? Por favor, Petrolac, hazme un favor: ve a la cocina y tráeme un vaso de agua, ¿quieres? Eso mismo.

—Los vasos están sobre el fregadero, a la derecha —dijo Frances mirando al suelo y rascándose la nariz.

Después se dirigió rápidamente a la mesa, situada al lado izquierdo del sofá, y sacó otro cigarrillo. Al cabo de unos segundos encendía otro.

—¿Y bien, Frances? ¿Me lo va a contar? ¿Sí?

Balzac se repantigó en el asiento, colocándose lo más bajo que le fue posible, apoyó el zapato derecho en el borde del izquierdo y comenzó a balancear la rodilla derecha hacia delante y hacia atrás, igual que hubiera hecho un niño.

—¿Contarle qué? Ya se lo he contado todo. Por teléfono. No he visto a mi marido desde ayer por la mañana. Ayer me llamó desde ese bar al que suele ir...

—¿El de Muscotti?

—Sí. Y me dijo que se tomaba otra cerveza y que venía para acá.

—Sí, claro, Frances, todo eso ya lo sé pero ¿y el resto? ¿Eh?

Petrolac estaba de pie, torpemente, al lado de Balzac con el agua que Balzac le había pedido que le trajera. Parecía que ahora a Balzac el agua le tenía sin cuidado.

—¿Qué resto? ¿El resto de qué?

Balzac cogió el vaso de agua de manos de Petrolac y dijo:

—Frances, ¿sabe usted esas aspirinas que antes me ha preguntado si quería? Pues me parece que será mejor que me las tome, si es tan amable de dármelas... ¿quiere? Veo que las que me he tomado antes no me hacen ningún efecto.

—¿Cómo? ¡Ah, sí, las aspirinas! Por supuesto...

—¿Será usted tan amable? Se lo agradeceré mucho.

Balzac dirigió una mirada a Petrolac y, así que ella se hubo metido en la cocina, le murmuró:

—¿Te estás fijando? ¿Has visto cómo tengo puesto el culo? Espero que tomes buena nota. Hay tíos que ganan Oscars en Hollywood por hacer papeles que no son ni la mitad de buenos que el que yo hago aquí. Me refiero a que te fijes en cómo pongo los pies, en la postura. Así es como se sientan los niños. Fíjate siempre en esto, ¿entiendes? Mira, Petrolac, hacer preguntas no se reduce siempre a aporrear cabezas con el listín telefónico de Pittsburgh, ¿comprendes?

Petrolac iba a contestar, pero indicó con los ojos que la señora Romanelli volvía con las aspirinas.

—¿Cuántas quiere? —dijo.

—Con dos basta.

La mujer se las ofreció y Balzac las cogió en su mano y se las tragó, acompañándolas de agua con un movimiento que lo asemejó a un pájaro cuando bebe y echando varias veces la cabeza para atrás después de cada sorbo.

—Muchísimas gracias. Me parece que ahora todo irá a las mil maravillas.

Y mirándosela por encima de las gafas y por debajo de las cejas dijo:

—Bien... ¿qué ha pasado últimamente? Sé que últimamente ustedes dos han tenido algún problema pero ¿qué clase de problema? ¿Por qué ha querido hacerle daño marchándose así por las buenas sin decirle adónde iba? No hay razón para que usted se preocupe tanto por él.

Miró a Balzic como si no acabara de creer lo que estaba oyendo, después se quedó hecha un ovillo, sentada en el sofá, con la frente en la mano, moviendo la cabeza de un lado a otro durante un minuto y pugnando por ahogar las lágrimas.

—Jimmy no es el mismo de antes —comenzó—. Antes era el mejor de los maridos, el mejor tipo que me he tirado a la cara en la vida... pero la mina cerró... y la cosa quedó así... Por mucho que yo dijera que no se podía remediar la situación. Dijera lo que dijera o hiciera lo que hiciera, siempre lo ponía peor.

Se calló para reflexionar un momento y después echó una mirada de desconfianza a Balzic, como si supiera positivamente que era incapaz de entender lo que iba a decirle y que el simple hecho de pensar en decirlo la convertía en una estúpida.

—No es el mismo de antes —dijo Balzic—, pero nunca había estado fuera tanto tiempo, ¿verdad?

Ella asintió con un movimiento lento de la cabeza.

—¿Le había pegado antes?

—Él no me ha pegado en la vida —dijo ella con viveza—. Esto me lo ha hecho mi padre.

Balzic se removió en la mecedora y trató de buscar alguna cosa en la cual poder fijar la vista, para que no se viera tanto que se daba perfecta cuenta de lo gorda que era la mentira que le acababa de decir.

—¿Y por qué le pegó su padre?

—Eso no tiene ninguna importancia —dijo ella—. Estamos apartándonos del asunto.

—Sí, supongo que sí. Entonces, ¿por qué se alejó de usted de esa manera?

A Balzic casi se le escapó una sonrisa. A veces, cuando se encontraba entre la borrachera y la sobriedad, salía con alguna pregunta como aquella, tan llena de contradicciones y ambigüedades que parecía que se disparaba en dirección contraria a la que se encontraba antes, cuando en realidad no se había movido del sitio.

—No entiendo la pregunta —dijo ella.

¡Vaya gracia!, pensó Balzic, se lo tenía merecido por situarse entre el ingenio que da la borrachera y el que proporciona la sobriedad.

—Bueno, olvídela —dijo Balzic—. Hábleme solo de su marido. De lo que hace, de adónde va, de con quién va y con quién hace lo que haga.

—Aquí está la cosa —dijo Frances—. Desde que cerró la mina no sé con quién va ni adónde va. Y últimamente ha ido de mal en peor, sobre todo estos cinco o seis meses últimos.

—¿Cuánto tiempo hace que no trabaja?

—Catorce meses —dijo sin titubear.

—¿Y cuándo se acabaron los cheques del paro?

—Hace dos meses.

—¿Qué era lo que no quedaba cubierto con los cheques?

—¿Lo que no quedaba cubierto? Es más fácil decir lo que quedaba cubierto. Lo que cubrían era la hipoteca de la cabina que teníamos junto al embalse.

Balzac se arrellanó un poco más en la mecedora.

—¿Qué cosas tuvieron que vender? Porque tuvieron que vender cosas, ¿verdad?

Frances lanzó un suspiro y movió la cabeza lentamente mientras clavaba la mirada en el suelo con aire de añoranza.

—La barca. Después hicimos un trato con el coche y la furgoneta. El tipo se hizo cargo de los pagos y nos dio a cambio su coche. Eso fue una paliza, pero los habríamos perdido y todo lo que teníamos metido en ellos si no nos aveníamos al trato. ¡Dios mío, cómo se puso el día que el tipo se llevó la furgoneta! Lloró lágrimas de verdad. Mire usted, la única vez que Jimmy no trabajaba era cuando había una huelga. Jimmy tenía siempre dinero.

—Eso de tener que firmar el cheque cada semana lo mataba, ¿no es verdad? Debía de reventarle eso de tener que firmar...

—¡Dios mío! —exclamó ella, moviendo la cabeza con los ojos cerrados—, y cuando le dije que podíamos solicitar cupones de alimentación... creía que se moría. En serio se lo digo. Se quedó blanco como un muerto y venga a sudar... Tenía una pinta de espanto. Y dijo que tenía hormigueos en las manos.

—¿Lo hizo?

—¿Qué? ¿Solicitar los cupones de alimentación?

—Sí. ¿Los pidió él o usted?

—Los pedí yo. Quiso solicitarlos, en serio que quiso, pero no pudo. Dijo que las preguntas que le habían hecho y la manera cómo le habían hablado en la asistencia pública le hacía comprender a los negros. Cuando volvió a casa estaba enfermo, lo que se dice enfermo, tal como se lo cuento... se puso a vomitar, le entró fiebre. ¡Dios mío, estaba hecho una lástima!

—Bien, ¿cuándo fue que volvió usted a trabajar?

—Yo no he dicho que yo hubiera vuelto a trabajar.

—Bueno, alguien tenía que decirlo, ¿no? Siguen viviendo aquí.

Balzac lo dijo en voz tan baja que ella tuvo que avanzar el cuerpo hacia adelante para oírlo.

—Bueno, mi padre no podía seguir ayudándonos y los padres de Jimmy hace tiempo que están muertos. Es el único hijo varón. No tiene ningún hermano. Y sus hermanas no iban a ayudarlo. A Jimmy ni siquiera le habría pasado por la cabeza pedírselo.

—¿Cuántas hermanas tiene?

—Tres.

—¿Casadas?

Frances movió afirmativamente la cabeza.

—Laverne está casada con un fontanero, Rose con un carpintero y Sylvia con un constructor de tejados. Todos están bien empleados.

—¿Alguno de los cuñados se ofreció a prestarle ayuda?

Lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Me está tomando la cabellera o qué? Si se la hubieran ofrecido, ¿qué habría tenido que hacer Jimmy? ¿Tomar lo que le dieran? ¿Con qué cara hubiera podido mirar a sus hermanas?

Balzic estuvo largo rato sin decir nada, pero la siguió mirando como si ella tuviera algo más que decir y él no pensara interrumpirla hasta que se lo hubiera dicho. Esperaba que Petrolac no hubiera perdido comba.

—Bueno, lo que yo quiero decir es que si él estuviera inválido o cosa parecida, ¿sabe usted?, si tuviera una pata tiesa y le hubiera dado la parálisis, entonces estaría de perlas que sus hermanas le echaran una mano.

Hizo una pausa durante la cual estudió la cara de Balzic.

—Usted ya sabe a lo que me refiero.

Balzic asintió con la cabeza.

—Me refiero a que si uno está inválido, bueno, pues está bien, pero si no está inválido ni le pasa ninguna de estas cosas, entonces, ya sabe usted qué le toca.

—Lo sé —dijo Balzic—. Si está sano, tiene que ser él quien se ocupe de salir adelante, ¿no es cierto?

Frances encendió otro cigarrillo y expulsó una bocanada de humo.

—Exactamente, eso es lo que yo digo.

Suspiró y con un movimiento de la cabeza dijo:

—Es así de sencillo, quiero decir que no puede haber nada más sencillo que esto.

Se levantó y comenzó a recorrer el tramo comprendido entre el sofá y la mesa del comedor, de uno a otro lado, lentamente, lentamente, caminando de aquí para allá como si aquella fuera la primera vez que decía en su propia casa cosas en las que había estado pensando largo tiempo, pero que hasta aquel momento no se había atrevido a decir.

—Me refiero a que ellas ni una sola vez han venido a enterarse de si necesitábamos algo. Ni una sola vez. Yo conozco a sus hermanas, que quede claro, y parece que por lo menos una vez alguna habría podido venir y decir: «¿Qué? ¿Coméis lo que os hace falta?», «¿Tenéis jabón para la ropa?», «¿Necesitáis gasolina para el coche?». Pues, no señor, ni una sola vez en catorce meses. Como si estuviéramos tísicos o no quisieran vemos respirar.

»De no haber sido por mi padre, que nos ayudó antes de que yo me pusiera a trabajar, nos hubiéramos muerto de hambre. Mi padre nos daba veinticinco dólares cada semana para comida hasta que yo cobré la primera paga. Y encima me pagó todos los cursos de reciclaje de la escuela. Bueno, eso de reciclaje vale más dejarlo. No me acordaba de nada. No es que tuviera que refrescar nada, es que tenía que

aprenderlo todo. ¡Madre mía! Incluso lo que no había sabido nunca cuando estudiaba.

—Hasta lo que no estaba en los libros, ¿verdad? —dijo Balzic.

—¡Exacto! Créame, tiene usted razón. Y ahora que miro para atrás veo que sí, que fue entonces cuando Jimmy empezó a ponerse nervioso.

—¿Por qué iba a comportarse usted de manera diferente que sus hermanas? ¿No es eso? —dijo Balzic, mientras iba arrancándose la tirita del pulgar, tratando de parecer que no daba importancia ninguna a la pregunta.

—¡Eso mismo! ¡Ni más ni menos! ¿Por qué tenía que ser diferente de ellas? Ellas no habían estudiado en su vida, ¿quién me figuraba que era yo? A ellas ni les había pasado por la cabeza ponerse a trabajar, ¿por qué demonios me ponía yo a trabajar? Ellas se quedaban en sus casitas, ocupándose de lo que se suponía que tenían que ocuparse, ¿por qué no lo hacía yo también?

»Me pasé dos meses escuchando estas monsergas hasta que finalmente conocí a esa señora de la escuela y comenzamos a tomar café todos los días y yo entonces se lo conté todo y ella me dijo que por qué no le decía que sus preciosas hermanas podían permitirse el lujo de estar en sus casas porque sus maridos no estaban en el paro... ¡ni una sola de ellas!, y que todos sus maridos estaban trabajando y que si yo había vuelto a la escuela era porque estaba hasta las narices de ir recibiendo regalitos de mi padre cuando él... en ese caso Jimmy... no tenía nada roto...

Y de pronto dejó de pasearse de un lado a otro y se llevó la mano a la boca para ahogar lo que era una carcajada y un sollozo al mismo tiempo.

—¡Oh, Dios, qué pelmaza era yo entonces!

—¿Por qué? —dijo Balzic en un hilo de voz.

—¿Que por qué? ¿No se da cuenta? ¿No lo ve?

Balzic lo veía de sobra, pero esperaba que fuera ella la que lo explicara.

—Pues porque lo hice así ni más ni menos, porque aquel día, al volver a casa, se lo dije todo, palabra por palabra, tal como ella me lo había dicho, sin pararme a pensar en ello, porque sabía que, como lo pensase un poco, me quedaba más callada que un muerto.

»¡Santo Dios! ¡Menuda equivocación! Me parece que con Jimmy habría sido mejor coger una de sus escopetas y tratar de matarlo.

Se quedó un momento moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Después de esto, ya empezó a ir cuesta abajo, ¿no es verdad?

Los ojos de Frances se llenaron de lágrimas. Se llevó la mano a la boca y después trató de apretarse los labios para no estallar en sollozos.

—¿Cuesta abajo? —dijo, dejando escapar un suspiro—. No hay palabras para definir adónde fuimos a parar. Más que cuesta abajo, fuera de la cuesta. Sí, bajamos tan aprisa, que nos caímos por el precipicio.

Siguió, pero ahora en un tono diferente, menos cáustico y más reflexivo.

—Pues mire usted, continué con las clases y empecé a aprender lo de la máquina a toda velocidad... la verdad es que lo recuperé en seguida, pero lo de la taquigrafía

no, porque en lo de la taquigrafía soy una verdadera nulidad... y entre las clases seguía hablando con mi amiga y lo que vino después es que encontré dos trabajos a tiempo parcial, que en conjunto suman casi treinta horas por semana, nada del otro jueves, todo hay que decirlo, el salario mínimo, pero tampoco un regalo, y además que empieza a gustarme, porque como no lo había hecho en mi vida, en toda la vida me había metido en esto... bueno, ahora tendría que decir que en toda mi vida no había trabajado en esto más que metido, porque la palabra no es muy correcta y no voy a encontrar trabajo si por lo menos no puedo manejar una gramática un poco decente, bueno lo que yo quiero decir es que trabajar a tiempo parcial está bien, pero que si uno puede trabajar una jornada completa es mejor... ¿dónde estaba?

—Decía que empezaba a gustarle —dijo Balzic.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Pero... lo que pasaba es que también empezaba a odiarlo, me gustaba mientras lo estaba haciendo, pero media hora antes de terminar me ponía a pensar en Jimmy y en cómo debía de encontrarse y en la cara que debía de poner y entonces me ponía a odiarme solo porque me estaba gustando demasiado lo que estaba haciendo. En mi vida he sentido remordimientos por nada, quiero decir que a veces me sorprendía que la gente tuviera remordimientos y que cuando hablaban de esas cosas no entendía jota, porque lo que se dice remordimientos en mi vida había tenido. Quiero decir que no sabía de qué estaban hablando.

»Pero acabé por enterarme, quiero decir que de cuando en cuando tenía mala conciencia. Y no de cuando en cuando sino muchas veces. ¡Pero no era eso exactamente! Quiero decir que era algo pesado de verdad. ¡Se lo juro por Dios, era un peso de verdad! Lo sentía cómo se me ponía en el cogote, después pasaba a los hombros y esto antes de que tuviera que volver a casa... y cuanto más cerca estaba de casa, peor me ponía. Una noche salí del coche y casi no podía tenerme en pie. Era como un chiste. ¡Vaya con la espalda! Las veces que se lo había oído a la gente, que si les dolía la espalda, que si no podían con la espalda... ¡Yo me figuraba que exageraban!...

Movió la cabeza de un lado a otro.

—¡Nada de exageraciones! Sientes como un peso en la cabeza y después empieza a dolerte la espalda. ¡De veras que es así! Y si no encuentras el medio de librarte de ese dolor, es que te rompe la espalda. ¡Lo digo en serio! ¡Te la rompe!

Balzic movió la cabeza en señal de aprobación.

—¿Hacía otras cosas, además, en la escuela comunitaria?

—¿Otras cosas? ¿Cómo qué?

—Pues hablar con otras mujeres como usted. No sé, sentarse por allí... ¿comprende?, y charlar un poco, intercambiar opiniones, enterarse de cómo les iba a las demás, ¿entiende?

—¡Ah, sí! En la escuela hay un programa especial para las mujeres que no han tenido que trabajar en su vida. Sí, mujeres como yo, o viudas o mujeres que ya tienen los hijos mayores, mujeres que hace tanto tiempo que no trabajan o que incluso no

han trabajado en toda su vida que ni siquiera saben qué vestido ponerse el día que tienen que ir a una entrevista para cubrir su puesto.

Frances ahora parecía más animada.

—Al principio me figuraba que todas aquellas mujeres eran un hatajo de... feministas, o algo peor, usted ya me entiende, pero después me di cuenta de que eran mujeres como yo. Bueno, no exactamente como yo, pero que todas estábamos allí por las mismas razones. Bueno, más o menos. ¿Y no sabe usted lo mejor? Pues que todas estábamos cagadas de miedo... bueno, ya me perdonará por el lenguaje, pero es la verdad. Todas estábamos igual.

»Bueno, pues teníamos nuestros grupos de discusión y todas estábamos allí sentadas hablando de los problemas que teníamos y las dos primeras semanas resultó que había más en el lavabo que en la sala donde se hacía la reunión.

Frances se calló, cogió aire y miró a Balzic, repantigado a tope en la mecedora, mientras Petrolac seguía con las manos en la espalda, apoyado en la pared situada delante de ella, mirando tan pronto a uno como a otra. Después de un momento de observar a los dos policías, Frances dijo:

—Qué curioso resulta que les esté contando a ustedes, unos hombres a los que no había visto en mi vida, por lo menos a uno de los dos, porque el otro dice que me vigilaba cuando era pequeña, pues que les esté diciendo cosas que me han...

Y se interrumpió bruscamente.

—Cosas que le han, ¿qué? —dijo Balzic—, ¿pinchado?

—¿Pinchado? —dijo ella tratando de soltar la carcajada, pero sin que saliera sonido alguno de sus labios—. Esa sí que es buena. Si no fuera más que eso... quiero decir, que esto es lo que me gustaría que ocurriera las más de las veces en lugar de lo que ocurre, salvo cuando ocurre, cuando me pinchan... entonces me parece que lo que me gustaría es lo otro...

—¿Y qué es lo otro?

Ahora volvía a retraerse en sí misma. Balzic se daba cuenta de que era así porque ocurría de manera tan rápida que hasta parecía que la mujer ocupaba menos espacio.

—¿Qué es lo otro? —volvió a preguntar Balzic.

Frances movió la cabeza como si hubiera sido cogida en el fallo de hablar de sí misma y se acordara de la pena que le correspondía por tamaña locura, por lo que se levantó y dijo:

—Voy a hacer un poco de café. Es instantáneo, por lo que pueden tomar el que quieran. Lo preparo encantada.

Balzic pensó que la cosa se había estropeado, que ahora que estaba en vena se había escabullido y que esa noche ya no podía hacer nada absolutamente para conseguir que volviera a estar en vena. Podía hablar de otras cosas, pero ya no diría nada más acerca de aquellos conflictos y, en cualquier caso, ya no diría nada más acerca de aquel marido desaparecido. Balzic tenía que conseguir que volviera a hablar. A lo mejor lograban que volviera a hablar de lo mismo.

—Bien, a mí seguro que me aprovecha un café y lo mismo puedo decir de mi amigo —dijo Balzic, con un ademán dirigido hacia Petrolac.

—Sí, claro, yo también me lo tomaré, si es que tiene que hacerlo —intervino Petrolac.

Frances no dijo nada, pero fue a buscar un perol, lo llenó de agua, lo puso en el hornillo de gas y después fue a buscar tres tazas, platitos y cucharas, y puso en cada taza los correspondientes gránulos de café soluble. Estaba tan absorta en aquellos movimientos y en aquellos actos que parecía haber olvidado que estaba en casa con otras personas. Mientras Balzic la observaba, volvió a desvanecerse en él la esperanza de que volviera a hablar de nuevo de ella.

—Señora Romanelli, ¿qué me dice de Jimmy?

—¿Qué quiere saber de él?

—¿Cómo es? ¿Tiene alguna fotografía? Una fotografía reciente sería mejor que una antigua, pero si no es reciente siempre será mejor que ninguna.

—Las últimas fotografías de Jimmy son las que le hicieron en la cacería... cuando mató el ciervo ese. Están en el cajón de la mesa de la derecha del sofá. Él suele mirarlas mucho.

»Puede cogerlas. En el cajón no hay nada más que las fotos, naipes, fichas de póquer y cosas por el estilo. Antes jugábamos mucho al póquer. Ahora ya no lo hacemos, como tampoco otras cosas que antes solíamos hacer.

Balzic hizo una seña a Petrolac para que sacara las fotografías. Petrolac obedeció y tendió a Balzic un pliego de instantáneas en blanco y negro, mientras Frances salía de la cocina con dos tazas de café humeante y las dejaba en la mesa del comedor, al otro extremo de la habitación.

—Vengan a sentarse aquí. No aguanto eso de ver a una persona agitándose como una loca con una taza de café caliente en las rodillas.

Balzic dirigió una mirada furtiva a Petrolac, que estaba formando las comisuras de la boca para no reír, dirigiéndolas para abajo. Era lo que Balzic había sospechado: Petrolac estaba riéndose para su capote del incidente que había ocurrido en el aparcamiento del ayuntamiento.

Frances entró en la cocina y volvió con su café y un cenicero.

—¿Ninguno fumáis? ¡Mierda!, tengo que aprender a hablar con más propiedad. La de cosas que tengo que dejar de decir. No sé si al final me quedará nada...

—A mí me parece que habla perfectamente —dijo Balzic.

—¿De veras? Procuro ir con el máximo de cuidado, pero siempre que pregunto a Jimmy si hablo como es debido, me sale con que se lo pregunte a mis comadres de la escuela. No sé de dónde ha sacado eso de las comadres de la escuela. Lo que es a mí, no me hace ni pizca de gracia.

—¡Ah, seguramente lo habrá oído en la última película de la tele! —dijo Balzic, que seguía preguntándose si volvería a hablar de ella.

—Bien, en cualquier caso usted quiere saber algo sobre Jimmy y le voy a decir

toda la verdad del mundo: estoy que no me llega la camisa al cuerpo. Nunca me había sentido de esta manera. Una cosa es discutir, pero cuando una piensa que... en fin, que... él...

—¿Cuando una piensa que a él le ha podido ocurrir algo? —dijo Balzic, antes de tomar otro sorbo de café y mirando a Petrolac, pero echándole también una mirada a ella. Hacía como que miraba las fotos.

—¿Cómo? No, quiero decir sí. Es que te sientes hecha un lío con lo que tendrías que sentir y lo que sientes de verdad, me refiero a lo que sientes en tu propia carne y ya no sabes si te haces ideas para sentir una determinada cosa o si dejas que los demás hablen para creer otras cosas... ¡oh, Dios mío!, ojalá supiera lo que ha ocurrido o lo que sea... ¡Madre mía, todo esto no tiene pies ni cabeza! ¡Es que no los tiene... de verdad!

Se cubrió la cara con las manos y dijo:

—¡Dios mío, tengo miedo!

Y rompió a llorar, se levantó precipitadamente de la mesa y corrió hacia el rincón para meterse en la cocina.

Balzic la dejó llorar casi un minuto y después fue hacia donde estaba y se quedó tras ella. Estaba de cara a la nevera, con el rostro oculto en las manos y estas apoyadas en la puerta. Balzic, poniéndole las manos en los hombros, le dijo:

—¡Vamos, siga así! Es bueno sacarlo todo, siga, siga...

Frances se quedó en su sitio un rato más, un minuto o así, después se volvió y se dirigió a una cajita de pañuelos de papel que tenía en un armario junto al fregadero. Sacó varios pañuelos de la caja, se secó con ellos los ojos, se sonó y se quedó con la mirada clavada en la pared, perdida en sus pensamientos.

—Ojalá supiera qué ha pasado —dijo—, aunque lo malo de todo es que sé qué ha pasado: que cerraron la mina. Eso es lo que pasó. Y que yo me había cansado de pedir dinero a mi padre.

»Lo malo de Jimmy es que, desde que dejó la escuela, solo había tenido dos trabajos: el ejército y la mina. Lo alistaron en el ejército y su padre lo metió en la mina. Parece una tontería, pero desde que terminó los estudios resulta que Jimmy no había tenido que pedir nada a nadie.

»Ni siquiera a mí me pidió que me casara con él. Se limitó a decirme: “Casémonos” y yo fui y le dije: “¡Vale!”. Así de sencillo... Es que Jimmy no sabe pedir las cosas, se figura que es así, como si todo el mundo tuviera que saber lo que quiere y él ni siquiera tiene que molestarse en decirlo. Y si vas un día y le dices que ya va siendo hora de que empiece a pedir las cosas... ¡bueno!, es que se sale de madre y arma la gorda.

»Quiero decir que todo esto estaba muy bien mientras él estuvo trabajando... Comprábamos lo que hacía falta. ¡Pfft! Ha llegado Jimmy con la paga, pues ¡pfft!, ha llegado Jimmy con una nueva idea de algo en que gastarla. A mí nunca me preguntaba nada, nunca se hablaba del asunto. El dinero era de él, él se lo ganaba y él

se lo gastaba. Dábamos una ojeada al género del supermercado y a mí me tocaba tomar la decisión de lo que había que comprar y de lo que no había que comprar, pero tocar el dinero... ¡eso ni hablar!... de eso nones, porque es que no había nada que hacer.

»¿Y sabe usted una cosa? Pues que a mí me parecía bien. Quiero decir que no era así como yo lo habría querido, pero como siempre lo había visto de esa manera, pues no habría servido de nada que no me hubiera gustado, ¿no encuentra?

»Pero después —siguió tras hacer una pausa para encender otro cigarrillo—, la primera vez que mi padre me dio dinero y fuimos los dos a comprar, me lo quise llevar a un lado antes de que nos pusiéramos en la cola para pagar y, ¿qué se cree que pasó? Pues que él ni tocar el dinero. Se metió las manos en los bolsillos, me volvió la espalda y allí me tiene usted, como una tonta, rogándole por favor: “Vamos, Jimmy, coge el dinero, hazme el favor”. ¿Y él qué hizo? Pues que se aparta de mi lado, me deja allí, sale de la tienda y se mete en el coche.

»¿Y a qué no sabe una cosa? Que llevábamos catorce meses desde que había pasado aquello y todavía no había vuelto a poner los pies en una tienda yendo conmigo. ¡En ninguna tienda! “El que trae el dinero, se lo gasta”, eso es lo que dice y no hay quien pueda hacerlo apear, quiero decir que no hay nada que pueda hacerlo cambiar.

»¿Pero no sabe usted otra cosa? Pues que tampoco buscaba trabajo.

Esto a Balzic le parecía más difícil de tragar.

—¿Ni siquiera lo buscaba?

—Levanto la mano derecha ante Dios y lo juro por la tumba de mi madre —dijo Frances, levantando la mano derecha y haciéndose la señal de la cruz sobre el corazón.

—Pero ¿y cuando tenía que ir a firmar para lo del paro? —dijo Balzic—. Allí tenían obligación de buscarle trabajo.

La mujer movió negativamente la cabeza al tiempo que fruncía los labios.

—Cada vez que le encontraban algo, les salía con que él era minero, minero del carbón, minero del carbón bituminoso, y que no pensaba hacer ningún trabajo para el que no estaba preparado. Pero una cosa, yo no sé si eso son cuentos o no, quiero decir que la primera vez que me lo dijo, me lo tragué, pero después ya no volvió a hablar más del caso, no me dijo nada más del asunto y yo no sé qué creer.

—Pero, por ahí hay otras minas... —dijo Balzic.

—Pues claro que las hay. Pero según él están todas en Alaska. Habría que trasladarse de casa, habría que pasar por todo el tejemaneje de vender esta casa y la otra que tenemos y comprar otra y esto y aquello y lo de más allá... ¿Usted sabe de quién era esta casa? Pues de sus padres. Su madre se la dejó a él y él se ha pasado la vida en esta casa salvo cuando lo alistaron en el ejército. Antes, cuando lo miraba, pensaba que era muy hombre, pero ahora que está en el paro, sale todo, y lo que empiezo a pensar es esto: ¡Dios mío, si lo que yo tengo por marido es un niño de

cuarenta años!...

»Y además, es que todo esto suena malísimo, porque durante todos estos años Jimmy ha estado ocupándose de mí. A mí me iba bien, porque así era como lo quería él. No me molestaba para nada que no pudiera tocar nunca el dinero, lo juro por Dios que no me molestaba nada. Pero un día comencé a tocar dinero, primero el que me daba mi padre y después el que yo me ganaba... y bueno, es como si mi dinero fuese sucio... quiero decir que si las cosas no se hacen como él quiere, como quiere Jimmy, entonces ya no se hace nada. O lo hacemos como él quiere o no se hace nada, y punto. ¡Nada! Es para volverse loca.

»Y lo más loco de todo es que a mí ahora me gusta lo que hago. Me gusta ganar dinero. Me encanta eso de meterme en una tienda y comprarme una barra de labios y no tenerle que preguntar a Jimmy si me la puedo comprar o no. ¡Una maldita barra de labios! ¡Es que parece increíble! ¡Es que ni siquiera me podía comprar una insignificante barra de labios sin pedírselo! Entonces él me llevaba a cualquier tienda de baratillo, nos íbamos a la dependienta, yo la escogía, él se la pagaba, la dependienta le daba las gracias a él y después yo también le daba las gracias a él. ¡Y a mí me gustaba así!

—Pero ahora le gusta como lo hace ahora, ¿verdad? —dijo Balzic.

—¡Sí! Ahora me gusta así, pero ahora Jimmy está todo el día de morros, como si a mí no me costara ningún esfuerzo vivir como ahora vivimos. ¡Es que es como si me hubieran vuelto del revés! Tengo treinta y seis años y no había vuelto a trabajar desde las vacaciones de Navidad de los dos años últimos que fui a la escuela, que estuve haciendo de dependienta en un departamento de unos almacenes, y ahora de repente trabajo en dos sitios y encima voy a la escuela y encima tengo que hacer todo lo que antes hacía cuando no trabajaba ni iba a la escuela. Que si cocinar, que si limpiar, que si lavar la ropa y, ¡demonios!, hasta sacar la basura, porque lo que es Jimmy ya no la saca...

Movió la cabeza de un lado a otro y se apoyó en la pared de la cocina, mientras iba royéndose una uña con los dientes. Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas.

—¿Qué demonios quiere de mí? Quiero decir, ¿qué demonios quiere que haga?, ¿qué más quiere que haga? No quiere que... ¡oh, a la mierda!... dejémoslo ya, no hace falta seguir...

»O quizá sí. ¿Sabe usted lo que tomé la semana pasada? ¿No? Pues, tranquilizantes. ¡Ni más ni menos! Variums o varuns o no se cuál es su puñetero nombre...

—Valiums —dijo Balzic.

—Eso mismo. Exactamente. Parece que hay que tomar cuatro al día pero ¿sabe qué? Pues que ese tipo de cosas a mí no me gustan ni pizca. Me tomé cuatro el primer día y dos al día siguiente y me quedé dormida en clase. ¡Como un tronco! Y ahora no sé qué hacer. Unos te dicen que no los tomes, otros dicen que los tomes. El médico dice que no van a hacerme ningún daño, una mujer de la escuela me dice que su

hermana quedó enganchada y que va todo el día drogada. Y no sé qué camino tomar.

Levantó las manos y se las puso sobre la cabeza, como si con aquel gesto quisiera evitar que se le escaparan las ideas.

—Y ahora esto —dijo Balzic.

—Eso mismo: y ahora esto.

Miró a Balzic directamente a los ojos. Sus miradas se habían cruzado fugazmente varias veces, pero ahora Frances tenía los ojos clavados en los de Balzic.

—¿Sabe una cosa? Pues que cuando yo era pequeña tenía que haber por fuerza algo entre los dos, cuando usted y su padre venía por aquí... Lo digo porque o usted es un brujo o esto otro que le digo, porque no recuerdo que hasta ahora haya contado a nadie ninguna de estas cosas...

—No soy ningún brujo —dijo Balzic—, la verdad es que sí había algo entre los dos. Usted era la repanocha. Siempre estaba subiéndose a todas partes, árboles, vallas, hasta a los coches se habría subido... Siempre andaba por los aires. Mi padre solía decir al suyo que usted sería aviadora, pero el padre de usted se reía y decía que eso si no se rompía la crisma antes de que aprendiera a contar.

—¿Y por qué dejaron de venir por casa?

—Mi padre se murió, después la guerra... No sé por qué motivo exactamente dejé de venir. Su padre vive a dos casas de aquí, ¿no? ¿Al final de la calle?

—Sí. Tendría que ir a verlo. Estoy segura de que a él le encantaría. A lo mejor conseguiría hacerlo hablar... No habla con nadie. Ni siquiera conmigo. Casi es tan malo como Jimmy.

—Creía que me había dicho que le pagaba los cursos de reciclaje.

—¡Ah, eso sí! Pero no se figuraba que conseguiría trabajo, creía que iba a la escuela por si acaso, pero suponía que ese por si acaso no ocurriría nunca. Las mujeres no trabajan. Me refiero a que no trabajan fuera de casa. Hacen lo de casa y asunto concluido. Está furioso conmigo desde que no puedo tener hijos y ahora se figura que la verdadera razón de que no pueda tener hijos... de que no tenga hijos... es que quiero trabajar fuera de casa, y piensa que le engañé cuando le dije que no podía tener hijos. Le juro por Dios que, entre Jimmy y mi padre, es imposible que te salgan las cosas a derechas. ¡Es que no puedo hacer nada!

»Quiero decir que estos son los dos únicos hombres de mi vida... ¿qué digo los únicos hombres?... las dos únicas personas del mundo que me importan de verdad y ninguna me habla y, si Jimmy no llega a perder el trabajo, no me entero siquiera. ¿Se imagina? Como la mina no hubiese llegado a cerrar y Jimmy no hubiese perdido el trabajo, jamás me habría enterado de cómo eran mi padre y mi marido en realidad.

»Y cuando pienso en esto es que se me ponen los pelos de punta. A veces me despierto en medio de la noche y me siento aterrada, es que me quedo helada, que casi me falta la respiración... todo, en fin, porque pienso que no solo mi marido, sino mi padre también, estaban mucho más contentos conmigo cuando no era más que una criada, una cocinera y un ama de casa. Y entonces pienso, ¡qué alto me tenían

entonces! Y no es que esos hombres sean unos extraños, unos hombres de la calle, unos pervertidos, sino que son mi padre y mi marido. Mi padre, que hace treinta y seis años que es mi padre, y mi marido, que hace dieciocho años que es mi marido.

»Y resulta que desde el año pasado, para todos los propósitos prácticos, me han dejado de hablar.

—Y que han empezado a pincharla —dijo Balzic, como preguntándose lentamente.

—¡Eso! Hermano, ha terminado la paz y ha empezado la guerra. Y el enemigo soy yo.

—Mire, vamos a aclarar una cosa —dijo Balzic con decisión—. Sé que no ha sido su padre el que le ha hecho esto. Usted quiere vendérmelo así y me parece muy bien, pero sé que no ha sido él. Ya sé que hace un montón de años que no lo veo, que todo el mundo cambia y todas esas cosas que se dicen, pero no puedo creer que su padre le haya puesto nunca un dedo encima. ¿Empezamos a entendernos o no en relación con esta mejilla?

La mujer fijó la vista en el suelo y después volvió a mirarlo directamente a los ojos.

—De acuerdo... —dijo, pero con sumisión en el tono de voz y tristeza en la cara.

Para Balzic estaba claro que Frances aceptaba porque, de haber discrepado, habrían surgido más problemas.

Balzic quedó tan aturullado con su reacción que no se le ocurría pensar otra cosa, como si tuviera razón, como si su padre no la hubiera pegado, como si hubiera sido su marido. Balzic se sentía muy estúpido, sobre todo porque no sabía cómo darle a entender que él estaba al cabo de la calle. Estaba demasiado confundido ante aquella información sobre el padre de Frances, porque no encajaba con la idea que se hacía del hombre ni con los recuerdos que tenía de él. Siguió como si no se hubiera enterado de nada.

—Así que, ¿cuándo empieza esta parte?

—¿Cuándo qué? ¿Cuándo empiezan a ocurrir este tipo de cosas? Pues la primera vez que vino de la oficina del paro, cuando le habían dicho que fuera a hacer aquella entrevista por si le daban el trabajo y cuando volvió a casa me dijo que no lo haría... como si yo fuera la persona que tenía que darle el trabajo. Lo único que yo quería era que me explicase lo que le habían dicho que hiciera y entonces, ¡patapam!, va y me da con no sé qué cosa, porque no la vi venir, y de lo único que me enteré es de que estaba en el suelo y de que tenía la cabeza como una olla de grillos.

»Después de esa vez la cosa ya se convirtió en costumbre. Teníamos lo que yo creía que era una conversación amistosa y, ¡ya está!, la cabeza como un bombo.

»Salí a la calle y me compré las gafas de sol más grandes del mercado y me puse a rezar para que no me pegara en la boca y no me saltara unos cuantos dientes. Una cosa que hay que conceder a Jimmy es que es constante y que sabe arreglárselas para darme siempre en la mejilla, bueno, casi siempre...

Los dos oyeron los pasos al mismo tiempo, como Petrolac. Y los tres se quedaron mirándose uno a otro y después a la puerta, mientras se oía una llave que se introducía en la cerradura, giraba en ella y después se abría la puerta y entraba en la habitación un hombre bajo, grueso, sudoroso, de unos cuarenta años, con cara de borrego, desorientado y perplejo, pero también indignado, mientras paseaba la mirada de su esposa a Balzic, después a Petrolac y de nuevo a su esposa.

Cerró la puerta e inmediatamente comenzó a desabrocharse la camisa blanca y a sacársela fuera de los pantalones.

—¿Así que has ido y lo has hecho? —dijo—. Finalmente lo has hecho. Lo sabía.

—¿Que he hecho qué, Jimmy? —dijo su mujer—. ¿Qué es lo que he hecho? Y antes de que me lo digas, ¿no tienes que decirme ninguna puñetera cosa más?

—¡Uy! ¡Cuidado, que descarrilas! ¿Qué van a decir tus amigas si te oyen esas palabras? Pues no, no pienso decirte ninguna puñetera cosa más. ¿Y esos qué? ¿Es que me van a detener?

—Jimmy, estaba preocupada, no sabía...

—¿Preocupada? ¡Y un cuerno! ¿Eso les has dicho? ¿Eso es lo que les has dicho a esos? ¿Que estabas preocupada? Pero si no sabes qué quiere decir estar preocupada...

—¡Jimmy, por el amor de Dios!...

—¡Uy, perdone usted, señora Romanelli! —dijo Balzic—. Jimmy, yo soy Mario Balzic, jefe de policía...

—Ya sé quién es. ¿Se figura que soy un imbécil?

—No, no he dicho eso. Lo que le decía es...

—Pero sí sé quién es usted y sé quién soy yo y sé quién es ella y sé quién es ese otro de allí... bueno, no me importa quién pueda ser..., pero lo que no sé es qué hacen ustedes en mi casa si yo no los he invitado. ¿Comprende?

»Quiero decir que, si es que piensan detenerme, adelante, y si no piensan detenerme, adiós muy buenas, ¿entienden? Quiero decir que una cosa o la otra, pero andando que es gerundio, ¿está claro?

—Su esposa estaba preocupada porque no sabía dónde estaba usted y...

—He dicho que nos dejemos de paparruchadas, que me detengan si es que he hecho algo malo o que cojan el portante. Esta es mi casa y tengo el nombre en todos los préstamos, hago los pagos que hay que hacer y si no violo la ley, entonces, ¡largo de aquí! Saquen los pies de mi casa. No por el hecho de ser policías van a meterse en casa de la gente...

—He sido yo quien los ha llamado, Jimmy —dijo Frances.

—Porque yo no estaba en casa y tú estabas preocupada, ¿verdad? —le espetó—, bueno, pues ahora ya estoy en casa y no tienes por qué preocuparte. Los has llamado tú, ¿no es eso? Bueno, pues entonces ahora les puedes decir que se vayan. Y no me vengas con historias, no me vengas a explicar por qué los has llamado, ni me hables de tus sentimientos, ni de todo lo que acabas de decir... Diles que se vayan y no hay que hablar más del asunto. En una palabra, que los echéis de mi casa. ¡Ahora!

—Tómeselo con más calma, Jimmy —dijo Balzic.

—Oiga usted, ya le he dicho todo lo que tenía que decirle: o me lleva detenido o me deja en paz. No quiero discursos, ni sermones, ni nada de nada.

Y avanzando los brazos delante de él con los puños cerrados, dijo:

—¡Póngame ahora mismo las esposas o lárguese! No me importa lo que elijan, pero no quiero oírlos cotorrear, ¿entendido?

—Me parece que lo mejor sería que nos sentásemos todos un momento y hablásemos un poco del asunto —dijo Balzic, dirigiéndose lentamente hacia una silla colocada junto a la mesa del comedor.

—No vamos a hablar de nada. Oiga, ¿a usted qué le pasa? ¿No me ha oído o qué? —dijo Jimmy yendo detrás de Balzic.

Al tomar Balzic asiento, Jimmy echó una mirada a la mesa y vio el montón de fotos de él y de sus amigos en la partida de caza organizada aquella temporada en la que había matado al ciervo cuya cabeza disecada estaba colgada de la pared.

—Pero ¿quién demonios... quién demonios estaba mirando esto?

Recogió todas las fotografías y se dirigió directamente a la mesa donde Petrolac las había encontrado. Abrió el cajón y, mirando por encima del hombro, las echó dentro con una rabia que parecía canalizarse directamente contra Balzic y su mujer.

—¡Esto es particular, maldita sea! Esto es mío. Están metiendo las narices en algo que es particular y esto es algo que no pueden hacer si no llevan una orden judicial o cosa parecida. No pueden ir por ahí metiendo las narices en las intimidades de la gente. ¿No lo ven? ¿Con qué derecho lo hacen?

—Jimmy, su mujer se figuraba que usted había desaparecido...

—¿Desaparecido? Yo no había desaparecido para nada. He sabido todo el tiempo dónde estaba.

—Sí, usted sí, pero ella no, y por eso nos ha llamado, porque estaba asustada...

—¿Asustada? ¡Vaya, esta sí que es buena!

—... porque estaba asustada debido a que usted no suele hacer este tipo de cosas...

—¿Qué es lo que yo suelo hacer? No hacer nada, esto es lo que yo suelo hacer... ¿No se lo ha dicho ella? Hace catorce meses que no hago nada. El trabajo que tenía me dejó, no que yo dejara el trabajo. Fue el trabajo el que me dejó, ahí está la gran diferencia...

—... debido a que usted no suele ausentarse durante todo un día y toda una noche y durante el resto del día siguiente —dijo Balzic, a medida que la paciencia se le iba agotando con cada palabra que pronunciaba—. Y entonces ella nos ha llamado y nosotros le hemos preguntado si tenía alguna fotografía reciente de usted, puesto que esta es la rutina cuando se denuncia la desaparición de una persona. No había invasión de...

—Pero yo no había desaparecido, ¡no había desaparecido! Estoy aquí. ¿Estoy aquí o no, Frances? ¿He desaparecido?

Frances cerró los ojos, movió negativamente la cabeza y volvió a meterse en la cocina para apagar el cigarrillo con un chorro de agua y después, aprovechando el gesto, coger otro cigarrillo.

—No, Jimmy, no has desaparecido.

Después se volvió a Balzic y, pasándose el dorso de la mano por la frente, dijo:

—Me parece que será mejor que se vayan. Gracias por haber venido y... gracias, en fin.

—No hay de qué —dijo Balzic, poniéndose de pie y encaminándose hacia la puerta, al tiempo que hacía una seña a Petrolac para que hiciera lo mismo.

—Buenas noches —dijo Balzic, mientras tiraba de la puerta para cerrarla tras él.

Ya en la calle, Balzic tocó el brazo de Petrolac y le hizo un ademán para indicarle que esperase un momento. Un momento fue todo lo que tardó.

—¡Has avisado a los condenados polis! —dijo la voz de Jimmy.

—Porque estaba preocupada. ¿Es que no lo comprendes?

—¿Por qué cuernos estabas preocupada, si puede saberse? ¿Te figurabas que me habían herido? ¿Que me había ocurrido algo? ¿Desde cuándo te cagas de miedo?

—¡Oh, Jimmy, te lo juro por Dios!...

—Tienes ganas de saber dónde me había metido, ¿verdad? Pues mira, aquí es donde me había metido. Estaba haciendo dinero. Mira, ahí lo tienes, cuéntalo. ¡Vamos, cuéntalo! Mil machacantes hay aquí... oye, espera un minuto.

—¿Qué pasa?

—Pues que no he oído el coche de los polis.

Balzic pegó un empujón a Petrolac y los dos hicieron una carrerilla por el breve camino que llevaba a la calle, con lo que llegaron justo al coche patrulla en el momento en que Jimmy abría la puerta de la casa.

—¿Qué? ¿Ya han oído lo que querían, polis? ¿Quieren saber de dónde he sacado la pasta? Pues jugando a las cartas, ya tienen de dónde. ¡Vamos, deténganme, payasos!

—¡Vayámonos de aquí, Petrolac!

Estaban a medio camino de la comisaría y ninguno de los dos había abierto el pico. De pronto saltó Petrolac.

—¡Vaya pérdida de tiempo!

—¿Pérdida de tiempo? Yo no veo que hayamos perdido el tiempo.

—¿Que no hemos perdido el tiempo? —dijo Petrolac—. ¿Quiere decir que ha sido un buen trabajo? ¿Todo el tiempo que nos hemos pasado en esa casa, todo lo que esa mujer nos ha soltado acerca de su marido? ¿No ha sido una pérdida de tiempo?

Balzic soltó un suspiro.

—Petrolac, yo te estaba dando... ¡pero, hombre!, ¿cómo puedes decir una cosa así?, ¿dónde estabas mirando?... Yo te estaba dando un curso acelerado de cómo hay que resolver una parte de un disturbio doméstico... quizá la parte más importante... ¿y tú qué te figurabas que hacía?, ¿que estaba alimentando la vanidad de esa mujer?,

¿que le estaba echando un hueso? Oye, Petrolac, ¿es que no has oído que esa mujer ha dicho que su padre y su marido habían dejado de hablar con ella en buenos términos para todos los propósitos prácticos?

—Sí, lo he oído.

—Y bien, ¿qué consideras que tiene que hacer una persona cuando alguien le dice una cosa como esta?, ¿eh?

—No sé... no estoy seguro.

—¿Qué quiere decir eso de que no estás seguro? ¡Pero, hombre de Dios, si lo que has estado oyendo ha sido la mitad de un DD! Como esa mujer no encuentre a una persona con la cual desahogarse, ese imbécil que tiene por marido llegará a su casa una noche y la molerá a palos y después se sentará dándole la espalda y le dirá una cosa tan inteligente como: «¿Dónde está la cena?». Y entonces la mujer buscará los cuchillos que tiene guardados en el cajón, cogerá el más largo, cerrará los ojos y lo ensartará de espalda a pecho con la mayor naturalidad.

Petrolac movió la cabeza con una sonrisa de incredulidad en el rostro.

—¿No te lo crees, verdad?

—No, señor, no me lo creo. No creo que tenga suficientes arrestos para esto.

—Petrolac, los arrestos no tienen nada que ver con esto. Lo que has oído esta noche en esa casa era frustración pura y simple. Catorce meses de frustración. Esa mujer ha tenido que volver su vida del revés porque su marido es una persona inmadura desde el punto de vista emocional y esa mujer lo ha tenido que descubrir después de diecisiete o dieciocho años de estar casada con él. ¿No te das cuenta de lo que significa esto, quiero decir de una de las cosas que significa esto?

—No estoy seguro de lo que quiere decirme.

—Bueno, pues, entre otras cosas, esto significa —dijo Balzic— que esa mujer había juzgado equivocadamente al hombre que había elegido por marido. ¿Sabes lo que siente una persona cuando ve que se ha equivocado? Me refiero a cuando ha cometido una equivocación de envergadura. Pues se siente un imbécil.

—No, no es así... bueno, quizá a usted le ocurra, ya que lo dice.

—Oye, Petrolac, tú presta atención a este asunto porque... te lo digo yo... no hay nada tan peligroso en el mundo como un DD. Y cuantas más cosas aprendas para enfriar los ánimos de la gente, más tiempo vas a vivir, joven, y no hay nada más que hablar.

—Ya entiendo qué quiere decirme, jefe, pero lo que yo pienso es que en este caso del que acabamos de salir, hemos estado perdiendo el tiempo.

—¿Por qué? Dímelo, quiero saberlo.

—Fíjese que en seguida ella nos ha dicho que nos fuéramos porque tenía ganas de tranquilizarlo.

—Bien, es natural. ¿Por qué sigues creyendo que es una pérdida de tiempo?

—Porque me parece que a ella le gusta que la zurren.

—¿Eso crees? Entonces explícame por qué esa mujer trabaja en dos sitios

distintos y ha vuelto a ir a la escuela a su edad cuando desde que se había casado no había tenido que trabajar nunca y se casó justo al salir de la escuela. ¿Es que da la impresión de ser una persona a quien le gusta que la zurren? ¿Da la impresión de ser una persona a quien le gusta repantingarse sobre el trasero y no intentar hacer nada para remediar la situación? Quiero decir que, suponiendo que fuera una de esas a las que les gusta que las pongan en cintura, y estoy de acuerdo en que corren muchas por ahí, ¿por qué no se queda en casita haciendo lo que ha estado haciendo toda su vida, salvo que ahora además podría dedicarse a darle la lata al marido porque no trabaja? ¿Por qué no lo hace? Quiero decir que, si lo que busca es que le zurren la badana, con esto lo conseguiría fácilmente.

—No lo sé.

—Bueno, Petrolac, tú has emitido un juicio sobre su persona, pues ahora veamos qué dices para respaldarlo. Te escucho. Yo no digo que la tenga clasificada. Habla tú.

—Pues lo que le he dicho antes —dijo Petrolac—, fíjese que nos ha dicho en seguida que nos marchásemos... y usted...

—¿Yo qué? ¿Que me he marchado demasiado aprisa? ¿Qué querías que hiciera en su casa? ¿Que le dijera: «No, no, señora, mejor que deje que nos quedemos aquí hasta que el asno de su marido haga alguna de las suyas»? ¿A ti te parece que esta era la forma de actuar?

Petrolac trató de hablar dos veces, pero las dos se calló y no dijo palabra.

—Sí... no..., ¡joder! ¡Yo qué sé!

—Petrolac, escucha. ¿Estás atento?

Petrolac asintió con la cabeza.

—Sí, señor.

—Pues recuerda lo que te voy a decir ahora. Es más fácil sacar a un negro pirado de un bar... independientemente de si lleva en la mano un cuchillo, una navaja de afeitar o una pistola... que meterse entre marido y mujer si los dos están contra ti, aunque ninguno de los dos lleve nada en las manos. Y no me meto en el color ni en la edad que puedan tener.

»Te metes en una casa y tratas de arreglar el asunto y más te vale salir con los trastos a la calle y pedir ayuda, porque te va a hacer falta si quieres seguir dentro. Y ahí tienes por qué la mujer no me ha tenido que pedir dos veces que me largara para que le hiciera caso.

»Si es que el tío no le había hecho nada a ella... Lo único que ha hecho es despotricar y chulearse con nosotros. Ella ni loca firmaría una denuncia contra él porque le haya manchado la cara. Y a lo mejor no se juntaría al cuerpo auxiliar femenino de la Orden Fraternal de la Policía... pero cuando nos hemos ido, ella de una cosa podía estar segura y es de que había hablado un rato con una persona que la había escuchado. Y la persona que la ha escuchado, pasando por un atajo psicológico, Petrolac, era un hombre revestido de autoridad, ¿me sigues?, un hombre que ha escuchado todo lo que ella tenía que decir y que no la ha acogotado en medio de una

frase. Ahora bien, como ella no recordase esto en una situación futura, saldría ella por delante. Y lo que esto quiere decir es lo siguiente: que si uno de los dos tuviera que volver, ya no se volcaría en ti. Sería él. Porque él no tiene ganas de hablar y todo lo que quiere es gritar y darse con el puño en el pecho. ¿Te lo estoy contando claro?

Petrolac redujo la marcha al meter el coche patrulla en la plaza de Balzic junto al ayuntamiento y, al parar el motor, dijo:

—Sí, lo que pasa es que a lo mejor usted tiene razón, pero yo no tengo su experiencia.

Balzic esperó a que los dos se hubieran apeado del coche para contestar.

—¡Hombre, Petrolac!, ¿qué coño te crees que te he estado ofreciendo durante esos últimos veinte minutos? ¿Los beneficios de mi ignorancia? ¿Los beneficios de mi falta de experiencia? Mira, solo hay tres maneras de enterarse de las cosas... de lo que sea. O lo haces, o hablas con otro que lo haya hecho, o lees en un libro cómo se hace, porque allí te lo explica uno que ya lo ha hecho. Es posible que haya otros procedimientos, pero yo no los conozco.

—Sí, señor.

—¿Sí señor, qué?

—Sí señor nada, señor.

—Sí señor nada señor, ¡y un cuerno! Pero ¿qué pasa? ¿Qué pasa cuando dos personas te dicen dos cosas diferentes sobre lo mismo?

»Pues entonces, Petrolac, uno hace la prueba a través de la propia experiencia y ve cómo funciona la cosa. Y va haciendo aquello que le funciona hasta que deja de funcionar y entonces prueba otra cosa.

—Pero ¿y si lo hago mal la primera vez que lo pruebo, entonces qué hago?

—Ya te lo he dicho. Sales con los trastos a la calle y pides ayuda. No te dé vergüenza pedir ayuda. Mira, Petrolac, esto es lo que he tratado de decirte toda la noche. Tienes que saber en qué momento has de ofrecer el cuello y tienes que entender que en esto no hay ningún pecado. Ni vergüenza tampoco.

Balzic subió los tres escalones de cemento que llevaban a la entrada de la comisaría y de pronto se sintió cansado, de pronto sintió que tenía plomo en las piernas.

—No sé qué hago aquí —dijo, moviéndose por la habitación y pasando junto a Petrolac al entrar este—. Me voy a casa. Di a Stramsky que no me moleste.

Balzic, por segunda vez en aquel día, pisó el camino de acceso a su casa. Esta vez tenía la cabeza mucho más despejada que la otra y, en cierto modo, lamentaba el orden de sus retornos y los respectivos estados de su mente. Ahora es cuando debería estar un poco bebido, pensó, mientras subía los escalones y se metía dentro.

Acababa de cerrar la puerta y de pasar la cadena de seguridad cuando se le escapó un gruñido al recordar lo que le esperaba el día siguiente.

—Oye, ¿qué te pasa? —dijo su mujer atravesando rápidamente la sala de estar y encarándose con él.

—Acabo de recordar lo que me espera mañana.

—¿Qué?

—La mierda del sindicato, las negociaciones del contrato. Mañana a las nueve en el despacho del alcalde. Por un rato lo había olvidado completamente y, la verdad, era una maravilla.

—Pues sigue olvidándolo —dijo Ruth—. No te va a hacer ningún bien recordarlo. ¿Quieres un poco de vino, café, un bocadillo... qué quieres?

—¡Ni me lo mentes siquiera! Estas cosas me han hecho hoy más mal que bien.

—¿Qué cosas? ¿De qué estás hablando?

—Olvídalo. Dame un bocadillo, un poco de vino y sáltate el café... Cámbiamelo por un beso.

Ruth inclinó la cabeza y sus ojos brillaron con una mirada de picardía.

—Deja primero que te vea los dientes.

Balzac le echó los brazos alrededor del cuerpo y la apretó con fuerza.

—Tengo los dientes negros de regaliz, rojos de remolacha, amarillos de mostaza y blancos de leche. Tengo todo el arco iris en los dientes. Coge un palillo y verás, verás qué pasa cuando hayas mezclado todos esos colores. ¿Sabes a qué me huelen los dientes? ¡A ajo!

—Sí, me parece que hoy estás de ajo hasta arriba —dijo ella haciendo como que rehuía su aliento.

—¿Qué son todas esas contorsiones? ¿Eh? ¿No te gusta como huelo?

—Del aliento no tengo nada que decir. De lo que no estoy tan segura es de la cara que pones.

—¿Qué cara? ¿Pongo caras?

—Sí. Una cara que conozco, la cara de «preparados-todos-que-voy-a-cargarme-a-alguien».

—¿Ah, sí? ¿Esa cara? Pues es una cara buena. A mí me gusta cuando pongo esa cara. Pero no sé cómo es que la pongo.

—¿Por qué no lo sabes?

—Porque ya tengo agarrada a la que pienso cargarme.

—¿Ah, sí?

—¡Sí!

—Mario, tú no te fijas en el calendario —rezongó ella—. Hay ciertos días en los que pongo una X y tú no te fijas nunca.

—¿Ah, no? Pues voy a empezar a fijarme.

—Y cuando empieces a fijarte, entonces pondré otra marca diferente porque sabes perfectamente que hace mucho tiempo que dices que vas a fijarte...

—Y sigo sin fijarme, ¿quieres decir?

—Sí esto es lo que quiero decir exactamente, que sigues sin fijarte.

—¿Pongamos que hace dos años? ¿Diez años? ¿Veinte años?

—Mario, tú miras el calendario como el niño que está esperando su cumpleaños, palabra. Miras lo que quieres mirar y lo demás no lo ves siquiera. ¿Qué importa ahora el tiempo que hace que no te fijas?

—Pero si no paro de intentarlo, si me mato a fijarme...

—Pues no es lo mismo amor mío, no es lo mismo.

—Pero mis intenciones son honorables, mi...

—... mi corazón es puro, tengo la fuerza de diez y la barriga llena de garbanzos...

—¡Vamos, vamos!

—Mario, estoy en pleno diluvio, uno de mis dos días de diluvio. Y cuando estoy en pleno diluvio no me siento limpia y tú siempre estás por las nubes. Deja de estar tanto por las nubes y mira el calendario.

—De acuerdo, pues entonces me tomaré un bocadillo —dijo en un alarde de sobriedad.

—¡Eres tan romántico, Mario! ¡A veces es que me emocionas! ¡O yo o un bocadillo!

Se debatió para desasirse de su brazo y le dio un buen puñetazo en el brazo.

—¿Y eso por qué?

—Pues por lo de mí o el bocadillo, por eso. Y ahora ve a lavarte los dientes. Siguen morados.

—¡Vamos, Ruthie, sé buena y córtame alguna tajada de algo!

—Te cortaré un poco de pan y tú mismo te preparas el bocadillo. ¿De qué lo quieres, amorcito?

—¡Adelante entonces, me gusta tanto ver cómo cortas pan! Es la única experiencia erótica que me queda —dijo agachándose de pronto, agarrándola por las rodillas en un abrazo, levantándola por encima de sus hombros y llevándola hasta la cocina.

—¡Mario, Mario! ¡Estás como una cabra! En serio que estás mochales. Bájame antes de que te hagas daño. Pero ¿cuántos años te figuras que tienes? ¿Veinte? Si es que te vas a herniar...

Balzac no se detuvo hasta que estuvieron junto al fregadero y entonces se la descargó del hombro y la dejó sentada en el mostrador de la cocina.

—Hazlo, Ruthie, corta un poco de pan. Te juro que me excita horrores. Eso de ver que el brazo avanza y retrocede y toda la carne moviéndose de esa manera, temblando de esa manera...

—¿De qué carne me hablas, Mario? ¿Que se mueve, que tiembla? Oye, ¿estoy como una vaca o qué?

Balzac se le acercó y frotó la nariz contra el cuello de su mujer.

—En serio que me enloquece verte cortar el pan...

Ella le dio unos golpes en la espalda con ambas manos.

—¡Mira que eres! —dijo entre risas y exclamaciones mientras él le seguía frotando la nariz contra el cuello—, ¡estás loco de remate! Debe de ser la sangre serbia... se ha mezclado con la sangre italiana y te ha vuelto loco.

Siguieron así una hora o más, haciéndose arrumacos, mordisqueando queso y jamón y amenizándolo todo con sorbitos de vino hasta que Balzic se acordó de lo que tenía que hacer al día siguiente por la mañana y de lo pronto que llegaría la mañana.

—¡Mierda!, tengo que ir a la cama. ¿Me despertarás mañana?

—¿Quién si no? En veinte años no has oído nunca el despertador.

—Bueno, pues si tiene que olvidársete alguna vez, que no sea mañana. Ya me han puesto en la lista negra de la mayoría y solo faltaría que llegase tarde para estar en todas las listas negras.

Tomó un último sorbo de vino y se dirigió rápidamente a su cuarto mientras se iba despojando de la ropa al caminar. Ruth se quedó en la cocina, lavando los platos y ordenándolo todo, después de lo cual dobló el paño, lo colgó del grifo y encendió las luces que quedaban iluminadas toda la noche en la pared y en la cocina, por si su suegra tenía que levantarse durante la noche. Hecho esto, se metió en el dormitorio, donde encontró a su marido roncando levemente y con los pantalones puestos, tumbado sobre la colcha.

En lugar de pelear con él para hacerlo levantar, obligarlo a sacarse los pantalones y a meterse debajo de las sábanas, sacó una manta que tenía guardada en el cajón de la cómoda y lo cubrió con ella. Se metió en la cama pensando que tenía que haber alguna manera mejor de conseguir que su marido prestara más atención al calendario; hacía años que persistía en hacer algo que no era otra cosa que el resultado de un insensato optimismo y, puesto que conocía bien a su marido, no pasaría nunca de serlo. Había cosas en las que su marido era más duro que una piedra y esta era una. Pensó que pronto llegaría el momento en que ya no tendría que hacer marcas en aquel maldito calendario. Se acurrucó en la cama y se acercó furtivamente a la oreja de Mario.

—¿Sabes qué vendrá después? Golpes de calor, sudores fríos, monedas en la boca y martillos en el pecho. ¡Dios mío, desde pequeña me lo decía mi madre! ¿Me oyes?

No la oía.

Se apartó de él. Sentía unas deliciosas ganas de dormirse y casi iguales ganas de hacer picardías. Pero las picardías caían en saco roto, porque ya no había nadie despierto con quien hacerlas.

Para Balzic la mañana llegaba siempre demasiado temprano y, en los días en que había bebido demasiado la noche anterior, todavía llegaba antes. Se preparó para el día que le esperaba con una serie de gruñidos y de besos apresurados a las mejillas de su madre, hijas y esposa. Llevaba dos minutos de retraso para las negociaciones del sindicato al girar la llave de contacto del coche patrulla.

Para subir a la sala de juntas del segundo piso del ayuntamiento salvó las escaleras subiendo los peldaños de dos en dos. Por vez primera en casi un mes habían empezado a la hora. Por parte de la ciudad estaban el alcalde Angelo Bellotti, el concejal Louis Del Vito, presidente del Comité de Seguridad, y el abogado Peter Renaldo. Por parte de la policía, el teniente Angelo Clemente, que como sargento de oficina había prometido a todo el mundo que iba a retirarse pero que después había sido ascendido y nombrado oficial de menores sin que Balzic lo supiera ni aprobara; el Presidente de la Orden Fraternal de la Policía Wally Stuchinsky, policía estatal; y Joseph Czekaj, abogado de la OFP.

Durante la última semana Balzic se había sentido incapaz de soportar a ninguno. De no haberse levantado la sesión a las cuatro de la tarde, seguro que habría habido sangre en la mesa alrededor de la cual se sentaban y la verdad es que la mesa era bonita y cara: casi cinco metros de largo por uno y medio de ancho y hecha de buena madera de arce, perfectamente bruñida, muy bien barnizada, pero nunca teñida. El alcalde Bellotti se la había llevado de Harrisburg cuando habían cambiado los administradores y él había perdido el destacado puesto que ocupaba en el Departamento de Propiedad y Suministros. Balzic se acordaba perfectamente de la llegada de la mesa: habían sido precisos dos carpinteros y dos operarios del ayuntamiento para desmontarla, subirla escaleras arriba y volverla a montar.

Lo que el alcalde Bellotti no había dicho nunca a nadie era dónde había guardado la mesa en el período de tiempo comprendido entre el momento en que había perdido su cargo político en Harrisburg y aquel en que había sido elegido alcalde. Ahora, mientras Balzic se deslizaba en su silla en el extremo de la mesa opuesto al alcalde pero, como la de este, situada entre los negociadores de la OFP, sentados en el lado norte de la mesa, y los negociadores municipales, instalados en el lado sur, Balzic pensaba que seguía siendo importante saber en qué sitio debía de haber guardado el alcalde Bellotti aquel mueble monumental durante aquellos dos años que mediaban entre el ejercicio de sus funciones.

—¿Quiere alguien tomar no-no-nota? —dijo el concejal Del Vito—. El jefe de policía ha llegado.

Del Vito era tendero y tan tartamudo que, cuando se atascaba en una sílaba, podía quedarse colgado de ella un minuto entero, que parecía una hora para algunos y una semana para otros. Generalmente Balzic se llevaba muy bien con él. No era una cosa en la que Balzic tuviera que esforzarse especialmente, porque Del Vito era un tipo auténticamente decente y a veces incluso divertido, como ahora que trataba de que se tomara nota de la llegada de Balzic. Lo cómico del caso era que la ciudad estaba tan apurada en el aspecto financiero que los negociadores habían tenido que pasar el plato —para decirlo de algún modo— para conseguir una taquígrafa de una agencia de trabajadores temporeros. La secretaria fija del consejo municipal se había visto obligada a suspender sus funciones para poder tener un niño y, a partir de entonces, todos los que estaban de alguna manera relacionados con las negociaciones

colaboraban con parientes, empleadas de sus despachos particulares y otras para cubrir el expediente.

Durante tres días se vieron obligados a alquilar ayuda temporera, pero ayer la caja de gastos menores había quedado agotada al final del día y el administrador del servicio de personal se había negado a admitir cheques del ayuntamiento.

Así pues, la ocurrencia de Del Vito con respecto a que alguien tomase nota de la llegada de Balzic pretendía ser graciosa, pero no lo había sido. Normalmente, Balzic habría sentido que no se apreciase uno de los chistes de Del Vito, pero ahora lo único que hizo fue dirigirle una mirada fulminante mientras trataba de imaginar en qué sitio podía haber estado guardada una mesa del tamaño de aquella ante la cual se encontraban sentados.

—To-tomen otra nota —dijo Del Vito—. El jefe de policía hoy no piensa estar para gra-gracias. Lo pue-puedo asegurar.

Balzic se limitó a hacer un movimiento con la cabeza y a soltar una carcajada contra su voluntad. Pero fue el único en reírse.

—¡Menos mal, chi-chico, Mario! —dijo Del Vito—. Hoy por lo menos está de mi parte.

—No estoy de parte de nadie. Espero habérmelo perdido todo y que lo hayan resuelto todo. Ya empiezo a estar un poco harto de ver siempre las mismas caras.

—Pues no va a tener tanta suerte, amigo —dijo el alcalde Angelo Bellotti—. Todavía no nos hemos puesto de acuerdo sobre la cuestión de los dos hombres en los coches, las horas extra, el día personal... ¿qué más?

El abogado municipal, Peter Renaldo, intervino:

—Señores, se ha tomado debida nota de la llegada del jefe de policía Balzic. Seguimos con el asunto del número de oficiales asignados a los coches patrulla, ¿no podríamos seguir con esto?

Renaldo tenía poco más de treinta años, su padre había hecho todas las horas extra posibles en las minas de carbón para que su hijo pudiera ir a la facultad de derecho y no tuviera que pasar ni un minuto de su vida en la mina y Balzic sabía que ahora el hijo despreciaba al padre por ser minero, inmigrante y, lo que era peor, una persona rústica. La actitud de Renaldo para con su padre era absurda, pero era bien conocida de toda la gente de Rocksburg y Renaldo no hacía nada para disimularla. De todos los que se sentaban en la mesa, Renaldo era el único que no tenía nada en común con Balzic, salvo una cosa: el desprecio mutuo. Habría sido difícil decir cuál de los dos tenía en menos al otro.

—A menos que el municipio —dijo, después de aclararse la garganta Wally Stuchinsky, presidente de la OFP—, a menos que la ciudad haga alguna pequeña concesión, vamos a quedarnos atascados en este punto.

—Señor Stuchinsky —dijo Renaldo—, hace dos semanas que nos encontramos atascados en este punto y hace dos semanas que, mañana tras mañana, usted sigue insistiendo en decir que el municipio tiene que hacer una pequeña concesión. Es lo

que dice, ¿verdad? Que tiene que hacer una pequeña concesión.

Stuchinsky movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, señor, es lo que digo y es lo que pienso. Es lo que pienso cada vez que lo digo, señor.

Renaldo dio una mirada a su alrededor y suspiró con aire altanero.

—¿Qué ha pasado con el café que hemos encargado? ¿Alguien lo sabe?

Balzac miró a Renaldo, después a Del Vito y finalmente al alcalde.

—Pero aquí, ¿qué pasa? Nos pasamos tres días para decidir dónde iba a sentarse cada uno. Por fin solucionamos el asunto y después nos pasamos dos días más hablando del agua, del café, de los blocs de notas, de quién se encargaría de contestar al teléfono y de quién hablaría con los chicos de la prensa. ¿Ahora volveremos a empezar con el asunto del café? La maldita máquina del café está abajo y en la sala de personal hay una cafetera grande. ¿Qué pasa, Renaldo?

—Señor Renaldo... no trata de los temas de discusión —dijo el abogado de la OFP, Czekaj—. Señor Renaldo ha vuelto a... la cuestión del café... que es el tema de discusión más nulo de cuantos he negociado en mi vida.

Se recostó en su silla y se aflojó la corbata. Czekaj era un hombre gordinflón de apenas un metro sesenta de estatura y cuando se enfadaba parecía un enano gordo al que le hubiera salido un flemón. En aquel momento lo parecía.

—Señor Renaldo nos está haciendo perder el tiempo porque no puede presentar una razón que justifique por qué motivo no es posible asignar dos oficiales a cada coche patrulla en ciertas zonas de la ciudad y en determinados tumos. No se trata de una cuestión desdeñable en una negociación. Si la gente fuera razonable, sería una cuestión eminentemente negociable. Pero lamento decir que el señor Renaldo no tiene una respuesta para esta cuestión y, en lugar de decir que no tiene una respuesta, se sienta aquí y nos tiene entretenidos todas las mañanas hablando del café. ¿Digo bien, señor Renaldo? Mejor dicho, ¿no es así, señor Renaldo?

—Si usted lo dice, señor Czekaj. La cuestión de los dos hombres en un coche patrulla, aparte de las zonas de la ciudad de que se trate o de los tumos de trabajo, no es negociable por la simple razón de que el municipio no puede permitirse este gasto. No hay otra cosa. Simples realidades económicas. Realidades puras y simples. Calcule el coste de una hora de trabajo y verá que la tasa milesimal se dispara. Y los hechos económicos son estos.

—¡Todo esto son pamplinas! —dijo Czekaj—. No me salga con estas cosas, por favor. Nosotros... usted, este concejo, este alcalde estamos más que preparados para un aumento milesimal y ellos se limitan a hacer un partido de fútbol político hasta noviembre y todos sabemos por qué.

¡Lo que faltaba!, pensó Balzac. Volvían a estar en lo mismo. Ahora saldrían los puros, las cerillas de madera y los Zippos en el lado sindical de la mesa y las pipas y encendedores de gas en el lado municipal y a continuación saldrían a relucir las facciones del Partido Demócrata... pero sin que nadie, con la ayuda de Dios,

pronunciara las palabras facción, demócrata ni partido. Ninguna de estas palabras saldría de los labios de ninguna de las personas que ocupaban la mesa, porque la mesa estaba llena de demócratas y algunos habían sido elegidos para desempeñar el cargo como tales.

Balzic estaba pensando que Czekaj y Stuchinsky habrían podido matar a Renaldo, tanta era la rabia que llevaban dentro. Hacía casi una semana que estaban a punto de hacerlo. Clemente, el maravilloso Clemente, que ya iba a jubilarse cuando lo nombraran teniente sin consultar con Balzic, dejando aparte si era o no una idea razonable, el bueno de Clemente no sabía de qué demonios estaban hablando. Estaba más feliz que unas Pascuas por el simple hecho de que lo hubieran incluido en algo tan importante como las negociaciones del convenio. Balzic pensó maliciosamente que aquel maravilloso teniente Clemente se podía comprar fácilmente con solo dedicarle diez minutos de simpatía e interesarse por el estado de sus pies y de su columna. Clemente salía barato.

Stuchinsky y Czekaj lo sabían, lo habían sabido después de la primera hora de negociaciones y se habían preguntado por qué razón debían mover un brazo cuando podían comprar una persona dedicándole simplemente una mirada directa y sincera a los ojos mientras refería sus miserias físicas.

Louis Del Vito era una persona recta a carta cabal, pero se pasaba todos los días de su vida oyendo hablar de cuestiones económicas a sus votantes en la tienda que poseía. No bastaba con desearlo para conseguir lo que la OFP quería en materia de dinero, porque había viejecitas con zapatillas de fieltro y sin un solo diente en la boca que sabían leer los periódicos tan bien como él y, si votaba aumentos para la policía que no eran de su gusto, de quien primero tendría que oírlo era de sus bocas todas encías, bocas que hablaban del asunto desde el pórtico frontal hasta la cerca trasera de su casa y que no callaban hasta que todo el mundo que caía dentro de la jurisdicción de Del Vito se había enterado de lo que había hecho.

Balzic sabía dónde tenía el corazón Renaldo: en una cantera, junto con las piedras.

Esto hacía que quedaran solamente el alcalde Angelo Bellotti y él. En lo tocante a él, sabía que no había ningún guardia que cobrara lo suficiente, ni tuviera suficientes días de fiesta, ni percibiera unos seguros suficientes ni contara con un plan de pensiones que no pudiera ser ni fuera esquilado por un par de leguleyos y un programador informático. El inconveniente era que todos cuantos se sentaban en la mesa sabían que Balzic no solo defendía aquellos conceptos con palabras, sino que creía en ellos hasta el tuétano de los huesos. En consecuencia, su opinión en la mesa era vista como algo considerablemente por debajo de la imparcialidad y por ello, no era solicitada a menudo, a no ser a título privado por Bellotti y en ese caso para ver si Balzic no podía «hacer algo para convencer a los chicos».

En lo tocante a Bellotti, Balzic pensaba que el viejo Angelo era un político. Se había criado yendo de un cargo a otro, elegido o nombrado —a veces los últimos más

difíciles de ganar que los primeros—, y esto desde que Balzic lo conocía, es decir, desde hacía más tiempo de lo que Balzic quería recordar. Bellotti sabía cómo hay que saltar, sabía cómo caer sin romperse nada, sabía cómo zafarse de los golpes con la misma habilidad con la que el boxeador se zafa de los golpes que van destinados a su cabeza. Bellotti podía desmentir en pleno discurso algo que no hacía ni una semana había afirmado y no solo sabía escabullirse de aquella contradicción y caer sobre su adversario dejándole sin aliento, sino que podía aprovechar el salto para rebotar con una sonrisa y una mirada chispeante explicando que ni por asomo había querido decir lo que había dicho. A Bellotti podían echarlo a patadas de los cargos o perderlos después de una votación, pero no estaba nunca mucho tiempo parado, porque nadie sabía encontrar más aprisa que él una ocupación lucrativa a expensas del público. Bellotti —y Balzic lo admiraba por esto— sabía hacer bien las cosas y sabía hacer creer a la gente que todo lo hacía en interés de los demás y que a los demás les interesaba tenerlo por amigo. Era bueno que tuviera escasas apetencias, porque habría podido robar a mansalva si hubieran sido muchas.

Balzic reflexionaba sobre todas estas cosas y se preguntaba cómo conseguirían Czekaj y Stuchinsky lo que querían habida cuenta que Clemente, uno de los suyos, no estaba ciertamente de su parte, mientras que Renaldo, Del Vito y Bellotti, cada uno por sus propias razones, no querían ceder en nada que fuera contra ellos, y con él actuando como espectador. Tendría que desbaratar algo o de lo contrario se vería obligado a pasarse tres semanas más en aquella habitación, cosa que estaba más allá de toda comprensión, porque de ser así, sobre aquella magnífica mesa de Bellotti correría la sangre.

—Escuchen —dijo Balzic interrumpiendo a Stuchinsky, quien había estado dando vueltas a la cuestión de si había que asignar o no un segundo hombre a los coches patrulla en determinados turnos—, escuchen, estamos en un punto muerto. No vamos a conseguir de ninguna manera que haya dos hombres en un coche patrulla y me importa un bledo el turno del que podamos estar hablando.

—¡Mario! —exclamó Stuchinsky.

—¡No, no!, atiendan un momento. Ustedes no paran de hablar del asunto y yo entretanto estoy con la boca cerrada... pero ya me he cansado. Ustedes están jugando a no sé qué y yo estoy hasta la coronilla. Hagan lo que se les antoje con todo lo demás, pero esta cuestión está muy clara. A menos que muera alguien, puesto que nadie se va a retirar, que yo sepa, en los dos años próximos, no se va a autorizar la contratación de un solo hombre más. La fuerza se mantiene la misma. Tenemos dos «blancos y negros» nuevos, los dos cuatro ruedas que conseguimos el año pasado y el mío, que no tiene más que dos años. Así es que ese número tampoco va a variar. Entonces, si esos dos números no van a variar, quiere decir que todo este estira y afloja sobre dos muchachos en un coche no es más que pura palabrería.

»Ahora bien, la palabrería está bien si dura un par de días, y así de paso uno se entera de dónde tiene que sentarse y otras cosas por el estilo, pero este asunto dura

desde hace más de dos semanas. Sale todos los días y al final ya me conozco el truco. Ustedes nos dan esto y entonces nosotros no pediremos lo otro, conseguimos esto y no les daremos lo de más allá, y así sucesivamente. Pero ¡por el amor de Dios!, quiten de una vez ese bicho muerto de en medio, ¿quieren?, porque el bicho está muerto y bien muerto, lo han dejado al sol, está empezando a hincharse, pronto reventará y apestará con su hedor.

—¡Pero, Mario! —dijo Stuchinsky así que pudo juntar los labios para empezar a hablar—, ¡qué demonios!... Usted sabe mejor que nadie que no se consigue así como así un premio gordo —y al decir estas palabras hizo chasquear los dedos—. Hace dos semanas que estamos hablando del asunto y pienso que el otro lado se está convenciendo...

—¿Y haciendo alguna concesión? —dijo Renaldo, sonriendo francamente a los de la mesa por vez primera desde que habían comenzado las negociaciones, que recordase Balzic—. Ya he dicho antes, señor Stuchinsky, que aquí se trata de cuestiones puramente económicas.

—¡Oh, déjese de memeces! —dijo Balzic.

—¿Cómo ha dicho?

—Me ha oído perfectamente: que se deje de memeces. Stuchinsky está aquí sentado pensando que le estoy apretando las clavijas y usted está aquí sentado disfrutando de lo lindo. ¡Acabemos de una vez!

»Cuestiones puramente económicas... ¡y un cuerno! Los hechos se reducen a pura aritmética. Si no hay más policías, no hay más coches. Esos números se mantienen igual. Podemos quedarnos ahí sentados y decir sí, perfectamente, que nadie salga por ahí solo, pero precisamente para eso tenemos las radios. Y si ahora quieren que vayan dos hombres en un vehículo, lo que nos van a pedir después será dos hombres en una ronda y después dos hombres con perros y después dos hombres en cada cruce de calles en las horas punta de tráfico. Ahora bien, esto es una estupidez y todos sabemos que es una estupidez, por tanto olvidémoslo, porque tenemos tantas probabilidades de poder poner dos hombres en cada cruce de calles en las horas punta como de poner dos hombres en cada vehículo.

»Stuchinsky... Wally... estoy de su parte, pero en esto habla por hablar. Seguiremos trabajando de la misma manera que hemos estado trabajando los últimos diez o quince años, desde que pasamos a tener cinco vehículos. Que el hombre se mete en un lío, independientemente de si tiene las posaderas en un coche calentito durante el invierno o si está en la calle en plena tempestad, pide ayuda. Ya me he desembarazado de todos los héroes del cuerpo. Hace mucho tiempo. No llegaron nunca a superar las pruebas.

—Mario, ni yo lo habría dicho mejor...

—¡Oh, Angelo, por el amor de Dios!...

—No, Mario, lo digo en serio —dijo el alcalde Bellotti—, solo una cosa. Me alegra que haya sacado la cuestión de las radios... Hemos recibido noticias de

Washington, de la Comisión Federal de Comunicaciones, ¿sabe usted?, los de comunicaciones... y parece que han estado recibiendo quejas sobre la falta de respeto que reina en nuestros canales.

—¿Cómo?

—Pues eso, Mario, es lo que dicen. Según dicen, entre usted y el jefe de bomberos parece que el ambiente está un poco... un poco tenso.

—¡Oh, Angelo, no me salga con estas! Lo que pasa ahora es que todo el mundo tiene en su casa su monitor particular, sus aparatitos de cien dólares... Cambiamos de frecuencia cada tres meses, pero los bomberos no pueden cambiar de frecuencia. Son voluntarios y tienen los mismos aparatos baratos que tratan de pescamos. Si la CFC tiene quejas contra el jefe de bomberos, yo no tengo nada que ver en el asunto...

—Pero Mario, si se incurre en faltas de respeto como las que a usted se le imputan, entonces uno se hace acreedor de una sanción importante.

—¡Oh, mierda! Pero ¿quién se queja? ¿Algún presbiteriano santurrón que tiene miedo de ir a una manzana de distancia de su casa y se dedica a mirar el tubo y a tratar de escuchar lo que decimos? Se figura que lo que ve en el tubo es lo que ocurre fuera de su casa y que como los polis de la tele no sueltan tacos, nosotros tampoco los podemos soltar. Bueno, pues a la mierda él y los que son como él. Y dícales que pasen a verme cuando le digan que no les gusta cómo hablo. Yo no soy un poli de televisión. Dícales que se quiten de mi canal. ¿Y qué demonios hacen los de Washington? ¿No tienen nada mejor que atender quejas como estas? No me extraña que los malditos comunistas ganen en todo el mundo.

—¡Un magnífico discurso, señor Balzic! —dijo Renaldo—. A lo mejor le gustaría pronunciarlo ante la APM o cualquier otra asociación pía cuyos nombres tengo muy presentes en la memoria.

Balzic lanzó un suspiro y dijo entre dientes:

—¿Por qué no te atropellará un autobús, cucaracha?

—A mí me ha encantado su discurso, Ma-Mario —dijo Del Vito—. Un poco teatral, pero convincente. Si-si viene a mi tienda, podemos encargarnos de vender entradas. Como mínimo vendrían tre-tres o cua-cuatro personas. Sería una sensación.

—¿No podríamos continuar? —dijo Czekaj, frunciendo el entrecejo a través del humo del puro que fumaba—. Todo esto es muy ilustrativo y simpático y etcétera etcétera, pero ¿no podríamos seguir?

—Buena idea —dijo Balzic— y mientras ustedes siguen yo bajo un momento a ver cómo van las cosas en mi departamento.

—Que alguien tome no-nota: el jefe de policía ha durado hasta la pri-primera pausa para tomar café.

—Pienso ir a su tienda —dijo Balzic— y pienso pedir cien bocadillos y después no pienso llevármelos.

—Ya lo han pro-probado algunos, pero cuando se piden más de cinco hay que

pagar por ade-adelantado. ¿Por quién me ha tomado? ¿Por un poli?

—¿No pueden seguir, por favor? —volvió a decir Czekaj—. Ustedes, amigos, trabajan de acuerdo con su rutina, hacen las cosas de acuerdo con su horario habitual, pero yo le estoy costando a la OFP cincuenta machacantes por hora. Es mi precio.

Clemente pensó que aquello era lo más divertido que había oído desde que asistía a aquellas reuniones, por lo que rompió a reír hasta que se le saltaron las lágrimas de los ojos y el labio superior le quedó cubierto de moco.

Balzac pensó que había llegado el momento inaplazable de ir abajo y, sin decir palabra, salió.

Mientras se precipitaba escaleras abajo, todavía oía a Clemente que se reía a carcajadas. Estaba preguntándose por qué lo ponía tan nervioso Clemente. En otro tiempo había querido a Clemente casi como a un hermano y es evidente que, como policía, merecía todos sus respetos. ¿Por qué le había sentado mal la promoción de Clemente? Y lo que era peor aún, ¿por qué seguía tomándola a mal? Clemente no tenía la culpa de que le hubieran servido la promoción en bandeja. ¿Por qué no podía aceptar que hubieran echado aquel hueso a Clemente? A la edad de Clemente y en las condiciones en que se encontraba, a veces los huesos eran lo único que se podía conseguir. Quizá todo era porque el hombre no había comprendido que aquella promoción era a cambio de ser nombrado uno de los negociadores de la OFP en aquel convenio.

Balzac procuraba ver a Clemente con la máxima indulgencia, pero ello no le impedía dejar de indignarse. Y como sabía por qué se indignaba, las cosas todavía se ponían peores. La salud de Clemente estaba muy quebrantada. La verdad es que tenía muchos problemas con los pies. Todos los chistes que se hacían desde los tiempos de maricastaña sobre los pies de los policías, cuadraban en el caso de Clemente, y unos cuantos más encima. Aparte de todas las afecciones que son moneda corriente entre los policías —materia para tiras cómicas a pesar de su autenticidad—. Clemente tenía las fracturas de tibia que son propias del agotamiento y todos los problemas que son causantes de las desviaciones de columna. Clemente todavía no había cumplido los cincuenta años, pero aparentaba sesenta y cinco y a veces actuaba como si tuviera noventa.

Balzac había visto cómo la salud de su amigo se iba deteriorando por encima de lo que suele ser tema de las tiras cómicas, había contemplado cómo se había ido avejentando deplorablemente y le había perdido el respeto que antes le tenía. En realidad no era culpa de Clemente que quisiera mejorar, que aceptara la promoción y el ascenso y que desmintiera con ello el deseo de retirarse, expresado no hacía más que unos pocos meses.

Balzac se sentía mezquino, se sentía culpable, se sentía cruel. Y solo podía hacer destinatario de esas emociones a su propia persona. Como no empezara a pensar en seguida en otra cosa o en otra persona, se convertiría en muy mala compañía para sí mismo.

Entró en la sala de personal y encontró al agente Harry Lynch ante el tablero de la radio. Lynch estaba con el ceño fruncido y hacía tamborilear los dedos en los brazos de la silla.

Desde la promoción de Clemente a la graduación de teniente, había varios agentes con largo tiempo en el servicio y grandes resultados en los exámenes para sargento que hacían un turno rotatorio en el horario de siete a tres como agentes de guardia. Lynch no hacía todavía una semana que se ocupaba de este servicio y ya lo detestaba. Era un hombre de un metro noventa de estatura y unos ochenta kilos de peso. Cuando algún borracho provocaba algún problema en alguna parte, atendía la llamada cualquiera que estuviese de servicio y se encontrase en la zona, pero cuando alguien se desmandaba en los barrios negros, el que formulaba la queja preguntaba directamente por Lynch. No había ningún otro agente que pudiera satisfacerlo... ni con más ganas que él de satisfacerlo.

—Tendrá que sacarme de aquí, Mario —dijo Lynch, mientras el dedo que tamborileaba en la silla iba acelerándose a medida que Balzic se iba acercando.

—¡Hola, Harry! Si no querías los galones, ¿por qué hiciste el examen?

—Mario, todo el mundo tiene que hacer el condenado examen. Hay que hacerlo. La familia quiere que lo hagas, tú también quieres hacerlo... yo también quería hacerlo. Así que puedes, lo haces. ¿Cómo iba a suponer que lo haría tan bien?

—¿Quieres volver a hacerlo y lo haces mal?

—Vamos, Mario, ya sabe a qué me refiero...

—No, no lo sé. ¿A qué te refieres? ¿No quieres hacer el trabajo? Dilo y puedes tener la seguridad de que te saco. Digo al comité de seguridad que me lo has propuesto y listos.

—¡De esa manera, no! —gruñó Lynch, medio levantándose de la silla.

Balzic se apartó para ir a buscar una taza de café.

—Tómalo con calma, Harry. No es puesto para ti. Tu sentido del humor no es como en otro tiempo. Y si quieres desembarazar la mesa de toda la mierda que se le viene encima, carcajéate o de lo contrario acabarás como Clemente, tratando de caer simpático en todas partes y haciendo que los tipos como yo se tengan odio a sí mismos.

—Bueno, no haga bromas con esas cosas, Mario, que no quiero perder el puesto que me he ganado. Lo que pasa es que no quiero este y la cosa no me parece nada divertida. Me refiero a lo que ha dicho.

—Tranquilízate, Harry, tranquilízate. Me lo vuelvo a tragar, ¿estás contento?

Balzic encontró una taza limpia, la llenó de café y después se dirigió a su despacho, situado en el extremo opuesto de la habitación. Se metió dentro y, asomando la cabeza por la puerta, gritó a Lynch.

—Me lo vuelvo a tragar, Harry, ¿te parece bien? No diré a nadie que me has hecho proposiciones, ¿de acuerdo? Diré que he visto que hacías proposiciones a Clemente.

Balzic cerró la puerta al tiempo que Lynch se levantaba de la silla y entraba gruñendo.

—¡Maldita sea, Mario! Esto no tiene ninguna gracia. Podría haberlo oído alguien y a lo mejor no entender la broma y entonces el lío habría sido para mí porque habría tenido que explicárselo. Quiero decir que yo sé que está bromeando, aunque la cosa no tenga gracia ninguna, pero...

—Lo sé, Harry, por eso me he encerrado ahí dentro, para que tuvieras tiempo de recordar que estaba bromeando.

No hubo respuesta.

—¿Puedo volverme a marchar, Harry?

—¡Claro, usted es el jefe!

—No te he preguntado esto, porque los dos lo sabemos. Lo que quiero saber es si me puedo volver a marchar.

—Sí, ya se me ha pasado la perra.

Balzic volvió a abrir la puerta, asomó la cabeza y, con una sonrisa con la que quería expresar por un lado malicia y por otro pedir disculpas, dijo:

—¿Todo va bien? ¿No hay problemas?

—¡Vamos, Mario! A veces dice cosas que me hacen sentir un verdadero animal.

Balzic salió de su despacho y tuvo que volver un momento la cabeza para que Lynch no descubriera las ganas que tenía de responder algo a lo que este acababa de decir.

—A mí no me importa, Mario, con tal de que no le oiga nadie, porque no le entendería. De todos modos, algunas veces se pasa, ¿sabe?

—Mira, Harry, he estado allí arriba tragando humo de todo el mundo y si cuando bajo no puedo bromear un poquito, ¡vaya rollo!, ¿no te parece? Ya sabes que no digo nunca estas cosas delante de gente y que lo único que quiero es hacerte rabiar un poco. ¡Vamos, no hay para tomárselo así!

—¡Ya está, ya está, olvidado!

Lynch volvió junto a la radio y acomodó su largo y enorme corpachón en la silla.

—No bromeo cuando digo que no me interesa este trabajo, porque es para volverse loco. ¿Sabe usted cuál ha sido la primera llamada que he tenido esta mañana? Pues la de una mujer que quería que detuvieran al chico que le trae el periódico. ¿Y sabe por qué? Pues porque hace dos días que no se lo deja en el sitio acostumbrado. Quiero decir que hay gente que está seriamente tocada.

»Y la llamada que he tenido a continuación ha sido un tipo que quería que pidiésemos a la compañía del gas que no despanzurrara la calle delante de su casa. No podía dormir a causa del martillo neumático. Este echaba chispas. Así es cómo he empezado el día y, se lo aseguro, no quiero hacer una carrera por ese camino. No, señor, no quiero. ¡Y no la haré!

—Me has convencido —dijo Balzic—, lo acepto. No pierdas ni un minuto más preocupándote por estas cosas. Cumple con la semana que te corresponde y olvídale

después.

Sonó el teléfono, Lynch sacó la clavija y volvió a colocarla.

—Policía de Rocksburg, habla Lynch... Sí, señora... sí, señora, yo también la recuerdo... Sigue sin volver por casa... Bueno, el jefe precisamente está aquí ahora, si quiere hablar con él... sí, señora, está aquí.

Lynch miró a Balzic y le preguntó:

—¿Dónde quiere la comunicación? ¿Aquí o en su despacho?

—Pásala a mi despacho. No quiero dejarte sin línea.

Balzic se metió rápidamente en su despacho, pulsó el botón iluminado de su teléfono, cogió el receptor y se identificó.

—Aquí Frances Romanelli y...

—Y sigue usted con el mismo problema.

—Sí.

—¿Solo qué?

—Nada de solo que —dijo la mujer—. Anoche, cuando usted se fue, Jimmy sé quedó un rato en casa y después dijo que iba a comprar seis latas de cerveza.

—Y no volvió.

—Eso. No volvió.

—Señora Romanelli... esto, Frances... ¿de dónde le dijo su marido que había sacado el dinero anoche?

—¡Ah! ¿Lo oyó? Me figuraba que Jimmy volvía a hacerse el paranoico.

—No, me quedé a escuchar. Le oí decir algo sobre mil machacantes. ¿De dónde dijo que los había sacado?

—Dijo que los había ganado jugando a las cartas.

—¿Dónde dijo que había estado jugando a las cartas?

—En casa de uno de sus amigos. Un chico con el que solía ir a cazar.

—¿Había jugado otras veces en casa de esa persona?

—¡Uy, sí! Muchísimas veces. Son seis o siete amigos y juegan en casa de cada uno, por turno. Cada seis o siete semanas jugaban en nuestra casa.

—Ya. ¿Y a cuánto subía la puesta?

—¿La puesta?

—Sí, ya me entiende. ¿Cuánto dinero jugaban?

—Pues, níqueles y monedas de diez centavos para un tipo de juego y me parece que se jugaban veinticinco centavos y cincuenta centavos en otro tipo de juego.

—¿Había ganado alguna vez una suma que se aproximara a los mil dólares?

—¿Está usted de guasa? Ni siquiera cien. Ni siquiera treinta. Tenga en cuenta que tampoco había perdido nunca más de diez o quince dólares.

—¿Y los demás?

—No lo sé, porque a mí no me dejan jugar nunca a esos juegos. A mí solo me dejan jugar peniques cuando vienen a casa las hermanas de Jimmy con sus maridos. Yo no estoy autorizada a participar en los juegos importantes.

—¿En los juegos importantes?

—Bueno, así los llamaba Jimmy.

—¿Y estaba autorizada a entrar en la habitación?

—Naturalmente, ¿quién habría servido los bocadillos si no?... Supongo que eso era un chiste, ¿verdad?

—Sí, y seguramente no muy bueno.

Balzac tomó un sorbo de café.

—Frances, ¿qué quiere que haga con Jimmy? Me refiero a si quiere que haga algo hoy.

—Pues no lo sé, en serio que no lo sé. Últimamente hace cosas tan extrañas... A veces está la mar de eufórico y otras veces parece estar en las nubes.

—¿Ayer estaba eufórico? Quiero decir que si estar eufórico es estar como estaba ayer.

—Eso mismo, exactamente como estaba ayer. Pero otras veces está como... como borracho, lo que pasa es que no está borracho. No huele a cerveza y cerveza es lo único que toma, porque el vodka no lo puede soportar. ¿No es a esto a lo que huele una persona si ha bebido?

—Eso dicen. Bueno, Frances, dígame, ¿quiere que haga algo? ¿Quiere que ponga gente a buscarlo?

—Sí, claro, para eso he llamado.

—Está bien, de acuerdo, lo haré. Y ordenaré que alguien se ponga en contacto con usted aproximadamente cada cuatro horas. ¿Dónde estará usted?

—Pues aquí. He llamado a los dos sitios donde trabajo y les he dicho que estoy enferma. Y tampoco iré a la escuela. Voy a la escuela de la comunidad, ¿sabe usted?

—Sí, ya lo sé. ¿Dijo Jimmy que iba a buscar la cerveza donde acostumbra comprarla habitualmente?

—No, no dijo nada, pero no va más que a un sitio a comprarla. Al final de la calle, Ripulsky se llama el sitio.

—Muy bien, entonces empezaremos por aquí. No se preocupe, que algo saldrá.

Balzac colgó e hizo girar el fichero de rueda que tenía sobre la mesa para buscar un número de teléfono. Lo encontró y marcó el número.

—Oficina Estatal de la Ley contra la Droga, habla Russell.

—¿Russell? ¡Y un cuerno! Russellini dirás.

—¿Con quién hablo?

—¿Quién más conoce tu verdadero nombre, además de ti y de tus padres, maldito italiano?

—¿Eres tú, Balzac? ¡Hola!, ¿cómo va eso? ¿Sigues de jefe de policía en esa pocilga? ¿Cuándo encontrarás un sitio bueno de verdad? Apostaría cualquier cosa a que tu madre llora todas las noches al ver que haces un trabajo tan poco decente.

—¡Hola, Russellini, Russell! Si mi madre llora, llora por ti. Le gustaría saber si te han vuelto a bautizar o si solo es un trámite oficinesco. ¿Tienes mojado el pelo

todavía? ¿O cambiar de nombre solo ha sido cuestión de dinero? Esas son las cosas que hacen llorar a mi madre.

—Sí, sí, sí. Bueno, dime, ¿qué es lo que quieres, ahora que ya te has desahogado, señor jefe de tres al cuarto?

—Quisiera saber si el nombre de Romanelli te dice algo.

—Sí, tenemos un Romanelli en la lista de los activos. ¿Por qué?

—¿Cómo se llama de nombre de pila y dónde vive?

—Pues debe de llamarse James, Jimmy, minero de las minas de carbón. Vive en tu zona... en uno de esos pequeños conglomerados que están por esos alrededores. Kennedy, creo que se llama.

—¿Lo estás buscando o lo tienes en la cabeza?

—En la cabeza.

—¿Tan activo es que lo tienes flotando en la cabeza?

—No es activo lo que se dice activo. Suponemos que colabora, pero no mueve cantidades suficientes para que podamos echar abajo la puerta de su casa o para hacer pedazos su coche, si sabes a lo que me refiero.

—¿Cuánto tiempo hace que dura la cosa?

—Pues yo diría que empezamos a seguirle los pasos hará seis o siete meses. No que nos pusiéramos especialmente tras él, ¿comprendes?, pero cuando no teníamos nada mejor que hacer, uno de nosotros abandonaba las filas y se entretenía un poco con él. Maneja mucho papel de veinte para un tipo que hace más de un año que no da golpe.

—Pero ¿mueve algo?

—No, está claro que ese no mueve ni traslada. Es demasiado imbécil. Ese va siempre por las mismas carreteras, con la misma velocidad y no presta nunca atención a quién pueda seguirle. Dada esa conducta, no puede mover nada.

—Entonces, ¿cómo sabes que hace algo?

—Pues mira, Mario, está siempre rondando por los sitios interesantes y con la gente interesada y maneja muchos billetes de veinte. No viviría como vive si no tuviera más que los cheques del paro. Pero, como he dicho antes, no es que lo tengamos bajo vigilancia... por lo menos de momento. En cuanto a sus amigos, ya es otro cantar. No paran de alquilar camiones. Camiones enormes. ¿Sabes a lo que me refiero? Les gustan los camiones grandes. Ya me gustaría tener el dinero que se gastan en las compañías que alquilan camiones. ¡Y cómo los cuidan! ¡Tan limpios que parece increíble! Cuando los devuelven es que se podría comer en ellos... Unos chicos muy limpios. Esos mueven cantidad de mercancía, pero no sabemos dónde la meten. Esos sí vigilan a los que les siguen los pasos. Y se conocen los caminos mejor que los de este departamento. ¿Ha quedado contestada la pregunta?

—Sí, mejor de lo que esperaba. ¿Frecuentan algún local en especial?

—Se pasan la mayor parte del tiempo en la carretera, pero van mucho a Pittsburgh y después van también a un establecimiento que está en la carretera, un

poco más arriba de donde estás tú, un sitio donde sirven espaguetis... No tiene nombre, simplemente un letrero con la palabra «Spaghetti» en neón, ¿sabes dónde digo?

—Sí, en la carretera que va a Bovard Township.

—Exactamente, un sitio simpático, están en términos muy fraternales con el propietario, pero el tipo está limpio impecable. Lo hemos peinado con todos los ordenadores y la vez que lo pasó peor fue cuando hacía de pinche de cocina durante la Segunda Guerra Mundial. Se llama Tripoli, Girardo Tripoli. Es Gerry, el de los espaguetis. ¿Lo conoces?

—Sé quién es. Hace unas salsas exquisitas. O por lo menos las hacía, porque hace años que no voy por su casa. No sé por qué dejé de ir. ¿Puedes decirme algo más sobre Romanelli?

—No, no sé más. Quizá lo utilizan para que les guarde dinero, armas, pero evidentemente para nada más. Lo más probable, dinero.

—De acuerdo, amigo. Saludos a la familia entonces.

—Lo mismo digo.

Balzac colgó y reflexionó sobre si Jimmy Romanelli estaría muy metido o no en el asunto. Si guardaba dinero de los que hacían el negocio, la tarifa habitual era el diez por ciento. Mil dólares en calidad de porcentaje significaba que no gozaba de una gran confianza o que la gente que le daba dinero a guardar no era tan importante como suponía el oficial Russell de la Oficina Estatal de la Ley contra la Droga. Pero ya que Russell había descrito a los amigos de Romanelli como gente que solía alquilar grandes camiones, lo más probable era que los amigos de Romanelli lo pusieran a prueba confiándole solo una parte del dinero. Esto era lo normal y mucho más plausible. Ahora bien, ¿qué parte de esas cosas debía de saber la señora Romanelli?, ¿qué sabía en realidad?, ¿qué información tenía para llenar los huecos que se le presentasen?

Mientras Balzac cogía el listín telefónico de Rocksborg y buscaba el número del bar, taberna, salón, asador o lo que fuera el local de Ripulsky, pensó que ya se preocuparía más tarde de aquel detalle.

Estaba alfabetizado simplemente bajo el nombre de «Ripulsky's». Balzac, marcando el número de teléfono, pensó que aquel debía de ser el sitio que buscaba y que aquello simplificaba las cosas.

—¿Diga?

—¿Ripulsky's?

—Sí.

—Aquí Mario Balzac, jefe de policía de Rocksborg. Me gustaría hablar con la persona que ayer por la noche se ocupaba de atender el bar.

—Está hablando con esa persona.

—¿Y usted quién es?

—¿Quién demonios se figura que soy? Pues Ripulsky. ¿Quién voy a ser? ¿Se

figura que tengo gente a sueldo? ¡Sí, hombre!

—De acuerdo, señor Ripulsky. ¿Conoce usted a James Romanelli? ¿Jimmy Romanelli?

—Sí, lo conozco.

—¿Estuvo ayer en su establecimiento?

—Pues no.

—Piénselo bien, señor Ripulsky, porque es importante.

—Aunque sea todo lo importante que usted quiera, no me lo tengo que pensar. Anoche no estuvo aquí.

—Parece muy seguro.

—Oiga, usted me ha hecho una pregunta y yo le he dado una respuesta. No irá a pelearse conmigo ahora, ¿verdad?

—No, no voy a pelearme. Lo único que quiero saber es si está completamente seguro, nada más.

—Usted no ha estado nunca en mi casa, ¿verdad?

—No —dijo Balzic.

—Pues, la verdad, no es la pista de baile de Pittsburgh Hilton. Tengo seis taburetes, dos mesas, una mesa de billar de dos metros diez, una máquina para jugar y un televisor. Aquí caben doce personas, no hay multitud... aunque la hubo en Año Nuevo, ¿sabe usted? Aparte de ese día, hace más de un año que no veo una cara nueva por aquí. Todo ese tiempo que no veo una cara nueva por mi casa.

—Perfectamente, entonces no hay duda de que Romanelli anoche no estuvo en su establecimiento.

—No hay duda ninguna. Estuvo el día anterior, en cambio, porque vino a traerme unos tomates. Unos tomates magníficos y caros.

—¿Y cómo fue esto?

—Pues habíamos hecho una apuesta. Me había dicho que podía cultivar tomates en junio y yo le dije que estaba soñando. Pues mire usted, esos tomates me costaron unos cuantos machacantes.

—Eso quiere decir que lo conoce bien.

—¡Hombre, claro! Ha vivido toda su vida en la misma casa y yo compré este establecimiento un año antes de que él naciera. El próximo mes de enero hará cuarenta y dos años de eso.

—¿Lo conoce a fondo?

—Lo conozco bastante.

—¿Ha observado últimamente algún cambio en él?

—Pues sí: que no trabaja. Este es el cambio importante que se produce en la vida de cualquier hombre. Trabajas, llevas dinero a casa y puedes ir tirando, pero no trabajas, llevas a casa lo que te da el estado y después se te acaba hasta esto y el mundo se convierte en una puñetera mierda.

—Y ese es el único cambio que ha observado en él, ¿verdad?

—No, esto no ha sido un cambio, sino algo que lo ha hecho empeorar. Él siempre ha sido un hueso duro de roer. No me gusta esto, no me gusta aquello... nadie sabe más que él. No es culpa suya. El viejo era un hijo de puta. Siempre estaba gritándole, pegándole, pegando a su mujer... Era un cabrón, así de claro, y un cabrón çs un cabrón.

—Así es que Jimmy, de hecho, no ha cambiado. Me refiero a que el hecho de quedarse sin trabajo lo único que ha hecho ha sido exagerar su manera de ser. Eso es lo que usted ha dicho, ¿no?

—Eso mismo.

—Bien, señor Ripulsky, no quiero hacerle perder más tiempo, seguramente tiene trabajo que hacer...

—¿Está usted de guasa? Hace una hora que no ha entrado nadie. ¿Cuántas veces quiere que lave los vasos?

—Bien, entonces, si tiene un poco de tiempo... ¿se ha fijado en si últimamente parece que Romanelli maneja más dinero que antes?

—¿Dinero? Está en el paro. Bueno, ahora ya no cobra del paro y vive a espaldas de su mujer. Aguarde un momento, ahora que lo pienso, he visto un par de veces que tenía bastante dinero y él me ha dicho que lo había ganado jugando al póquer. Bueno, en realidad era un farol, porque a veces hemos jugado aquí y es el jugador más patoso que me he tirado a la cara. Se pone hecho una furia, con él no hay quien se permita baladronadas. Siempre sale con que a él no hay quien lo engañe. ¿Usted juega al póquer?

—Sí, alguna vez.

—Bien, entonces ya me entiende. Esa clase de tipos son para asesinarlos. Pero con él siempre es lo mismo. «A mí no hay quien me engañe», suele decir. Así que no sé de dónde saca el dinero, lo que sí sé es que eso de vivir a costa de su mujer le revienta y de qué manera. La mujer es muy simpática, pero él es un cabezota. De todos modos, como ya le he dicho antes, en realidad no es culpa suya. Yo lo que quiero decirle es que me las arreglo bien para tratar con él. De hecho no tiene amigos, porque iba con una pandilla de tipos que él se figuraba que eran amigos suyos y lo único que hacían era aprovecharse de él.

—¿En qué aspecto? —dijo Balzic.

—Pues bueno, Jimmy tiene esa cabina junto al embalse y allí tiene siempre cantidad de escopetas, la barca, cañas de pescar y cosas de estas, y esos tíos utilizaban todas sus cosas. Jimmy en ese tipo de cosas tiene lo mejor. La mayoría de los que viven en esos alrededores compran las escopetas en tiendas de gangas, pero no él. Él compra armas italianas, españolas, japonesas y siempre paga su precio.

»Y sus amigotes le pedían esto un día, esto otro día, hasta que al final utilizaban todo lo suyo más de lo que él habría querido. Y entonces venían las quejas, las reclamaciones y las lamentaciones. Que si la gente no es lo que parece, que esto, lo otro y lo de más allá y te daba la lata hablándote de toda esa gente a la que solo haces

favores y que ellos no hacen otra cosa que aprovecharse... y tenía razón... pero después volvían y todo empezaba otra vez. Yo una vez se lo dije. “Mira Jimmy, el inconveniente que tienes es que no sabes nada de los amigos”, le dije. Y es la verdad, porque él es casi como... como...

—¿Como qué? —preguntó Balzic.

—Pues que se coloca en una postura en que la gente no tiene más remedio que apretarle las clavijas para que él pueda seguir diciendo por ahí que la gente le aprieta las clavijas, ¿me entiende?

—Comienzo a entenderlo —dijo Balzic—. Bien, escuche, señor Ripulsky, me ha sido usted de una gran ayuda, en serio.

—Bueno, ¿no me va a decir para qué es todo esto?

—No, creo que no, pero si él pasa por aquí, le dice que me llame o que llame a su casa, porque su mujer está preocupada, tanto si quiere creérselo como si no. ¿Le dice algo eso?

—Me dice lo suficiente. De acuerdo, se lo diré en caso de que lo vea. Oiga una cosa, pásese alguna vez por ahí, se toma una cerveza y charlamos un poquito. Veo que no es usted un pelmazo.

—¿Ha dicho alguien que lo fuera?

—No, pero la mayoría de los polis lo son. Por lo menos los que yo conozco. O te dicen: «Déjeme ver su licencia», o tienden la mano.

—Está bien, yo no tengo ningún interés en ver su licencia y si alguna vez me paro por ahí, señor Ripulsky, me tomaré una cerveza y la pagaré, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Balzic se despidió y colgó.

Lynch asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Lo llaman de arriba. Mientras estaba hablando por teléfono ha bajado el alcalde. Le he dicho que se lo diría.

Balzic asintió con un gesto y dijo:

—Bien, pues yo arriba no voy. No sé adónde voy pero sé que no voy arriba. Ya me tengo oído todo o que me tienen que decir.

—¿Y qué se supone que les tengo que decir?

—Pues les dices que me lo has dicho y con esto quedas descargado del problema, ¿de acuerdo?

—Supongo que sí —dijo Lynch meneando la cabeza como si todo lo que se ventilaba en aquella oficina fuera la cosa más abstrusa de este mundo—. Le aseguro que me quedaré tranquilo cuando termine esta maldita semana.

—Cálmate, Harry, que no hay para tanto. Todo lo que tienes que entender es que la mayoría quieren que los demás los consideren y que debes tener siempre una respuesta a punto... independientemente de cuál pueda ser la pregunta.

—Bien, ¿y dónde estará usted por si no quieren aceptar lo que me ha dicho que tengo que decirles como respuesta?

—Diles lo que se te antoje, Harry. Hay algo que me joroba y no sé ni adónde voy ni cuánto tiempo me quedará en el sitio adonde vaya. Lo único que sé es que no voy arriba a escuchar a toda esa panda que solo sirve para echar humo, ¿está claro?

—Usted es el jefe.

—Exactamente, Harry, y tú un agente de turno que está tratando de aprender el oficio de sargento de oficina. Formación *in situ*. Y lo haces solito, sin que te ayude nadie. Si bajan y preguntan dónde estoy, les dices eso y listos. Y les dices que si no hubieran ascendido a Clemente a teniente no estarías en el sitio en que estás. ¿Qué te parece, Harry? ¿Te parece que suena bien?

—No puedo decir nada de Clemente. Ya sabe cuidarse solo.

—Yo no estoy hablando de Clemente, Harry, sino de los hijos de puta de chaqueta cruzada que lo han promovido al lugar que le permite sentarse donde ahora se sienta.

—No sé de qué me habla —dijo Lynch moviendo la cabeza de manera perfectamente indicativa de que no sabía nada del asunto.

—Por supuesto que no. Tú eres tan romo como algunos se figuran que eres.

—¿Qué quiere decir con esto? —dijo Lynch, envarándose, de pie junto al quicio de la puerta.

—Nada, Harry, olvídalo. Recuerda solo una cosa. Que el alcalde y un par de amigos suyos, entre ellos el abogado municipal Renaldo, nos han hecho una jugada a mí y a Lou Del Vito. Ascendieron a Clemente sin decirme nada, aunque se supone que soy el jefe, ni a Del Vito, que se supone que es el presidente del comité de seguridad. Nos cogieron cuando estábamos mirando para otro lado. Fuimos a Pittsburgh para oír a un tipo de Washington que daba un discurso y, cuando volvimos nos encontramos con que habían convocado una reunión especial para promover a ese se-llame-como-se-llame que está arriba.

»Y ahora, cuando haya que empujar, ¿en qué lado te parece que va a estar Clemente? ¿Eh? Quiero decir que cuando se ponga a pensar en el aumento y en el retiro y en el coche que tiene para él solo y en el traje de paisano y en los discursos que va a hacer a los Padres y Maestros... ¿qué crees que le va a pasar por la cabeza al mirar al otro lado de la mesa y contemplar a los dos hombres que le han proporcionado todo esto?

»Te diré lo que va a ocurrir, Harry. Los hombres con los que se supone que tiene que trabajar, Stuchinsky y Czekaj, se van a enfadar. Y cuando vean finalmente contra lo que luchan... en realidad, ya lo saben... pero cuando descubran que todavía es peor de lo que sospechaban, van a hacer lo que haría cualquiera en su caso. Bajarán la barbilla, levantarán la cerviz y se pondrán lo que se llama, cuando se trata de negociaciones, intransigentes.

—¿Y esto qué quiere decir?

—¿Sabes qué pasa cuando un tipo se emborracha y se queda en un rincón y entonces tú le dices: «Oye, mejor será que bajes el cuchillo porque yo me puedo esperar tanto rato como tú» y entonces él te mira y te dice: «¡Un cuerno puedes!»?

¿Entiendes cómo va esa escena, Harry?

—Sí —dijo Harry con presteza, porque esa escena era algo que entendía perfectamente.

—Bueno, pues cuando el tipo dice eso de «¡Un cuerno puedes!», eso es intransigencia, Harry. Y eso es lo que Stuchinsky y Czekaj van a hacer. ¿Y sabes qué significa esto?

—No, ¿qué?

—Esto significa que vosotros iréis a la huelga y esto significa además que, en lugar de pasarme aquí diez o doce horas al día, tendré que instalarme aquí permanentemente. Y en mi casa, incluyéndome a mí, no hay nadie a quien le guste la idea. Todo lo cual es un montón de palabrería para decir que me importa un rábano lo que digas a cualquiera de los que bajen preguntando por mí. Me he ido de excursión. Hasta luego.

Y Balzic pasó rápidamente junto a un Lynch, que se quedó perplejo y con el ceño fruncido.

Balzic no tenía ni la más mínima idea del sitio al que iba, lo único que sabía es que se iba. A veces era mejor escapar de algo que ir hacia algo, pese a que había que decir lo contrario para evitar que la gente te mirara como si fueras un bicho raro. Normalmente, en momentos así, solía ir al Club de Tiro de la Policía, se metía en el campo de prácticas de rifle y pistola, se sacaba su Springfield de 30,06 y se dedicaba a hacer puntería en blancos de papel. Pero últimamente se libraba cada vez menos a ese desahogo, lo cual no quiere decir que no se trasladara en coche al campo de tiro, que no sacara el rifle de la funda, que no estuviera haciendo payasadas con la mira y acabara generalmente limitándose a tocarlo como si fuera un violín. Cada vez sentía menos necesidad de meter cartuchos de verdad en la cámara y de presionarlos para que la explosión lo cogiera por sorpresa. Ahora se contentaba disparando el rifle en seco, practicando a base de soplar y de disparar pero sin cartucho que explotara, sin retroceso, sin olor a pólvora. Todo lo que había era un chasquido del percutor dentro del cerrojo y la intuición de Balzic de que el soplido y la presión habían sido adecuados y de que había conseguido un tiro certero o de que habían sido erróneos y había producido un resultado menos satisfactorio. Ya que no otra cosa, por lo menos el disparo en seco ahorra municiones y la limpieza del rifle. Cuando disparando en seco conseguía lo que quería, sentía una calma y una paz inexplicables —de hecho, las diferentes veces que había tratado de explicarlas se había sentido un imbécil—, aunque no eran menos reales por el hecho de no saberles dar una explicación coherente.

En los últimos tiempos, a veces le había bastado simplemente con abrir el estuche, contemplar el rifle e imaginar que lo sostenía, soplaba y apretaba el gatillo y después que montaba el cerrojo, volvía a soplar y a disparar. Pensó que aquello era indicio de que se estaba volviendo cada día más sabio o de que se estaba precipitando por la vía rápida hacia la psicosis senil.

Ya estaba a medio camino del Club de Tiro cuando se detuvo de pronto, dio media vuelta con tres maniobras del coche en el estrecho macadán y se dirigió hacia Kennedy Township. No tenía la más mínima idea del lugar al que se dirigía, pero solo había tres lugares a los que, lógica o sensatamente, podía haberse dirigido: a casa de Jimmy Romanelli para ver qué hacía Frances y averiguar si había vuelto Jimmy; a casa del viejo Fiori para renovar una antigua amistad; o al lugar al que iba en realidad, es decir, pasando por delante de aquellas dos casas, seguir hasta el final de la calle y hacer una visita a Ripulsky.

—Me parece que ya he hecho saltar el tapón —se dijo Balzic en voz alta hablando consigo mismo—. ¿Qué diablos estoy haciendo aquí? ¿Me estoy escondiendo? ¿Qué diablos hago aquí?

Bajó del coche y se quedó mirando el bar de Ripulsky, que se distinguía de las demás casas de los alrededores por los dos carteles que colgaban en la puerta. Uno era de metal y decía «Ripulsky's» con letras rojas sobre fondo blanco y, debajo de este, el otro, eléctrico y amarillo, decía simplemente con letras negras: «cerveza».

Balzic se encaminó a la puerta, la abrió y fue acogido por una estentórea carcajada. El bar, que era bastante parecido a lo que había imaginado Balzic de acuerdo con la descripción de Ripulsky —doce personas habrían constituido realmente el público necesario para celebrar en él una fiesta de fin de año—, estaba desierto, si no contamos la persona que estaba lanzando gritos y carcajeándose detrás de la barra.

Balzic se metió en el bar y tuvo que inclinarse sobre la barra para ver a la persona que estaba detrás de la misma: una mujer de edad avanzada, casi doblada por la mitad, con el cabello entre gris y rubio, la piel apergaminada llena de manchas, la boca sin un solo diente, los ojos empañados con el inicio de película lechosa que anuncia las cataratas y arrebujada hasta el cuello con un grueso suéter de lana, pese a que la temperatura exterior era casi de veintisiete grados y el sitio donde ella se encontraba no era mucho más fresco.

—¡Hola, adiós! ¿Vino, viski, servesa? ¿Qué quiere? ¡Fuera! No hay bebidas, besitos a tu mujer. ¡Fuera, fuera! —dijo, mientras se enderezaba y formaba un ángulo de treinta grados con el cuerpo y la vertical en lugar de los cuarenta y cinco que formaba hacía unos momentos.

—Tomaré una cerveza —dijo Balzic.

—Dies dólares.

—Pero si solo quiero una... —dijo Balzic soltando la carcajada.

—Dies dólares —volvió a decir ella, repitiendo el alarido.

—Solo una cerveza, de cualquier marca. Le pagaré cincuenta centavos por ella.

—Muy bien. Bonita venta hoy. Sincuenta sentavos. Después a casita, al infierno. Besitos a la mujer, a los niños. Te vas de excursión. Se han acabado las bebidas.

Se levantó vacilante haciendo chasquear la lengua contra el velo del paladar entre diversos accesos de risa, bajó un frigorífico de cerveza y, con unos movimientos tan

lentos que Balzic tuvo la impresión de que el tiempo se había alterado, se agachó y cogió una botella de cerveza, después de lo cual se volvió y la dejó sobre la barra, frente a él, sin abrirla.

—¿Me la abrirá?

—Sincuenta sentavos por la servesa.

—De acuerdo —dijo Balzic sacando dos monedas de cuarto de dólar, que la mujer cogió con la misma lentitud desplegada para servirle la cerveza.

—¿Me la va a abrir ahora?

La mujer movió lenta y enfáticamente la cabeza de un lado a otro.

—¿Por qué no?

—Servesa cincuenta sentavos. ¿La quiere abierta? Nueve dólares y cincuenta sentavos.

Balzic sonrió contra su voluntad.

—Señora, no sé si se da cuenta, pero esto es una estafa, ya me la abriré yo mismo, y no pienso marcharme.

—Sí, sí, a casa. No beba. Besos a la mujer, niños de excursión.

Balzic se apoyó en la barra y movió negativamente la cabeza. ¡Y tanto que se habría ido, corriendo se habría ido!, pensó Balzic.

—Oiga, señora, ¿tiene un abridor? ¿Eh? ¡Oiga, señora! ¿Me quiere abrir la cerveza?

La mujer se había sentado con las piernas muy separadas en una silla de cocina y tenía las manos cerradas, sacudidas por un ligero temblor, reposando en la hamaca que formaba la falda entre sus rodillas.

—¡A casa! No hay bebida. No se abre nada. Besos a la mujer, no se puede quedar aquí. ¡Al infierno!, ¿quiere?

Comenzó a mover el cuerpo pendularmente hacia adelante y hacia atrás.

Balzic oyó unos pasos, se abrió una cortina y, detrás de la mujer, apareció un hombre que se restregaba el sueño de los ojos. Era bajo, pero muy grueso, y su estómago prominente pregonaba su afición a la comida y a la bebida. El brazo izquierdo le terminaba justo encima de dónde debiera de haber habido el codo.

—Bien, mamá, ahora me ocupo yo del bar —dijo a la vieja.

—No, no, no, vuelve a dormir. Solo está él —dijo apuntando a Balzic con la barbilla—. No hay bebida para él. No se abre nada. Que se vaya. Díselo. Quédate. Vuelve a dormir. Yo vigilo.

—Está bien, mamá. Ahora ya me ocupo yo. Métete dentro, échate, mira la tele.

—¡Uy, Jesucristo! Me voy, me voy. Que pague. Que pague nueve dólares con cincuenta. Después abres, ¿no?

—Está bien, mamá, no te preocupes. Ya lo atiendo y le haré pagar.

Ayudó a la mujer a ponerse de pie y la condujo por el mismo camino que él acababa de seguir. Después de un minuto de conversación, solo audible para Balzic en forma de murmullo, volvió. Se encaminó sin prisas hacia Balzic, cogió la botella

de cerveza, la abrió y volvió a dejarla sobre la barra. Cogió después un vaso de detrás de la barra y lo dejó al lado de la botella.

—¡Vaya, su madre es toda una mujer! —dijo Balzic, echando la cerveza en el vaso.

—Mucho cuidadito con lo que dice, amigo —dijo el hombre—. Aquí tengo unas pocas normas: no se jode, no se pelea, no se dan créditos y no se hacen chistes con mi madre.

—Señor Ripulsky, ni por un momento se me ocurriría faltar a su madre. También yo tengo madre y siento exactamente lo mismo que usted.

—Entonces nos entenderemos muy bien —dijo Ripulsky con un movimiento afirmativo de la cabeza—. Usted me conoce, pero yo a usted no lo he visto en mi vida.

—Hace un momento que hemos hablado por teléfono. Soy Balzic.

—¡Ah, sí, sí, el poli! Le ha faltado tiempo para venir a beber a mi costa.

—No, no, pienso pagar. Lo que pasa es que me apetecía salir y charlar un poco.

—¿Sobre qué? Romanelli, ¿no?

—¡Hombre, quizá! No sé. Un poco de conversación para ver cómo van las cosas, ¿comprende?

—Mire usted, para los que tienen ganas de trabajar, las cosas no están tan mal. Hace catorce meses las cosas eran muy diferentes. Todo el mundo estaba que echaba chispas y se cagaba en todo, ¿sabe usted? Las minas de Westfield Township cerraron y fue un golpe, un verdadero golpe. Pero como le decía, los que tienen ganas de trabajar encuentran trabajo. Se continúa sacando carbón. Hay algunos... bueno, usted ya lo sabe, que cuando se les acaban los cheques del paro, que terminan hasta el final, se buscan otra cosa.

—Está hablando de tipos como Romanelli, ¿verdad? —dijo Balzic—. ¿Qué hacen?

—No, no hablo de tipos como él, por aquí no los hay, hablo de él. Todos los que se quedaron en la calle cuando cerró la mina, aunque dejaron terminar los cheques hasta el final, encontraron trabajo en alguna parte. Algunos tuvieron que trasladarse a vivir a Ohio, otros fueron a West Virginia, pero todos consiguieron algo... Jimmy no —dijo Ripulsky meneando la cabeza—. Jimmy es un tío consagrado... simpático, ¿usted me entiende?, pero siempre que las cosas se lleven a su manera. Si es así, eres colega suyo, pero si no haces las cosas como él quiere, ya puedes andar con la pala, porque te pone de mierda hasta arriba.

Ripulsky hizo una pausa, agachó la cabeza y, mirando a Balzic con los ojos entornados y el ceño fruncido, dijo:

—¿No me va a decir para qué es todo esto antes de que le suelte alguna estupidez?

—Señor Ripulsky, me apuesto lo que quiera a que usted no ha dicho ninguna estupidez desde que tiene uso de razón.

—¡Vamos, hombre! Estupideces las digo todos los días pero, bromas aparte, ¿qué pasa con Romanelli?

—Mire usted, de todo esto hace un montón de tiempo...

Y Balzic comenzó a contar a Ripulsky que el señor Fiori y su padre eran amigos y que él, Balzic, había vigilado a la hija de Fiori, Frances, actualmente la señora Romanelli, mientras los dos hombres charlaban, tomaban vino y comían pimientos, protegidos del sol, debajo de la parra.

—¡Claro, por esto tiene usted tanto aprecio a la familia!, ¿no es verdad? —dijo Ripulsky, con un movimiento afirmativo de la cabeza—. Me doy cuenta de que lo que usted quiere es para algo antes de que pueda empezar... ¿no es eso lo que intenta hacer?

—Pues más o menos.

—Bueno, si he de hablar por mí —dijo Ripulsky—, Jimmy me ha desengañado. Yo siempre he querido... no sé, sabiendo cómo era su padre, pues siempre me he roto los cuernos para explicarle que no todo el mundo es tan cabrón como su padre, ¿me comprende?

—Lo comprendo —dijo Balzic.

—Pero cuando las cosas no le van viento en popa, juro por Dios que se pone como el viejo... cabezota, tozudo... ¡Jesús, es que no hay quien le tosa! Desde que cerró la mina que Jimmy está así. No quiere hacer nada para no ser como es. No es culpa de nadie, sino solo de él... ¡Y así están las cosas!

Ripulsky movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Por qué tiene que hacer esas cosas la gente? ¿Eh? Porque seguro que usted ve gente de esa todos los días, ¿no? No quisiera trabajar en lo suyo por nada del mundo. Claro que tampoco sirvo.

Y con la cabeza hizo un ademán para indicar el muñón del brazo izquierdo.

—¿Qué le pasó? —dijo Balzic.

—Pues que en Francia había unos alemanes a los que no les gustó que desembarcase. Yo en la segunda guerra mundial no estuve más que cinco segundos. La proa de la barca se hundió y me voy al agua, así como se lo cuento, el pie izquierdo en el agua y yo caminando por el agua, y lo que sé a continuación es que estoy en un barco y que me llevan a Inglaterra, vendas en el brazo y en la cabeza, botellas colgando por todas partes y aquí se acaba la historia. La segunda guerra mundial... ¡pfft! Cinco segundos, el pie izquierdo en el agua y ni pisé la arena. Todavía no sé con qué me dieron, porque no llegué a ver más a ningún tío del pelotón. No sé qué les ocurriría a ellos. Después me quedo remoloneando en Inglaterra, allí me operan y me devuelven en barco aquí. Me llevan a Atlantic City, a uno de esos grandes hoteles que hay en el paseo delante del mar, que habían transformado en, ¿cómo le llaman a eso?... en centro de rehabilitación, ¿sabe usted?

—Así que entonces, de vuelta aquí, ¿verdad? —dijo Balzic tomando un sorbo de cerveza.

—Eso mismo, la manga recogida con un imperdible, una condecoración Corazón Púrpura y un cheque de invalidez todos los meses para el resto de mi vida.

—Y este bar, ¿no es verdad?

—No, no, el bar ya lo tenía antes de la guerra. Me arriesgué en el treinta y ocho, bueno me arriesgué... No es que lo pasara tan mal. Por supuesto que nunca he tenido muchas ambiciones. Con tener lo suficiente para mantener a mi padre y para pagar la entrada y ver a los Steelers...

—Iba en aquel carromato, ¿no? —dijo Balzic.

—Oiga, que yo he visto a los Steelers desde que iban con una sola ala. Tenía entradas de temporada desde 1947. No iba en ningún carromato. Yo he visto a los Steelers perder partidos de fútbol de todas las maneras que usted pueda imaginar y nunca he rechistado. Tampoco soy de los que apuestan. No he apostado nunca ni un céntimo en un partido de fútbol. Lo único que hacía era ir al viejo campo del Forbes todos los domingos cuando los Steelers jugaban en casa, porque esto me sacaba mucho fuego que llevaba dentro y que no podía sacarme de otra manera.

»Aquello no son nenes de escuela, aquello son hombres, ¡gigantes! Y lo que hacen es pelear, sudar y echar sangre, hacer su guerra entre aquellas rayas de yeso pintadas en la hierba. Descubrí que podía gritar y romperme el gaznate hasta que me quedaba sin riñones y que no por eso nadie iba a figurarse que estaba majareta. A la gente le importaba poco lo que yo pudiera gritar, porque allí gritaba todo quisque. Lo que quiero decirle, amigo, es que a uno le sienta de maravilla eso de pegar un grito que te llega hasta las puntas de los dedos de los pies y que a lo mejor tenías embotellado desde Dios sabe cuánto tiempo.

»Y si tengo que decirle la verdad, fue así cómo empecé a ir —dijo Ripulsky—, solo para desahogarme, y después ocurrió una cosa la mar de divertida, que el juego empezó a gustarme de verdad. Y cuanto menos necesidad tenía de pegar alaridos y de berrear, más me gustaba el juego. Y nadie de los que vienen por aquí se lo cree, pero me importa un pepino quién gane. Esto solo me preocupaba al principio, porque entonces los Steelers no podían ganar para perder y de veras que me gustaba ver a aquellos tipos cómo peleaban y encima los zurraban... eso era lo que solía ocurrir entonces. Yo es que me sentía todo el tiempo como uno de ellos, como uno de aquellos delanteros... nadie sabía su nombre... que se lo jugaban todo y a pesar de todo lo que hicieran, les pegaban la paliza... bueno, ¡qué gritos pegaba yo entonces! Gritaba como un loco y había gente que se figuraba que les gritaba a ellos, pero no era así, sino que yo gritaba por todo lo que me figuraba que debían de sentir... eso era lo que yo hacía.

—¿Y todavía sigue gritando y berreando cuando va al fútbol?

—¡Oh, sí! De vez en cuando me agacho y suelto un grito, pero ahora solo es porque eso de gritar me sienta bien. Se lo aseguro, eso de gritar es casi tan bueno como reír... aunque no hay nada tan bueno como reír. Eso sí que es verdad, el elixir de verdad es reír, pero gritar viene después.

—No había oído nunca a nadie que lo explicase de esta manera —dijo Balzic.

—No es tan importante como eso. Yo me sentaba allí y me decía que por qué pagaba todo aquel dinero para ver a veintidós tíos cómo se daban de culazos y de codazos, porque esto era lo que era. Pero después te pones al lado de esos a los que llaman fans y te empiezan a soltar el rollo de las estadísticas y de los despliegues de puntos y de cómo los Steelers hicieron tal cosa en la tercera tirada y de cómo no hicieron aquello otro y, si quieres llevarte bien con los que tienes a tu alrededor, tienes que apechugar y tragarte lo que te dicen. Yo esto no lo había entendido nunca hasta que caí en la cuenta de que hablaban de toda aquella estrategia y de todas aquellas zarandajas por la misma razón que a mí me hacía gritar. Lo tienen que hacer... porque es algo que en la vida de todos los días no hacen nunca.

»Pero ¡qué coño!, lo que yo veo es la lucha que se da en el campo, todos aquellos elefantes enormes sin nombre que están allí peleando. ¡Pero si la mitad de las veces no sé siquiera qué ha ocurrido con la pelota!... Lo único que veo es que bajan la cabeza y embisten... ¡Oiga, vaya lata la que le he dado! —dijo Ripulsky, al tiempo que se sonrojaba—. Lo que pasa es que no tengo muchas ocasiones de hablar de estas cosas.

—Está muy bien y lo comprendo —dijo Balzic—. Además, no había oído nunca hablar a nadie de fútbol de esta manera.

—Supongo que no será un fan, ¿verdad?

—No, ¡qué va! Para mí el fútbol no es más que un problema de tráfico en los torneos de las escuelas.

—Seguro que usted alguna vez tiene ganas de gritar, de berrear, de pegar saltos y de portarse como un perfecto idiota sin que le pongan la camisa de fuerza, ¿verdad? Pues entonces es el momento de ir a ver a los Steelers. Se lo digo en serio. Te libera de las tensiones, amigo, es que se te quitan y te resbalan como gelatina, se lo aseguro.

—Lo tendré presente —dijo Balzic riendo.

—Una cosa —dijo Ripulsky—, ¿ha sido sincero con lo de Jimmy Romanelli, su mujer y su suegro? ¿No hay otra cosa?

—No, no hay otra cosa.

—Lo que quiero decirle es que no es mi intención meterme en sus asuntos —dijo Ripulsky—, pero tiene que admitir que es un poco extraño que el jefe de policía se tome todas las molestias que usted se toma por algo que todavía no ha ocurrido, ¿me comprende?

—Mire usted —dijo Balzic—, aunque le parezca extraño, es así. Todavía no ha ocurrido nada... me refiero a que no ha ocurrido nada oficial, pero he hablado con Frances un par de veces y supongo que me recuerda un poco de los tiempos en que era una niña pequeña y yo la vigilaba mientras mi padre hablaba con el suyo.

»Tendría que haber oído aquellas conversaciones... uno con acento serbio y el otro con acento italiano. No pude enterarme nunca de qué hablaban, supongo que de las minas, pero en realidad no lo sé. No era preciso saber de qué hablaban para ver

que se entendían de maravilla y que se respetaban de verdad. Por lo menos así me lo pareció siempre.

»Aparte de esto, lo único que tenían en común era que a los dos les gustaba el vino y aquellos pimientos. ¡Dios mío, no entiendo cómo podían comer aquello! Se pasaban horas sentados comiendo aquellos horribles pimientos...

Balzic se enderezó de pronto y apuró lo que quedaba de su cerveza.

—¿Ya se va? Vamos, tómese otra. Esta por cuenta de la casa.

—No, gracias. Otra vez será. Tengo que solucionar una cosa o de lo contrario me estará atormentando hasta que la tenga resuelta.

Balzic salió, pero no sin antes recibir una palmada en el hombro de parte de Ripulsky.

Llamó a la comisaría desde el coche y pidió a Lynch que localizara al oficial Russell, de la Oficina de la Ley contra la Droga, y que le pidiera que se pusiera en contacto con él por radio. Balzic daba la vuelta al coche y salía de aquel conglomerado cuando lo llamó Russell.

—Hola, Muddio, ¿qué necesitas, paisano?

—¿Sabes esos chicos de los que me hablaste el otro día, los que mueven cosas de aquí para allá y que recalán en esa casa de los espaguetis que no tiene nombre?

—Pues sí, me acuerdo. Es el número más interesante que tenemos entre manos.

—¿Suelen estar en ese sitio a esta hora?

—Oye, Mario, ¿qué idea te ha pasado por la cabeza?

—¡Calma, Russell!, no voy a reventarte el trabajo. Lo único que quiero es ver cómo son esos tipos, qué aspecto tienen, ver si mis intereses encajan en su estilo... etcétera, etcétera.

—Pues mira, tus intereses encajan en su estilo y Romanelli estuvo con ellos anoche, que fue cuando ellos regresaron de uno de sus viajes.

—¿Ah, sí? ¿Qué hora era?

—La una de la madrugada. Estuvo con ellos hasta las dos, hora en la cual los dejó llevándose un paquete. El sitio al que fue después de ir a una casa que no era la suya queda en el terreno de las suposiciones.

—¿Qué significa esto?

—Significa que uno de los nuestros lo siguió, que él fue a una casa que no era la suya y que de allí fue a otro sitio que no sabemos cuál es. Nuestro agente tenía miedo de que se diera cuenta de que lo andaba siguiendo. Cuesta bastante seguir a una persona y guardar la calma a esa hora de la noche en esa zona de carbón, ¿sabes?

—Pero ¿tú sabes que no fue a su casa?

—Sí, esto lo sabemos.

—Es interesante —dijo Balzic.

—También lo pensamos nosotros.

—Bien, gracias, Russell. Te estoy muy agradecido. Y te prometo no entrometerme con tus jefes.

—No lo hagas, por favor. Tenemos una tonelada de tiempo invertida en este asunto y me fastidiaría perderla. Y más tratándose de una cuestión corolaria.

—¿Una cuestión corolaria? ¡Madre mía, los chicos de la droga sois listos de verdad! ¡Usáis unas palabras tan rimbombantes!

—A tu disposición, Muddio. Y adiós porque ahora tengo trabajo.

—¡Oye, que yo también lo tengo! ¿Qué te figuras que estoy haciendo? ¿Despilfarrando el dinero de los contribuyentes? ¿O es que...?

Pero perdía el tiempo, porque Russell ya había colgado.

Balzic dirigió el coche hacia la casa sin nombre que anunciaba espaguetis. Estaba en la carretera que salía de Rocksburg y se dirigía a Bovard Township, una pista alquitranada de dos carriles, llena de curvas, con algunas casas desparramadas en grupos aquí y allá, algunos remolques, también en grupos, algunos bosques de madera dura a los lados de la carretera y algún que otro campo recién arado.

La casa de los espaguetis compartía un cruce con una gasolinera, un puesto de helados y una tienda donde vendían de todo un poco. Por qué habían sido instalados aquellos cuatro comercios en aquellas cuatro esquinas era cosa que nadie sabía.

Lo que captó inmediatamente la atención de Balzic mientras se metía en la zona de aparcamiento de la casa de los espaguetis fue la cantidad de camiones de alquiler de gran tonelaje aparcados a un lado de la gasolinera. Había también varios pequeños remolques y una camioneta, cuya presencia era lógico esperar, pero lo que sorprendía a Balzic era que hubiera además cuatro camiones cerrados, capaces de transportar cargamentos de cuatro a seis toneladas.

En el aparcamiento de la casa de los espaguetis había un coche aparcado: un automóvil discreto de cuatro puertas. No se veían otros vehículos: ninguno en la gasolinera, ninguno en el puesto de helados, ninguno en la tienda-bazar. Era extraño, puesto que Balzic sabía que a unos dos o tres kilómetros en las cuatro direcciones había varias urbanizaciones, por no hablar además de varios poblados centrados alrededor del carbón.

Y lo que extrañó todavía más a Balzic fue oír varias voces masculinas riendo y bromeando al abrir la puerta, situada frente a la barra de la casa de los espaguetis. Al acceder a la barra, en forma de herradura, iluminada con luces tenues y provista de almohadillados recubiertos de grueso vinilo negro para apoyar los codos, así como con taburetes con su respaldo cubierto del mismo vinilo grueso y negro, las risas prácticamente se extinguieron.

Cuatro hombres jóvenes estaban sentados en la curva de la herradura, enfrentada a la puerta por la que había entrado Balzic, y un hombre de pelo entrecano, casi calvo y de edad madura, que vestía camisa blanca y delantal igualmente blanco, estaba detrás de la barra.

Las risas y la chirigota se atenuaron un momento y después prosiguieron como antes. El hombre que estaba detrás de la barra se acercó a Balzic, que se había sentado a cuatro taburetes de distancia del joven que tenía más cerca y, colocando un

posavasos circular de cartón delante de él, dijo:

—Sí, señor.

—Una cerveza, por favor. Presión, si la hay.

—La hay —dijo el hombre, con marcado acento italiano.

Balzic necesitó unos momentos de concentración para caer en la cuenta de que el viejo que estaba sirviéndole la cerveza era Gerry Tripoli, el dueño.

—Señor Tripoli —dijo Balzic, tendiendo la mano por encima de la barra—, usted es el señor Tripoli, ¿no?

—Sí... sí. ¿Quién es usted?

El hombre dejó la cerveza, se secó las manos en el delantal y estrechó la mano de Balzic con aire indeciso.

—Mario Balzic. ¿Se acuerda de mí?

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡Claro que sí! ¿Cómo está usted? Hacía muchísimo tiempo que no lo veía. ¿Qué había sido de usted?

—Pues no lo sé... que había dejado de venir por aquí, supongo.

—Así, ¿qué? ¿Qué me dice? ¿Piensa volver a venir? ¿Eh? ¿Traerá a su familia?, ¿eh?

—¿Todavía hace aquella salsa?

—¡Uy, sí! Esto siempre. No puedo enseñársela a nadie. La hago, la hago, naturalmente que la hago.

—Pues claro que pienso volver. Y traeré a mi familia.

—Muy bien, pues está muy bien. ¡Vaya, vaya! ¿Qué me cuenta? ¿Sigue de policía? ¿Eh?

—Sí, sigo de policía. Ahora soy jefe de policía de Rocksburg.

—¡Jefe! ¡Vaya, vaya! ¿Y qué? ¿Le gusta? ¡Jefe!

Cada vez que pronunciaba la palabra «jefe», el viejo daba una palmada en la barra.

—¿Cuánto tiempo lleva de jefe? ¿Eh?

—Pues ya hace bastante tiempo. Ya hace diez u once años. La verdad, lo he olvidado. Por lo menos once años.

—¿Y qué? ¿Caza a muchos indeseables? Como los de la tele, ¿verdad?

La risa del viejo era a un tiempo picara y provocativa.

—Y también dispara, ¿no? —dijo dando unos golpecitos en la mano derecha de Balzic.

Balzic negó con un movimiento de la cabeza.

—No, eso no. Ni siquiera llevo arma. Las armas me dan mucho miedo. Todo lo que hacemos es regular el tráfico y los aparcamientos y de vez en cuando detener a alguno que ha bebido más de la cuenta, ¿sabe usted? O a gente que tiene la música a demasiado volumen. En fin, cosas así.

—¿De disparar nada?

—De disparar nada —dijo Balzic con una carcajada.

—¿Y no caza criminales?

—Bueno, solo alguna vez.

Balzic dirigió una mirada a los cuatro jóvenes, que no hacían ningún intento de ocultar su interés por la conversación.

—De cuando en cuando pescamos a algún chico listo. Alguna vez dos. Pero duran poco. ¿Sabe por qué?

Balzic volvió a mirar al viejo.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Pues porque se hacen los fanfarrones, hablan más de la cuenta. Siempre han contado a alguien cómo se las arreglaron para salir de esto o de aquello, cómo engañaron a algún fulano, cómo saben hacer tal y tal cosa. Y lo más divertido de todo es que se enfadan con el tipo que habla con los policías en lugar de enfadarse con ellos mismos, porque si no hubiesen fanfarroneado tanto nadie habría tenido nada que contar a los policías. ¿Entiende lo que le quiero decir, señor Tripoli?

—Sí —dijo el señor Tripoli, asintiendo solemnemente con la cabeza—. Lo entiendo.

—Ya me figuraba que comprendería lo que le quiero decir —dijo Balzic tomando un largo sorbo de cerveza—. Tomemos, por ejemplo, el tipo al que he estado persiguiendo los dos últimos días...

—¿Está persiguiendo a uno? ¿Aquí?

—No, no. Aquí me he parado por casualidad.

—¡Ah!

Hubo una risa sofocada en la curva de la herradura.

—Bueno, pues el tipo ese no puede evitar hacerse el fanfarrón sobre lo que se lleva entre manos. ¿Y con quién se cree usted que fanfarronea? Pues con su mujer, ¡imagínese! Y hasta aquí no habría nada que decir, porque todos los hombres se empeñan en querer demostrar a su mujer que son más importantes de lo que ellas se figuran, pero resulta que el tipo ese quiere fanfarronear con su mujer después de haberle estado dándole palo. Y ahora ella le ha cogido una rabia que no lo puede tragar, porque sabe que él tiene dinero y le cuenta que lo gana jugando a las cartas y ella sabe que es una filfa porque es un jugador de pacotilla. Y así está la cosa, él con su fajo de billetes de veinte dólares y ella con la cara hecha una lástima. ¿Y con quién se figura usted que habla la mujer?

El viejo miró a Balzic por debajo de sus pobladas cejas.

—¿Con usted?

—Conmigo —dijo Balzic asintiendo con la cabeza—. ¿Y sabe usted una cosa?

—¿Qué?

—Pues que la próxima vez que el tío ese zurre a su mujer, le voy a hacer una cosa que no le va a gustar nada. Voy a detenerlo y después lo llevaré ante un magistrado que es amigo mío y pienso decir una cosita al oído de ese magistrado y entonces él le pondrá una fianza tan alta que el tipo necesitará todo el dinero que tiene para que no

lo metan en la cárcel. Y esto no le va a gustar nada. ¿Y sabe usted qué hacen algunos para no ir a la cárcel, señor Tripoli?

—No, ¿qué?

Hasta aquel momento Balzic no había estado seguro de si el hombre estaba fingiendo. Ahora tenía la plena seguridad, por lo que continuó explicándoselo todo lentamente, como si hablara con un niño y quisiera aclararle lo que cualquier otro niño habría entendido.

—Pues mire usted, señor Tripoli, sé que le costará creerlo, pero cada vez que una persona sabe con seguridad absoluta que va a ir a la cárcel, empieza a hacer las cosas más disparatadas. La mayoría comienza a buscar a su alrededor por si encuentra algo que le permita hacer un trato y conseguir la libertad. Y hay algunos que harían lo que fuese, ¡cualquier cosa!

—No lo dirá en serio.

—Pues sí —dijo Balzic, asintiendo con la cabeza con todo el aire de tedio que le fue posible.

Balzic pensó que quizá se estaba pasando un poco pero ¡qué demonios!, hasta ahora había pensado que aquel viejo no aspiraba a otra cosa que a ser propietario de un restaurante sin nombre en un remoto cruce de carreteras rurales. Y ahora, mientras miraba a Tripoli a los ojos y le sonreía estúpidamente, estaba pensando que ese viejo hijo de puta probablemente era el cerebro de aquellos cuatro personajes que se agitaban como posesos en la curva de la herradura.

—¿Y cómo se llama ese tipo? A lo mejor lo conozco.

—Oh, no creo que lo conozca. Vive en Kennedy Township, al otro lado de Roksburg.

Balzic pensó que, tal como lo decía, no parecía sino que el sitio en cuestión estaba al otro lado del estado, cuando en realidad solo se encontraba a unos seis kilómetros de donde estaban ahora. Mejor era dejarlo. No era posible que existiera nadie tan estúpido como él fingía ser.

—Conozco algunas personas de allí. Sí, sí. ¿Quién es el tipo ese de que habla? Dígamelo.

Balzic trató de hacer ver que estaba luchando consigo mismo y al final negó con la cabeza.

—Será mejor que no siga hablando de este asunto, señor Tripoli. Sería no jugar limpio con el chico ese... quiero decir que, aunque pegue a su mujer y le mienta, le diga que consigue el dinero de una manera y ella sabe que lo consigue de otra, no estaría bien. Y cuando la cosa salga a juicio, si es que sale a juicio, como alguien llegase a saber que yo he dicho algo sobre él y que he dado su nombre... bueno, yo podría verme metido en un lío. El caso probablemente sería sobreseído. Pero ¿sabe usted qué es lo más terrible de todo, señor Tripoli?

—No, ¿qué?

—¿Puede ponerme otra cerveza, por favor?

—Por supuesto, termine, que le pongo otra.

Balzic apuró el vaso, desvió la cabeza en dirección a los personajes saltarines y soltó un lento eructo.

—Perdón —les dijo, bajando ligeramente los párpados durante una fracción de segundo.

Tripoli se llevó el vaso, lo llenó y se lo devolvió.

—Está pagado. No me dé dinero. Yo invito.

—Gracias —dijo Balzic e hizo como si recapacitara—. ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí, en lo más terrible!

—Sí, eso decía.

—El tipo ese utiliza toda clase de drogas. Sí —dijo Balzic, afirmando lentamente con la cabeza y después moviéndola rápidamente de un lado a otro.

—¿Drogas? —dijo el viejo, avanzando el cuerpo para mirar a Balzic directamente a los ojos—. ¿Qué clase de drogas?

—De dos clases. De una clase para coger marcha y de otra para reducirla. Según su mujer, unas veces parece que se sube por las paredes y otras parece como borracho, pero sin que el aliento le huelga a alcohol. ¿Qué le parece?, ¿eh? ¿Aquí en los conglomerados del carbón?, ¿eh? ¡Droga! ¡Dios mío!

El viejo movió la cabeza y emitió una serie de sonidos de desaprobación con la boca.

—Le aseguro que eso de la droga se ha metido en todas partes. No lo digo en broma, no, ¡en todas partes! Es que uno ya no puede volverse para ningún lado, porque te la ofrecen en bandeja. Es una vergüenza, ¿sabe usted?

—Ni más ni menos, señor Tripoli. Una verdadera vergüenza. Es como las ganas de comer, eso es lo que es, una forma de glotonería...

En la curva de la herradura hubo risitas furtivas, carcajadas ahogadas y accesos de tos.

Balzic se tambaleó medio paso hacia atrás en el taburete donde se encontraba sentado, pero recuperó en seguida el equilibrio. Cogió el vaso, lo vació y lo dejó con un golpe en la barra.

—Señor Tripoli, cuídese usted —dijo, inclinándose hacia adelante y tendiendo la mano—. Ha sido un verdadero placer volver a verlo después de tantos años.

—Lo mismo digo —dijo Tripoli, cogiendo la mano de Balzic con ambas manos y agitándosela.

—Usted vaya haciendo la salsa, que eso es cosa buena.

—Sí, y usted mejor será que hoy no beba más, ¿sabe? —dijo Tripoli soltando la mano de Balzic y agitando el índice como si riñera a un niño—. Creo que por hoy ya tiene bastante, ¿no le parece?

—Sí, ya tengo bastante —dijo Balzic sonriendo estúpidamente.

Sin decir más, se dio la vuelta y se alejó de la barra, apartándose en igual medida hacia un lado que hacia el frente a cada paso que daba.

Oyó que alguien le seguía, pero él siguió manteniendo su marcha de borracho hasta que se encontró detrás del volante. Hizo como que no veía que uno de los saltarines cruzaba por delante del morro del coche y se acercaba a la ventana del conductor. También procuró no parecer demasiado sorprendido al ver al saltarín a su lado cuando levantó la vista.

—¡Eh, tío, dígame una cosa! —dijo el interfecto, que era muy joven, apenas diecinueve años, y tenía una expresión indolente y vestigios de bigote.

—¿Qué? —dijo Balzic.

—¡Una mierda es usted el jefe de policía! ¿De Rocksburg?

Balzic asintió con la cabeza.

—¿Y no lleva arma?

Balzic volvió a asentir con la cabeza.

El joven saltarín de expresión indolente echó la cabeza para atrás y soltó una risotada. Estuvo riendo diez segundos, después se inclinó, acercó la cara a la de Balzic y dijo:

—Pues dígame una cosa, jefe, ¿qué coño hace cuando alguien no le hace caso?, ¿eh? ¿Qué hace? Quiero decir, ¿qué hace para llamarle la atención?

—Acércate y te lo explicaré —dijo Balzic, poniendo la mano izquierda en la manecilla de la ventana y acercando lentamente la derecha hacia la ventana sin sacarla del volante.

—¿Qué?

—Acércate y te lo explicaré —volvió a decir Balzic.

Cuando el saltarín inclinó la cabeza junto a la ventana abierta, todavía con lágrimas en los ojos por la risa que le había dado, la mano derecha de Balzic se movió de un salto y lo agarró por el cabello, al tiempo que la mano izquierda giraba para cerrar la ventana y dejaba al saltarín atrapado en la parte superior de la puerta, agarrado por el cuello, jadeante, sin aliento y tratando desesperadamente de hablar.

—¿Que qué hago para llamar la atención a la gente?, ¿eh? Esto es lo que me has preguntado, ¿verdad, imbécil? Pues hago esto, no hago otra cosa, y después —dijo Balzic, poniendo el coche en marcha y embragando—, cabeza de asno, después me lo llevo de paseo. Y créeme, cuando el coche se empieza a mover, siempre consigo que me preste atención.

La voz del saltarín comenzó a funcionar y a emitir sonidos de protesta mientras sus ojos se movían alocadamente de un lado a otro.

Balzic soltó el freno y dejó que la transmisión automática arrastrara el coche hacia atrás apartándolo del edificio. Antes de pisar el freno dejó que el coche se desplazara más de un palmo.

Después, acercando la cara al rostro rojo y congestionado del saltarín, le dijo:

—Cuando necesite un arma para tratar con imbéciles como tú, querrá decir que ya puedo empezar a pedir la jubilación.

Balzic bajó rápidamente el cristal de la ventana y empujó con fuerza la cabeza del

tipo hacia afuera, proyectando al saltarín de culo sobre la grava y dejándolo en el suelo, retorciéndose, tosiendo, pateando y resollando para coger aire.

Balzic hizo lentamente marcha atrás para salir del aparcamiento y volvió a enfocar el coche hacia Rocksburg, mientras observaba a través del retrovisor cómo otro de los saltarines salía corriendo en dirección al que estaba en el suelo.

Balzic pasó muy mal rato resistiéndose al deseo de dar la vuelta, lanzarse contra ellos a sesenta o setenta por hora, y dar un frenazo brusco al llegar a su lado para llenarlos de polvo y de porquería, pero se lo pensó mejor y se dijo que, si tenía la suerte de darle a uno un cantazo en la cara con una piedra y hacerle daño, entonces sí que podía comenzar a interesarse por su jubilación. No se puede tener todo en la vida.

Balzic llamó a la comisaría y en seguida se puso Lynch, el sargento de oficina que no quería ser sargento de oficina.

—¿Todavía aquí? —dijo Balzic.

—Sí, todavía aquí.

—¿Qué dicen los de arriba?

—Los de arriba dicen que mejor sería que pusiera el culo donde debe ponerlo y son palabras textuales del alcalde.

—¿No han llegado a ningún acuerdo?

—Por lo que ha dicho el alcalde, la única cosa en la que están de acuerdo es en que usted no está donde le corresponde estar.

—¡Y un cuerno! —dijo Balzic—. ¿Hay algo interesante?, ¿eh? ¿Ningún homicidio doble?

—No, hace un rato que ha venido Nutsy Turrell y ha dicho que había vuelto a envenenar el agua.

—Lo hace porque quiere que lo coja y le enseñen dónde está el embalse. Cuando era pequeño decía que se meaba todos los días en la presa y que todos nos bebíamos sus meadas. Nosotros nos lo creímos, pero después resultó que no sabía siquiera dónde está el embalse. ¿Qué más?

—El viejo de los Johnson se ha vuelto a perder.

—¿Has pasado la noticia a la tropa?

—Sí.

—¿Les has dicho que no lo lleven al psiquiátrico y que lo acompañen a su casa?

—Sí, pero yo pienso que habría que llevarlo al psiquiátrico. Me refiero a que tendría que...

—Ya sé qué piensas tú, porque ya lo hemos hablado otras veces. Lo que pasa es que este hombre no tiene nada de loco y lo único que hace es caminar a la deriva. Muchos viejos lo hacen. Lo sabes tan bien como yo. Si vives lo suficiente, también tú lo harás... y yo. ¿Quieres que entonces algún policía listillo te lleve al psiquiátrico? ¿Quieres que lo haga cada vez que se te ocurra salir a dar una vuelta?, ¿eh? ¿Y te olvidas de dónde estás?, ¿eh?

—No, lo que quiero es que me pegue un tiro, eso es lo que quiero.

—Sí, seguro. Está bien, haz una nota a máquina y pásala a los agentes. Quizá cuando te dé por salir a la calle sin pantalones y con los zapatos cambiados de pie, todavía quede alguno de los de ahora. Espero que haya entonces algún imbécil que te obligue a volver. ¿Algo más?

—Esa mujer ha vuelto a llamar. La del marido. Todavía no ha vuelto a casa.

—¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que usted estaba ocupándose del asunto.

—Y lo hago... a mi manera. ¿Está bien? ¿Estaba tranquila?

—Soltaba muchos tacos.

—¿Contra ti? ¿Contra mí? ¿Contra nosotros? ¿De carácter general?

—De carácter general.

—Ya se ha ganado algo... ¿Alguna cosa más?

—¡Uy, casi me olvidaba! El guarda de Southern Regional dice que sabe de alguien que quiere hablar con usted de una serie de cosas.

—¿Quién es?

—Un tal Brown. Lo he escrito por aquí.

—¿Beryl?

—Exacto.

—Olvídalo. Hace diez años que Beryl Brown quiere venderme información. ¡Y una mierda! Nunca tiene nada. Lo que quiere es estar arrimado a mí porque una vez le dije que si lo cogía en la ciudad le agujerearía su negro culo y le taladraría la mano de un tiro.

—¿Y eso por qué?

—¿No sabes quién es? ¿Boots Brown?

—¡Ah! ¿Es ese Brown? Claro que sé quién es. Pues ya era hora de que alguien le cantara la caña a ese hijo de puta. ¿Y puede saberse por qué no le ha dado lo prometido?

—Pues supongo que porque no ha venido nunca a la ciudad. Por lo menos yo no lo he visto nunca. Bueno, ya no hace falta que sigamos hablando a través del aire, Harry.

—¿Por qué?

—Pues porque acabo de aparcar aquí delante. Me parece que podemos seguir la conversación dentro del edificio.

—¡Oh!

Balzic aparcó el coche y se metió en la sala de servicio, no sin echar una ojeada a las ventanas de la sala de juntas del segundo piso por si veía rostros asomados a ellas. Al no ver ninguno en el momento de entrar, se apresuró a meterse en su despacho justo en el momento en que por el corredor se acercaban el alcalde Bellotti y el abogado Renaldo.

—¿Dónde ha estado, Mario? —dijo Bellotti.

—No me he encontrado bien, he estado con vómitos, diarreas, en fin, todas esas

cosas. Estaba en casa.

—No, no es verdad —dijo Renaldo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que no ha estado en casa. Así de claro y de taxativo. Usted no ha estado en su casa.

—¿Quién lo dice?

—Lo dice su madre —dijo Renaldo.

—Oiga —dijo Balzic dirigiéndose rápidamente al abogado y acercando la cara a la de este—. Conque fastidiando a mi madre, ¿eh?

—Nos hemos limitado a telefonar. Nadie ha fastidiado a su madre —dijo Renaldo, apartándose.

—¿Y a usted quién coño le ha dicho que la llamara? ¿Eh? ¿Quién ha sido...?

—¡Mario! ¡No grite de esa manera! —dijo Bellotti—, tranquilícese, cálmese.

—¿Quién ha sido el imbécil que le ha dicho que molestase a mi madre para lo que sea, me lo va a decir desgraciado picapleitos de mierda?

—Mario, pero si no era más que una llamada telefónica. Nada más —salmodió Bellotti en tono conciliador o tratando de que lo fuera.

—Aparte el dedo de mi cara, alcalde —dijo Balzic—, y pongan mucha atención los dos en lo que voy a decir: no vuelvan a molestar a mi madre para nada relacionado con lo que yo haga o deje de hacer, ¿está claro? Quiero decir: ¿lo han entendido o no?

—Mario —protestó Bellotti con toda la amabilidad que le fue posible, nadie ha molestado a su madre. Es una persona simpatiquísima y a la que estimo mucho...

—Pues le falta mucho para que la estime tanto como yo...

—Lo entiendo, Mario, pero le necesitábamos... tiene que comprenderlo, necesitábamos que subiese arriba para resolver ciertos problemas difíciles...

—Oiga, ¿quiere darme jabón o qué, Angelo? ¿Quiere?

—Ni remotamente... —dijo Renaldo.

Balzic se acercó un paso más a Renaldo y se puso a hablarle en voz baja y con las mandíbulas casi cerradas.

—Oiga una cosa, abogado. Hice el juramento de defender la ley de la nación, el bienestar común, el condado y la ciudad. Y este juramento lo significa todo y si usted no sabe qué significa todo, le diré que ese todo significa que me he puesto con el culo al pie del cañón, quiero decir que, si la cosa se tercia, me pongo en primera línea. Y mientras esto quiera decir que yo estoy con todos los trastos donde haya que estar, ningún cara de soplón y fastidiador de madres como usted irá a dar la lata a mi madre para enterarse de dónde estoy y de dónde no estoy. ¡Nunca!

—Mario —dijo Bellotti, interponiéndose entre Balzic y Renaldo y tratando de decir algo que sonase a tranquilizador y discreto—. Ha sido una equivocación, un error por nuestra parte, del que nosotros... yo... me siento verdaderamente culpable. Le ruego que acepte mis disculpas.

—Declaro que el jefe de policía ha hecho gestos amenazadores y que tanto su tono como sus expresiones han sido de amenaza —dijo Renaldo, apartándose un poco—, todo lo cual constituye un asalto a mi persona. Ni más ni menos.

—¡No fastidie, hombre! —gritó Balzic—. Dígame qué ley he violado. ¡Vamos! Dígame qué ley. Y tome también buena nota de esto: como vuelva a llamar a mi madre y la moleste preguntándole dónde estoy, le voy a romper el dedo con el que ha marcado el número. ¡Y además, la mano, el brazo y el hombro! ¿Qué le parece, abogado? ¿Le parece suficiente asalto a su persona? ¡Venga, llámela! ¡Venga! Así comenzaré a romper huesos.

Renaldo se volvió para dirigirse al agente Harry Lynch, el sargento de oficina a la fuerza.

—Quiero que detenga al jefe de policía.

Lynch se mostró impertérrito.

—Pues no, me parece que no va a poder ser.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Señor, usted es un funcionario municipal como yo. Si quiere detenerlo, usted mismo.

—Físicamente no puedo —dijo Renaldo—, por esto le pido colaboración. ¡Exijo su colaboración!

—Señor, usted no necesita mi colaboración para nada. No corre ningún peligro.

—¡Este hombre está amenazándome! Con la palabra, con el tono, con la expresión, con sus provocaciones.

—Señor, usted conoce las leyes mejor que yo, pero me parece que ha olvidado lo que sabe —dijo Lynch—. Un simple asalto no va a costarle al jefe aquí presente más de quince dólares, aparte los costes, delante de unos magistrados que él conoce mejor que nadie de los que están aquí. Aparte de que, de todos modos, los magistrados dejarán las sentencias en suspenso. O sea que todo lo que va a conseguir serán quince o veinte minutos de su vida para ir a la audiencia, lo mismo que le va a costar a usted. ¿Ve usted a qué sitio quiero ir a parar?

Balzic se echó para atrás y miró lleno de admiración a Harry Lynch. Para ser un policía de calle sin ambiciones administrativas, le estaba dando un baño a un abogado, un abogado municipal nada menos, igual que si tuviera años de experiencia.

—Pese a todo, quiero que lo detenga.

—Señor, ya le he dicho que puede detenerlo usted mismo y que todo acabará costándole a usted lo mismo que le va a costar a él. Porque una cosa, señor, tanto si usted lo detiene como si lo detengo yo, tendré que prestar testimonio y el testimonio que yo prestaré será de simple asalto. Nada más. Y volveremos a estar donde estábamos antes.

—¿Usted cómo se llama, sargento? —dijo Renaldo.

—Se llama Lynch —dijo Balzic antes de que Lynch pudiera responder—, y no es sargento, sino solo agente en funciones de sargento porque alguien ha ascendido a

uno de nuestros tres sargentos de oficina a la graduación de teniente y me ha obligado a poner a este agente en un cargo que él no tiene ningún interés en desempeñar. Y usted en estos momentos lo está jodiendo de la misma manera que antes ha estado importunando a mi madre preguntándole dónde estaba yo.

El alcalde Bellotti levantó las manos.

—¡Por el amor de Dios! Esto es ridículo y estamos actuando como niños...

—Oiga una cosa —dijo Balzic—, yo no ascendí a Clemente. Lo ascendieron ustedes. Yo sé por qué, ustedes saben por qué y todos sabemos que lo sabemos. El único que no lo sabe es Clemente. Así que déjenme tranquilo, dejen tranquilo a Lynch y no molesten más a mi madre. Si se ha hecho alguna estupidez, ha sido ascender a Clemente. ¿Quieren que suba arriba? Está bien, subiré, pero no esperen que me quede a escuchar majaderías, me volveré a marchar.

»Las cuestiones que se debaten arriba son muy sencillas: los hombres quieren más dinero, quieren más dinero por el trabajo de calle, quieren más tiempo libre, quieren que haya uno de ellos en la junta de pensiones para que ningún CPA^[3] pueda joderlos. Son peticiones razonables. Que ustedes, amigos, se hayan pasado tres malditas semanas para no resolver siquiera una sola de estas cuestiones es verdaderamente ridículo. Peor aún, es una vergüenza. Y yo no quiero tener nada que ver en el asunto.

»No puedo mirar a mis hombres a la cara sabiendo que se ha perdido todo este tiempo para nada. Todo esto podía resolverse en una semana, ocho días a lo sumo, pero nosotros no hemos llegado a ninguna conclusión.

—Hemos resuelto el problema del número de agentes asignados a los coches patrulla —dijo Bellotti.

—¡Pare el carro, Bellotti! Lo hemos hecho, ¿verdad? Lo he hecho yo esta mañana, porque como hubiera dejado que ese mono presumido continuara cinco minutos más, me da algo.

—Creía que había dicho que estaba enfermo —dijo Renaldo.

—¡Por el amor de Dios, Renaldo! ¿Quiere abrir los ojos de una vez? No he parado un momento de decirles que esta ciudad no se vendrá abajo solo porque ustedes, queridos muchachos, vayan a negociar un convenio.

—Pero esta no es la cuestión, ¿usted se encontraba mal o no?

—Oiga, ¿quiere irse al cuerno de la luna, si me hace el favor?

—¡Señores, tengan la bondad! ¡Cristo todopoderoso! —exclamó Bellotti, dirigiendo primero la mirada hacia el techo y después a sus pies—. ¿No podríamos discutir como personas civilizadas?

—Yo puedo ser civilizado con todo el mundo —dijo Balzic—, lo único que tienen que hacer es no dar la lata a mi madre ni meterse con mis hombres.

—Y todo lo que tiene que hacer el jefe es estar donde se supone que tiene que estar —dijo Renaldo— y evitar amenazas de palabra, expresión o gesto. En cualquier caso, importa poco que se comporte como una persona civilizada en el futuro, porque

le doy mi palabra de que no pienso olvidar las amenazas que se han escuchado aquí esta noche.

Balzic se dirigió refunfuñando a su despacho.

—Mario —dijo Bellotti—, ¿adónde va ahora?

—Tengo acidez y voy a tomar algún potingue.

—¡Qué desgracia! —dijo Renaldo—, el jefe de policía tiene la barriguita mala. ¡Madre mía!

—Váyase a la mierda, Renaldo.

—Y además emplea un vocabulario muy imaginativo.

Balzic se giró en redondo.

—¿Quiere oír una buena? ¿Qué les parece esta? Espero que, sea lo que sea que le ocurra, ni lo huelga, ni lo pruebe, ni lo joda. Lo espero...

—¡Mario, ya basta! —dijo el alcalde—. Y ahora va en serio. Está diciendo algunas cosas que... lo va a pasar mal cuando quiera olvidar todo lo que ha dicho aquí.

—No tiene ninguna importancia —dijo Balzic, dándose la vuelta y buscando en el escritorio con una mano las pastillas contra la acidez mientras con la otra marcaba el número de teléfono de su casa para llamar a su madre y darse la satisfacción de comunicarle que estaba perfectamente y tranquilizarla por si la llamada de Renaldo la había alarmado. Su madre le dijo que ya sabía que estaba bien y añadió que nada de lo que pudiera decir Renaldo la alarmaría nunca porque todo el mundo sabía que deshonoraba a todos los padres por la forma de tratar al suyo. Satisfecho este punto, Balzic, que había encontrado las pastillas de la acidez, se metió dos en la boca y volvió a la sala de servicio, no sin preguntarse para sus adentros si Ripulsky no tendría razón al decir que había que ir a los campos de fútbol para gritar y explayarse y comportarse como un loco para liberarse de las tensiones. Cualquier cosa podía ser mejor que un intercambio de pullas con Renaldo. Incluso el fútbol.

Balzic pasó junto a Lynch, junto a Renaldo y junto al alcalde y, antes de que nadie tuviera tiempo de decir palabra, había atravesado la puerta y corría a meterse en el coche. Al salir del aparcamiento vio por el retrovisor al alcalde de pie en los escalones de entrada que lo miraba con aire de decepción.

—Es tu puta, Angelo —dijo Balzic, hablando para su capote—, así que acuéstate con él. Pero, como vuelva a llamar a mi madre, le rompo el índice... los índices de las dos manos. Habría que hacerlo por respeto a su padre, ¡pobre desgraciado! Mete a esa mierda de tío en la facultad de derecho y él se lo paga tratándolo a patadas. ¡Qué maldición para un padre tener un hijo como Renaldo! Mejor tener una hija dedicada al puterío que un hijo como Renaldo, un hijo que coge lo que le das y después te escupe porque hablas mal el inglés... ¿Habrás visto?

Balzic se escondió horas enteras en el coche. A veces conducía y a veces aparcaba junto al río Conemaugh y se quedaba sentado mirando el agua, pero las más de las veces conducía, sabedor de que era imposible que ocurriera nada de lo cual no pudiera enterarse desde allí rápidamente como todos los demás. Al cabo de un rato se estaba riendo en silencio, porque sabía que cuando se escondía de esta manera —en el ratón, como lo había calificado cierta vez un traficante de drogas— no se diferenciaba mucho de algunos maleantes con los que había tenido tratos. Era gente que hacía vida en el coche. Tenían una habitación en alguna parte, un sitio donde guardaban la ropa que no llevaban puesta en aquel momento, pero su casa era el coche. Y las habitaciones que soban utilizar generalmente estaban en moteles, con el coche junto a la habitación, al otro lado de un cristal cualquiera. Era un lugar al que podían ir para correr de cuando en cuando la cortina y mirar el coche, contemplar su movilidad, el símbolo de su éxito, de su hombría, de su desprecio por lo que ellos consideraban lo más anodino de este mundo: una casa metida en una estructura inmóvil, atada al polvo, a la comunidad, al estado, a la nación, al planeta, una casa que significaba que uno estaba tan inmovilizado como la estructura a la que pertenecía.

No todos los maleantes eran iguales. Solo algunos. Y cada vez que Balzic escapaba a sus responsabilidades como hacía ahora, más tarde o más temprano se le ocurría pensar que él era tan despreciativo de lo anodino y de la manera de hacer anodina como los más despreciativos de esos maleantes a los que hacía referencia. Y después se rio de sí mismo y pensó cuántas veces se había encontrado en situaciones en las que solo podía contar con la locura para salir airoso de una empresa. Después siguió pensando en cómo solo el error de un segundo y la locura con la que él contaba para salir del atolladero a veces no surtía efecto. Y si no surtía efecto, en lugar de ser un recuerdo privado se convertía en un registro público de locuras fallidas. Y una cosa con la que no podía vivir un jefe de policía era con las locuras fallidas, porque eso nadie se lo consentía.

Dos veces en un día, en menos de una hora, se había dado el gustazo de cometer una locura. La primera vez había sido en el aparcamiento de la casa de los espaguetis que no tenía nombre, cuando el joven saltarín lo había seguido y había intentado tomarle el pelo. Él había decidido sobre la marcha qué haría mientras lo hacía, había tenido el sentimiento y la intuición de que aquel muchacho no llevaba pistola. Porque como el chico hubiera ido armado, Balzic sabía que habría sido tan fácil que él quedara tumbado en el aparcamiento como el propio chico. Ahora, sentado en el coche, podía pensar lo que quisiera y decirse que había observado visualmente al chico mientras pasaba por delante del coche, pero en realidad no había visto al muchacho de espaldas, ni le había visto la cadera derecha ni ninguna de las dos piernas por debajo de las rodillas y, pese a todo, Balzic había seguido adelante con la

locura que lo había sacado del mal paso. Ahora que volvía la vista atrás y se daba cuenta de que en aquel momento no sabía si el chico iba armado, debía admitir que aquella era una de las cosas más estúpidas que había hecho en su vida. Lo que había buscado realmente era una satisfacción de tipo emocional.

En realidad, lo mismo que había conseguido al armar aquel alboroto con Renaldo y Bellotti, pero la satisfacción emotiva no era nada comparada con lo que podían hacerle si se lo proponían. No tanto Bellotti, porque Bellotti iba a sus asuntos y se dedicaba a ir almacenando favores y a cobrárselos después. Con Balzic, en cambio, la cosa era muy diferente. Renaldo almacenaba heridas. Se guardaba los insultos, las alusiones, las insinuaciones y las inferencias y después se presentaba ante sus enemigos con una maleta llena de vindicaciones documentadas y un corazón lleno de mezquina alegría.

Balzic pensó que gritar a Renaldo, amenazarle era una estupidez. Aunque podía ser tremendamente satisfactorio, en realidad era una estupidez. Porque, aunque los jóvenes saltarines eran peligrosos, solo eran peligrosos físicamente y Balzic se había pasado toda la vida adulta entrenándose para responder el peligro físico, pero Renaldo no tenía necesidad de ponerte ni un dedo encima. Todo lo que necesitaba aquel abogado municipal era una máquina de escribir y un informe en blanco. Y lo peor era que Balzic sabía que Renaldo trataría siempre de nivelar las cosas mientras siguiese siendo abogado municipal.

—A veces puedo ser inteligente —dijo Balzic en voz alta— y a veces valiente. ¿Habré sido las dos cosas alguna vez? Y si lo he sido, ¿me he enterado?

Cuando Balzic llegó nuevamente a la comisaría ya era de noche. Había estado un par de horas en su casa para ver a su familia y comer, pero había procurado mantenerse apartado de Bellotti, Renaldo y compañía, y había seguido el devenir de los acontecimientos, que no eran muchos, a través de la radio del coche o, en su casa, a través del monitor.

El viejo de los Johnson había sido localizado y devuelto a su casa —había querido obsequiar con una propina de veinticinco centavos al oficial de turno que lo había acompañado— y Nutsy Turrell seguía sin encontrar el embalse de la ciudad. También Nutsy había sido devuelto a su casa, donde había escupido al agente que lo había acompañado y pegado una patada en la espinilla a su hermano.

El sargento de servicio Vic Stramsky estaba al teléfono al entrar Balzic y le hizo una seña para que se diera prisa. Por la expresión del rostro de Stramsky, Balzic habría podido asegurar que estaba esperándole para que le sacara un peso de encima.

Cuando Balzic cogió un teléfono supletorio supo por qué. Era Frances Romanelli.

—Es la quinta vez que llama desde que he llegado —dijo Stramsky—. Comprendo por qué el tío ese no va por su casa.

Balzic se encogió de hombros y se puso al teléfono.

—¿Es usted?

—Sí, soy yo, si eso es lo que me pregunta. Soy Balzic, yo.

—¡Oh, gracias a Dios! ¿Dónde estaba? Bueno, ¡qué más da! Esos chicos que trabajan a sus órdenes son muy despreocupados... son maleducados y antipáticos de verdad.

—Oiga, Frances, los chicos que están al teléfono, los de la oficina, a veces tienen que oír verdaderas imbecilidades, por lo que a menos que la persona que llama tenga un problema auténtico, no se preocupan demasiado y procuran no prestarle mucha atención.

—¿Quiere esto decir que usted considera que yo no tengo un problema auténtico?

—Yo no he dicho eso, lo que yo he dicho...

—Mi marido todavía no ha vuelto por casa... ¡Oh, Dios mío, si es que hasta me odio a mí misma cuando pienso que sigo con lo mismo!

—Mire usted, si queremos atenemos exactamente a la verdad, no hace ni siquiera veinticuatro horas que su marido falta de casa...

—¡Hace dos días! ¡Más! Casi tres.

—No, no Frances. Anoche estaba en casa. Hablé con él, usted habló con él, todos estuvimos hablando con él. Así es que, cuando usted llama aquí pidiendo ayuda, el hombre que se encarga del servicio no clasifica el problema que a usted le atañe como una cuestión prioritaria, ¿usted me comprende?

—Yo le comprendo perfectamente. ¿Usted me comprende a mí? Me encuentro en una situación en la que no me había encontrado en la vida. No sé siquiera lo que siento y, cuando lo sé, me asusto... Se lo pido por favor, venga a hablar conmigo. ¡Por favor! No hablo con nadie. La gente no considera que tenga ningún problema. ¡Es que me echaría a gritar! Las mujeres de la escuela me dicen cosas diferentes. No sé a quién tengo que hacer caso.

Ahora estaba deshecha en llanto y apenas podía hablar.

—De acuerdo, Frances, cuelgue y voy a ir a su casa. Nos sentaremos un rato, tomaremos un poco de vino y veremos si sacamos algo en limpio, ¿estamos? Bueno, pues de acuerdo.

La mujer murmuró algo que le sonó a Balzic como que estaba de acuerdo y este colgó. Dijo a Stramsky adónde iba y se fue.

Al cabo de quince minutos salía del coche, atravesaba el corto trecho de camino hasta la casa y era observado por el ventanillo de la puerta principal antes de que esta se franqueara para dejarlo entrar.

Solo entrar, la mujer se dejó caer sobre él y rompió a llorar. Balzic cerró la puerta, la rodeó con los brazos, le dio unas palmaditas en la espalda y la acunó dulcemente, como si fuera una niña pequeña.

Finalmente, después de unos minutos, la mujer se apartó de él y se dirigió vacilante hacia una caja de pañuelos de papel que tenía encima de la mesa del comedor. Se secó la cara, se sonó, sacó otro pañuelo, volvió a sonarse y después

sonrió a Balzic con los ojos hinchados.

—Algo debía de haber entre nosotros cuando venía usted a casa con su padre —dijo Frances—. Hacía mucho tiempo que no sentía lo que ahora siento... por nadie. Supongo que debe de ser porque entonces yo le tenía mucha confianza, ¿sabe usted?

—Sí. Yo solía vigilarla, procuraba que no se hiciera daño y creo que la sacaba a pasear a menudo.

—Y me traía cosas.

—¿Sí? ¿Le traía cosas? ¿Qué cosas?

—Me acuerdo de dos. Una vez me trajo una muñequita hecha con un calcetín...

—¡Ah, sí! Las hacía mi madre y las daba a la Cruz Roja. Las hacía con calcetines gruesos de hombre. Me acuerdo.

—Me gustaba mucho aquella muñeca. La guardé mucho tiempo. No sé por qué. Ya no me acuerdo qué fue de ella.

Se puso a reír y a llorar a un tiempo, dos estallidos de risas y lágrimas. Después se calló y se quedó muy colorada.

—¿Y qué era la otra cosa?

—La otra cosa que solía traerme eran unas botellitas de cera con una cosa muy dulce dentro... Era como gaseosa, pero no era gaseosa. Eran una especie de botellitas de gaseosa, ¿se acuerda? Así de pequeñas.

E indicó la medida con los dedos índice y pulgar, separados una distancia de unos cinco centímetros.

—Me acuerdo.

—Había que arrancar el tapón con los dientes y uno se bebía el líquido, que era dulce de verdad... sabía a naranja o a cerezas... y después se mascaba la cera, ¿no se acuerda?

—Sí, solíamos comprar las botellitas en el mercado de Cremanese. Las compraba mi padre, y me decía que le guardase una para usted. Tiene una memoria extraordinaria. Usted era muy pequeña entonces.

—¡Pues me acuerdo! Lo había olvidado todos estos años, pero he vuelto a acordarme al hablarme de su padre y del mío... ¡A partir de aquí todo ha sido muy fácil!...

—Sí, muy fácil, pero ahora ya no tanto, ¿verdad, Frances?

—¡Oh, Dios mío! A veces me parece que no voy a durar hasta el sábado. Otras veces, amigo, lo juro por Dios que es así, me digo que no aguanto hasta mañana, quiero decir que no pasa un minuto de las doce de la noche. Oiga, ¿por qué no se sienta? ¡No querrá quedarse de pie toda la noche!

Balzic asintió con la cabeza y cogió una silla de la mesa del comedor.

—Quiere tomar algo, ¿verdad? ¿Café? ¿Qué quiere tomar? Seguramente no tendré lo que quiere, porque lo único que tengo, me refiero a alcohol, claro está, es un par de latas de cerveza en la nevera. ¿Quiere una?

—Me va de perlas. Me gusta mucho la cerveza.

Salió precipitadamente, volvió con igual precipitación y dejó la lata, abierta, sobre la mesa, delante de Balzic, junto a un vaso.

Mientras Balzic vertía la cerveza dijo:

—Ha sido usted muy... muy amable al venir hasta aquí... teniendo en cuenta que nadie se preocupa de mí, porque seguramente el mío no es... ¿cómo lo ha llamado usted?, ¿un problema prioritario?

Balzic asintió.

—Es una asquerosa palabra burocrática y cuando la empleo me siento un asqueroso burócrata.

—Usted no tiene nada de asqueroso.

—Sí, sí, cuando empleo palabras como estas soy el más asqueroso de todos los burócratas que conozco... y mire que conozco unos cuantos.

—Bueno, lo que sea... ha sido usted muy amable. Se lo digo de verdad.

—Sé que lo dice de verdad —dijo Balzic, mientras se tomaba a sorbitos la cerveza.

Frances jugaba con los pañuelos de papel, convertidos en bolas de papel arrugado, que tenía en el regazo.

—Mi padre —empezó— solía hablar conmigo todo el tiempo. No hablaba de cosas verdaderamente pesadas... como los padres de algunos chicos de la escuela... no hablaba de cosas importantes. Nosotros no hablábamos nunca de cosas importantes, aunque mi padre es un hombre serio. En mi vida he oído contar un chiste a mi padre. Si ha contado alguno en su vida, no me lo ha contado a mí.

»Cuando se murió mi madre, se puso serio de verdad. Quiero decir que mi padre es como una iglesia. Una iglesia antes de la misa, ¿sabe usted? Una iglesia muy grande. Se puede entrar en ella, hablar con la gente, pero nada de chistes, ¿comprende? Ni contarlos, ni oírlos.

»El techo es muy alto, el tejado está allí arriba de todo y uno sabe que allí dentro no hay sitio para andar riendo tontamente y contándose chistes. Así es mi padre. Solo un metro sesenta o algo así de estatura, pero siempre me ha recordado esos techos tan altos de las grandes iglesias.

»Antes, sin embargo, siempre podía hablar con él...

»Y ahora ni siquiera sabes con qué te va a salir cuando le dices hola, ¿sabe usted?

»¡Sí! ¡Así es! ¡Ni más ni menos! Es que no sé... qué hacer. Tengo miedo de decir lo que no debo decir y de que el techo se venga abajo. ¡Que se me caiga en la cabeza!

—Y antes, ¿no era así? —dijo Balzic.

—¡Uy, ni pensar! ¡Nunca! Me refiero a que lavar la ropa para él es una cosa seria, ir a comprar es una cosa seria. Es una cosa que hay que pensar, que planear. Y cuando la haces, no te puedes distraer. Cultivar un jardín... ¡madre mía!... no hay nada en el mundo tan serio como esto. ¡Hasta viene el cura y bendice la tierra! Sí. Mi padre le da al cura dos dólares y una botella de vino. Siempre igual, todos los años. ¡Y el cura viene! Viene con el agua bendita, se pasea por todo el jardín, salpicándolo

de agua bendita, y reza.

»Una vez le pregunté... hace de eso unos diez años... había dos curas entonces... ni siquiera me acuerdo de su nombre, ¡era un tipo tan inútil!, pero recuerdo que le pregunté si hacía aquello muy a menudo y él me dijo que no lo había hecho nunca pero que al ver a mi padre se había dado cuenta en seguida de que, si quería aquello, no podía negarse. Por eso hizo la ceremonia y dijo las oraciones.

»Yo no pregunté más, pero supongo que eran oraciones hechas a propósito. Y siguen viniendo y el precio siempre es el mismo: dos dólares y una botella de vino. Ellos nunca se quejan. ¿Por qué cree que lo hacen?

—Probablemente porque lo respetan —dijo Balzic—, y también porque no se anda con cuentos. Es sincero.

—¡No, es verdad que no se anda con cuentos! —dijo Frances.

—Y se dan cuenta de que es sincero —dijo Balzic—, quiero decir que es una petición lógica. Segurísimo que la iglesia tiene tiempo sobrado para bendecir un jardín. Es una bendición honorable. Estoy seguro de que en las parroquias de pueblo los curas se dedican a estas cosas en primavera.

—Ya lo sé, pero es que tienen una manera de mirarlo...

—Bueno, quizá la cosa aquí resulte un poco rara, pero todo el mundo se da perfecta cuenta de que su padre es un hombre serio. Así es que si te viene a ver y te pide que le bendigas el jardín, pues vas y se lo bendices, aunque tengas que hacer un poco de comedia. Supongo que todos deben de hacer un poco de comedia.

—Pero es que con él no puedes.

—¿Cómo?

—Con él no se pueden hacer comedias y uno ni siquiera sabe qué hay que pensar para hacer comedia, aunque pienses que vas a hacer Comedia, es que no sabes qué pensar.

Frances lo miró y Balzic se dio cuenta de que los ojos de la mujer estaban hinchándose por momentos. Hizo varios movimientos de arriba abajo con la cabeza.

—Bueno, usted tiene que tener presente que es viejo y que, en realidad, no es de aquí. Vive aquí pero es de un sitio que está muy lejos de aquí. Y usted no está enterada de las cosas que hacen allí... ni conoce siquiera el sitio de donde viene. No importa que se haya pasado aquí casi toda la vida, pero dentro de sus huesos todavía siente que es de ese otro sitio. Y hay...

—Hay ciertas cosas que no se pueden hacer —le interrumpió ella.

—Bueno, aunque no suena bien, es la verdad. Y en esto no se puede hacer nada. Así es que usted se encuentra en mala situación. Quiero decir que si usted coge a un par de aquellas mujeres que quemaron los sostenes y las lleva a casa y se las presenta a su padre, él las escuchará, se mostrará cortés con ellas, incluso es posible que no discuta con ellas, pero si usted sale a la calle y dice que va a hacer lo mismo, entonces la cosa cambia.

—Así es —dijo ella bajando la cabeza.

—Lo sé, lo sé, pero es que usted es su hijita, la niña. Y si usted no quiere vivir como vive él, entonces él se figura que le está diciendo que la manera como él vive no está bien. Y por mucho que usted le diga que no es así, no se lo va a creer.

»Para gente como su padre la cosa está muy clara. Si lo que él hace estuviera bien, entonces sus hijos querrían hacerlo, y si no lo hacen es porque son unos desagradecidos, no tienen respeto a nada, no tienen educación ni religión. En resumen, que se equivocan. Créame, Frances, he visto a otras muchas personas como su padre a lo largo de mi vida y a la mayoría les cuesta Dios y ayuda entender las cosas que no son como las que ellos han hecho siempre. La cosa ya es difícil cuando se trata de un hijo, pero si es una hija... ¡Uy, las hijas!, las hijas es que tienen una cabeza más dura que una piedra. Aunque por otro lado sean encantadoras... y buenas chicas... y serias. En lo tocante a sus hijas, querrían que fueran como las sicilianas del siglo quince. Porque ellos las encuentran imposibles tal como son.

»Así es que si una quiere cambiar de vida, tiene que hacerlo de manera que él se lo tome a bien, sabiendo siempre, y esto es lo delicado del caso, que en el fondo a él le importa un bledo, que a lo mejor bajará a la tumba pensando que sigues siendo una zorra y una desagradecida. Y esto es algo que cuesta aceptar. Créame cuando le digo que sé qué se trae entre manos, y sé que usted quiere hacer las cosas bien, pero, Frances, esa calle tiene dos direcciones. Siempre ha sido así. Y si él no le quiere dejar sitio para pasar, ¿sabe? Si no le da la gana de dejárselo, entonces el problema será de él. Y a usted no le queda más remedio que aprender a vivir con esta situación.

—Pero ¡Dios mío!, es que es tan duro. ¡No me concede ningún crédito! ¡No me da crédito ninguno!

—Frances, es como una roca. Siempre ha sido una roca. Cuando mi padre y él hablaban, ¿de qué se figura que hablaban? Pues del sindicato, de la jura-sobre-la-tumba-de-tu-madre-que-estás-dispuesto-a-dejarte-romper-la-cabeza-por-la-Unión-de-Mineros. Oiga, ¿quién se cree que era ese hombre entonces? Mi padre era duro, había muchos hombres duros entonces, pero es que su padre era una roca.

»Mi padre de vez en cuando tenía la moral por los suelos, porque estaba harto de romperse los cuernos para nada, entonces venía aquí y el viejo de usted le decía: “Lo que está bien, está bien; lo recto es lo recto”. Y aquí quedaba todo. Ya podían pasarse el día entero hablando de estrategia y de táctica, pero al final todo se reducía a que lo que estaba bien, estaba bien, y a que lo recto era lo recto, y no había más que hablar. Y entonces mi viejo volvía a casa y al día siguiente se levantaba dispuesto otra vez a romperse los cuernos. Y todo era por su padre.

—Lo sé —dijo Frances—, pero ¿cómo es que conmigo no ve que lo que está bien está bien? Quiero decir que conmigo tendría que ser lo mismo. Yo procuro hacer lo que está bien para mí, ¿qué quiere hacer él?

—Mire, no estoy discutiendo con usted, lo único que quiero explicarle es cómo era él, para que no se olvide de con quién trata.

—¿Acaso yo soy diferente?

—No lo sé, pero lo que le puedo decir es que con hombres como su padre no se pueden complicar las cosas. Lo que está bien está bien es una cosa que estaba clara en las minas. Esto era muy sencillo, porque todo se reducía a saber si uno estaba dispuesto a poner el arma en el piquete. Lo que quedaba claro era que lo que perseguías estaba bien. Trabajabas en la mina, te la jugabas, merecías la paga. Me refiero a que merecías que te pagaran con algo más que con cacahuetes. Y si eras bastante hombre para sacar carbón, también podías ser hombre para pedir un salario decente. Frances, era así de sencillo.

—Pero lo que yo quiero también es sencillo —exclamó ella.

—¡Claro, claro! Lo sé, pero para él no lo es. Lo sencillo para él es que su marido trabaje y que usted se quede en casa. Lo que tiene que hacer su marido es trabajar, lo que tiene que hacer usted es quedarse en casa... dos cosas diferentes.

—¡Pero si esto ya lo sé! ¿Qué tengo que decirle para que él se entere? ¡Santo Dios!, yo no estaría como estoy si Jimmy todavía estuviera sacando carbón. Si la maldita mina no hubiera cerrado yo no estaría haciendo lo que hago. ¿Tanto cuesta esto de entender?

—A mí, nada. Lo entiendo perfectamente. Lo que usted no entiende es que su padre no lo entienda. Usted ha tenido que... se ha visto obligada a trastornar su vida de arriba a abajo por algo ajeno a usted, pero usted debía solucionarlo de la manera que era lógico que lo solucionase. Mire Frances, no me gustaría parecer un sabelotodo ni nada por el estilo, pero me parece que contra quien está furioso su padre es contra su marido...

—Bien, entonces, ¿por qué no se lo dice a él? ¿Por qué tengo que cargármelas siempre yo?

—Pues porque, porque... no sé por qué —dijo Balzic—. Seguramente porque no sabe cómo hablar con él, con Jimmy.

—¡Pero es conmigo con quien no habla! Soy yo... es a mí a quien no habla.

—Yo esto lo entiendo. Lo que digo es que, como está furioso con su marido, entonces se enfada con usted. Es lo más probable. ¿Me sigue?

Frances negó con un gesto de la cabeza, se levantó para ir a por más pañuelos y se sonó.

—Pues chico, encuentro que tiene una manera muy rara de enfocar las cosas —dijo Frances—, me refiero a que, si tiene quejas contra Jimmy, ¿por qué no se lo dice a Jimmy? ¿Por qué deja de hablar conmigo? Encuentro que es una manera muy imbécil de enfadarse con Jimmy.

—Estoy de acuerdo —dijo Balzic—, estoy de acuerdo. Yo no digo que es lo que haya que hacer ni que actúe bien. ¡Ni hablar! Lo único que digo es que probablemente estén así las cosas.

—¿Cree de verdad que está furioso con Jimmy? Quiero decir que si lo cree de verdad, que si no lo dice por decir.

Balzic hizo una señal afirmativa con la cabeza y tomó un largo sorbo de cerveza.

Se había olvidado de ella.

—Pero usted también tiene que ver en el asunto, ¿sabe?

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que ver en el asunto?

—Pues porque se casó con él. De entre todos los hombres del mundo, lo escogió a él. Y es como lo que decíamos antes, es como todo lo demás; si usted fuera una buena hija de verdad y quisiera a su padre como debería quererlo, pues se habría casado con una reproducción exacta de su padre. Quiero decir que los dos sabemos perfectamente cómo habría obrado su padre si hubiera estado en la piel de Jimmy. Jimmy, en cambio, obró de otra manera. Y usted se casó con Jimmy. Así pues, si quiere razones, las hay a montones. Pero la razón principal es que usted eligió un marido que ha resultado que no hace las cosas como las haría su padre. Y esta es una razón de peso.

—¡Qué asco! —dijo ella—. Razón en parte.

—A mí me parece que es así.

—No quiero decir esto, a mí también me parece que es así, pero encuentro que es una razón asquerosa. ¿Cómo iba yo a saber que Jimmy se portaría de este modo? Nunca se había portado así. ¿Cómo iba yo a saberlo? ¿Quiere saber la verdad? Pues Jimmy se parece mucho a mi padre. ¡Pero que mucho! Y lo divertido del caso es que Jimmy se figura que es diferente de mi padre. Pero se parecen mucho. Los dos son testarudos como mulas. Y nunca se equivocan, ninguno de los dos. Y cuando falla algo, es culpa mía. Ya puedo estar a veinte kilómetros, que igual es culpa mía.

—Usted está en un lugar difícil —dijo Balzic—. No me cambiaría por usted.

—Muchas gracias.

—Yo no he sido de los que presumen de estar al cabo de la calle...

—Ya sé que no es de esa calaña —lo interrumpió ella—, bueno, de esa clase de gente —rectificó con un suspiro, mientras se le vencían los hombros al exhalar el aire—. ¿Sabe una cosa? Cada vez me pregunto más a menudo si hablar bien es tan importante como eso... lo digo en serio. ¿Tan importante es? En momentos así, ¿a quién le importa?

—Le importa a usted, o de lo contrario no se entretendría en pensarlo.

—Debe de ser así —dijo con aire pensativo—, porque lo pienso a menudo. Es casi como cuando dejo de decir una cosa mal. Tengo la impresión de que van a cambiar toda una serie de cosas, que ya no volverán a ser nunca iguales.

Balzic asintió con un gesto y terminó la cerveza.

—¿Quiere otra? Todavía queda una.

—Sí. ¿Por qué no? Pero cuando vuelva tengo que hacerle una pregunta.

—De acuerdo —dijo ella, que fue de un salto a buscar la cerveza y volvió al momento.

—Oiga, Frances, a Jimmy... a Jimmy ya se le han terminado los cheques del paro, ¿no es verdad?

—¡Y tanto! ¡No hace poco tiempo! Puedo decirle exactamente cuándo si...

—No, no, no tiene importancia. Pero él tiene dinero, ¿no es verdad?

—Bueno, sí. A veces aparece con dinero... como anoche.

—Pero usted sabe que el dinero no lo hace jugando a las cartas. ¿O lo gana así?

—Él dice que lo gana así.

—¿Y usted lo cree? No, no importa, no hace falta que me lo conteste. Es una pregunta estúpida. Le voy a decir qué pasa. Jimmy está metido en un lío.

—¿Cómo? ¿Qué clase de lío?

—La Oficina Estatal de la Ley contra la Droga... bueno, el nombre es más largo, pero con esto basta, esta oficina tiene unos agentes que lo están vigilando.

Frances frunció el ceño y se echó a reír con una risita nerviosa:

—Usted me toma el pelo... ¿No me toma el pelo?

—No, no le tomo el pelo. Y lo que quiero preguntarle es una cosa. Anoche siguieron a Jimmy hasta aquí y, según palabras del agente, fue a una casa que no era la suya. ¿Qué casa debía de ser, Frances?

—Espere un minuto. ¿Qué me está diciendo? ¿Qué Jimmy está metido en asuntos... de drogas? ¿Es esto?

Balzac hizo una señal afirmativa.

—¿Qué clase de drogas? ¿Qué es lo que usted... qué demonios está diciendo?

—Tranquílcese, Frances, y se lo explicaré.

—¡Por favor, explíquese! ¡Quiero saberlo!

—De acuerdo, de acuerdo. A Jimmy lo han visto con personas que son conocidos traficantes, negociantes de lo que el estado llama sustancias controladas, es decir, drogas ilegales, probablemente marihuana y anfetaminas. Esto no lo sé, pero lo deduzco por la descripción que usted me dio de él cierta vez.

—¿Cómo se lo describió? —dijo Frances de pronto, muy a la defensiva.

—Usted me dijo que a veces parecía borracho pero no olía a alcohol y otras veces parecía que se iba a subir por las paredes. ¿No es así? ¿Es así como está?

—¡Oh, sí, sí! Así es como está. A veces.

Cada vez estaba más a la defensiva.

—¿Cuánto tiempo hace que actúa de esta manera?

—¿Qué quiere decir con esto de cuánto tiempo?

—Es una pregunta muy sencilla, Frances: ¿cuánto tiempo?

—Usted dice que es sencilla, pero estoy pensando que quizá no es tan sencilla como eso.

Se puso de pie y se apartó de él.

—Frances, siéntese y...

—Estoy bien de pie.

—De acuerdo, entonces quédese de pie. Yo no voy tras de Jimmy por uso de drogas, ni por posesión, venta o intento de venta de drogas, por conspiración ni por nada que se le parezca relacionado con la droga.

—Entonces, ¿por qué me habla de esa manera?

—Yo no le estoy hablando de ninguna manera. Lo único que hago es darle información. Le hablo de hechos, Frances. A Jimmy lo han visto con ciertas personas, lo han seguido, seguramente lo han fotografiado, quizá incluso han grabado sus palabras. Todo esto está escrito en los blocs de los agentes estatales: adónde va, con quién va, cuándo llega, cuándo sale, qué cosas entrega o recibe, adonde se dirige después, etc.

—¡Basta, basta! ¡Usted no quiere ayudarme! Lo que usted quiere es hundir a Jimmy. ¿Para qué hace todo esto? Me figuraba que podía confiar en usted, me figuraba que podía hablar con usted...

—Frances, usted no escucha lo que le estoy diciendo...

—Le escucho muy bien, le escucho perfectamente. Y lo que escucho no me gusta nada. ¡Qué estúpida he sido!

Balzac se levantó y se dirigió hacia ella con las manos extendidas, como implorando que lo escuchara.

—Frances, usted lo ha entendido mal. Lo que yo he pensado es que quizá se ha visto metido en algún lío con los chicos que frecuenta...

—¿Qué sarta de estupideces son estas?

—Lo digo en serio, no es ninguna sarta de estupideces. Anoche lo siguieron hasta aquí, pero no vino a esta casa.

—Esto no tiene ningún sentido. ¿Qué quiere decir cuando dice que vino hasta aquí pero no vino a esta casa? Esto es una memez.

—Esto no es ninguna memez. Es lo que trato de averiguar, lo que le estoy preguntando. ¿Adónde debía de ir? Si anoche, a la una, no vino aquí... a la una de la madrugada, ¿adónde fue? Frances, no estoy tratando de cazar a nadie. Lo que quiero es tratar honradamente de encontrar a Jimmy, se lo juro por Dios. No se ponga nerviosa. No quiero...

—No sé —dijo mordisqueándose la uña del pulgar y entrando y saliendo de la cocina—, no sé.

—¿Qué es lo que no sabe? ¿Adónde fue Jimmy ayer noche o si puede seguir confiando en mí?

—No sé —dijo ella.

—Mire, Frances, me crea o no, recuerde una cosa: no la dejé caer cuando era una niña pequeña y, si ahora me ayuda, le juro por la tumba de mi padre que tampoco la dejaré caer ahora. No sé cómo explicárselo.

Frances se llevó los puños a las mejillas y puso una cara como si fuese a gritar. Estaba de pie en medio de la habitación, golpeándose lenta y rítmicamente las mejillas, unos golpecitos que denunciaban toda su indecisión y su frustración.

—¿Adónde pudo haber ido? Me refiero aquí en el poblado. Aquí puede ir únicamente a tres sitios. O viene aquí... quiero decir que... ¡bueno, usted ya me entiende!... o va a Ripulsky's o va a casa de mi padre... Y ya no hay ningún otro sitio.

—¿No puede ir a ningún otro sitio? ¿No tiene amigos a cuya casa podría haber ido? ¿Eh?

Frances movió negativamente la cabeza.

—No, desde hace varios meses. Ahora ya no lo invita nadie. Vienen y le piden prestadas las escopetas y cosas de esas... pero ahora ya no le piden siquiera que vaya con ellos a cazar...

—¿Ni siquiera alguna persona que...?

—¡Ya se lo he dicho! ¡Se lo acabo de decir! O va a Ripulsky's o va a casa de mi padre o viene aquí... ¡Mierda, ya sabe lo que le quiero decir!

—De acuerdo. ¿Y para qué va a casa de su padre?

—No va a casa de mi padre, es decir, no a su casa, sino detrás de su casa. Mi padre tiene un huerto en un terreno junto a la puerta de la casa y se lo alquiló. No me pregunte por qué no puso el huerto en la parte de atrás de nuestra casa porque no lo sé. Tenía que ser allí, al lado del huerto de mi padre. No tengo ni idea de por qué demonios lo hizo, le juro por Dios que no sé nada. Pero Jimmy no sé qué tiene acordado con mi padre sobre no sé qué de unos tomates. El hecho es que tiene que ir allí todas las noches y cubrir las plantas cuando baja la temperatura por debajo de cierto nivel. Yo no sé de qué va la cosa, pero por lo visto es algo importante porque sacó tomates antes que mi padre.

—¿Y este es el único sitio al que va?

—Se lo juro, se lo juro por Dios. El único sitio, que yo sepa.

—Pero ese sitio está a dos casas de aquí.

Frances asintió lentamente con la cabeza.

—Como si son dos kilómetros o como si son dos años.

—Frances, ahora tengo que marcharme. ¿Estará usted bien?

—¿Que si estaré bien? ¿Cómo voy a saberlo? Ahora mismo tengo un dolor de cabeza tan fuerte como si fuera a tener el período y no espero el período hasta dentro de una semana. Y lo pasaré mal como esta noche vuelva a repetirse lo mismo, lo pasaré muy mal, lo juro.

Balzac se marchó sin más preámbulos, empujado por una urgencia que no habría sabido explicar. Al meterse en el coche la radio parecía a punto de estallar a causa de las voces y los parásitos. Una voz era la del sargento de servicio Joe Royer —¡Dios mío!, ¿ya había llegado el segundo agente de guardia?—, quien le dijo que un tal agente Russell, de la Oficina Estatal de la Ley contra la Droga, había estado tratando frenéticamente de ponerse en contacto con él hacía más de una hora. Así que Balzac terminó aquella conversación lo llamó el agente Russell y, a pesar de los parásitos, Balzac detectó impaciencia en su voz.

—Me parece que no estás contento, Russell —dijo Balzac—. ¿Qué ocurre?

—Mario, tú y yo hace tiempo que somos amigos.

—Sáltate esta parte y ve al grano, porque no por esto va a resentirse nuestra amistad.

—Pues podría ocurrir, Mario, podría ocurrir.

—Está bien, si ocurre, Russellini, échame a mí las culpas.

—Va a ocurrir y voy a echarte las culpas. Mi jefe quería verte. Quería hablar contigo. Oficialmente. ¿Me comprendes?

—Hasta aquí sí, aunque no me gusta el aspecto oficial de la entrevista. Y no conozco a tu jefe. Ni siquiera de nombre.

—Porque es nuevo. Se llama Rilkin. Y el caso es que...

—Ya sabía que me pondrías al corriente.

—Te voy a poner al corriente en seguida. El caso es que no hay nadie que sepa por qué has hecho lo que has hecho, pero lo que pasa es que todo el mundo sabe el resultado.

—¡Venga, Russell, al grano! ¿Qué he hecho?

—Pues has ido a la casa de los espaguetis que no tiene nombre...

—Ya te he dicho que pensaba ir. Te lo he dicho. ¿No te acuerdas?

—Lo sé. Después has salido y, aunque nadie sabe con seguridad lo que has hecho dentro, todos sabemos perfectamente lo que has hecho fuera y Rilkin está que echa chispas contra ti porque, así que has salido, los tipos se han desparramado y continúan desparramados.

—¿Y qué pasa?

—Pues que se esperaba que muy pronto iban a dar un golpe importante. Iban a hacer una excursión a cierto sitio de Virginia, al otro lado de la frontera con Maryland para recoger una gran cantidad de material colombiano purísimo y ahora se han desparramado y Rilkin dice que es por tu culpa.

—¡Vamos, hombre! ¿Desde cuándo estáis vigilando a esos muchachos? ¿Desde ayer por la mañana? ¿Es que no se habían desparramado nunca? ¿Eh? ¿A mí tenéis que echarme las culpas? ¡Venga ya!

—Yo a ti no te echo las culpas de nada, Mario. Nosotros somos amigos, ¿o es que no te acuerdas? Y soy yo el que te llamo por que he convencido a Rilkin de que nos darías una explicación razonable de lo ocurrido esta tarde.

—¿Qué quiere decir eso de una explicación razonable? El tipejo aquel quiso hacerse el gallito conmigo y yo lo atrapé por el cuello con el cristal de la ventana. Pero si ya estás al tanto de lo ocurrido, ¿por qué me lo preguntas?

—Oye, Mario, el jefe está aquí y yo tengo que darle una explicación. He sido yo quien te ha dicho adonde había que ir y tú quien me has dicho y asegurado que no te entrometerías en nuestras investigaciones. Pero tú vas e intentas estrangular a uno de los pistoleros y ahora se van todos cada uno por su lado y no tenemos la más mínima idea del sitio al que han podido ir. Mario, yo necesito una respuesta más convincente que esa de que «el tipejo quiso hacerse el gallito».

—Bueno, te guste o no la respuesta, es la única que tengo.

—¡Joder, Mario! ¿Y dentro qué hiciste?

—Oye, Russellini, amigo mío, resulta que de pronto tu jefe me importa tres

pepinos. Y te aconsejo que pidas el traslado a otro departamento. A mí no me gustaría trabajar para un tío capaz de ponerme tan nervioso como estás tú en estos momentos.

Hubo una pausa y después se oyó otra voz.

—¿Es el jefe de policía Balzer? Aquí el superintendente Rilkin.

—¡Vaya, tenía que habérmelo figurado, Russell! Me llamo Balzic: B-A-L-Z-I-C. Y el oficial jefe que obliga a un oficial inferior a él en rango a hacer una llamada como la que ha obligado a hacer a Russell es un abusón. Hacer que un hombre haga una llamada y quedarse allí delante como...

—Óigame una cosa, Balzer.

—¡Balzic! ¡¡Balzic!! ¡Tan sordo como abusón!

—Balzer, ya puede encomendar su alma a Dios, porque ha puesto el culo a mi disposición.

—Aunque fuera el mejor día de su vida y el peor de la mía, el culo seguiría siendo mío... y la verdad es que se me está acabando la paciencia. Seguramente a usted le encantaría, pero a mí no me joda más.

—Oiga usted, payaso de mierda, ¿tiene alguna idea del número de personas que conozco después de pasarme veinte años en el servicio federal?

—¿Tres?

—Usted es un guasón hijo de...

—¿Dos? Me rindo. ¿Cuántas?

—En este estado la administración es republicana, Balzer. Usted ha echado por la borda una importante investigación sobre narcóticos. Tres meses de trabajo...

—¡Jesús! ¿Todo ese tiempo? ¡Uy!

—... y ahora me ha asustado a los tíos...

—Oiga, Rumplerilkin^[4], si sus chicos no pueden vigilar a un hatajo de maleantes que mueven droga en camiones alquilados en un cruce donde no hay más que cuatro comercios quiere decir que tanto usted como su personal necesitan volver a la escuela y pedir que les pasen unas cuantas películas para desasnarlos.

—Balzer, quiero hacerle una advertencia. Acaba de ganarse un enemigo. Y yo soy un mal...

—Lo sé, lo sé, usted es un mal enemigo, Rilkin, pero si todos los enemigos son tan imbéciles como usted, seguro que no voy a tener ningún problema. Oiga, dicho sea de paso, ¿sabe que donde yo trabajo hay ocho mil votantes registrados? Me parece que hay unos setecientos republicanos. ¿Cómo está la administración en Harrisburg? Oiga, Rilkin, hágame un favor. ¡Tenga un ataque de nervios!

Balzic volvió a colgar el aparato del gancho y bajó el volumen de modo que no le llegara ninguna llamada más.

Balzic, sentado en el coche y mirando a través del parabrisas sin ver nada, pensó que había hecho un bonito trabajo. Había hecho un trabajo verdaderamente esmerado: había mandado al cuerno a un imbécil, se había dado un buen gustazo y había metido a su amigo Russell en un brete con su jefe. Tres a uno. Y podía dar gracias a Dios de

que a lo mejor no tendría que ver en la vida al superintendente Rilkin, pero Russell estaba delante de él en estos momentos y él sabía que había sido Russell quien le había dicho adonde podía ir, quien le había pedido educadamente que no se mezclara en aquella investigación y pese a todo, él se había metido en ella en virtud de unas razones que no sabía explicarse... y ahora su amigo estaba allí pasándolas moradas.

—¡Está pero que muy bien! —dijo Balzic en voz alta dirigiéndose al volante.

Subió el volumen de la radio y llamó a Royer para pedirle que le diera las letras del monitor base de Russell. Al recibir respuesta, preguntó por el superintendente Rilkin sin identificarse.

La conexión fue inmediata.

—Aquí Rilkin.

—Soy Balzic.

—No tenemos nada que decimos, Balzer.

—Sí, tenemos algo que decirnos. Yo he abusado de la amistad con el oficial Russell. Quiero excusarme por esto, ante él y ante usted.

—Ya sabe dónde puede ponerse las excusas.

—Las pongo donde corresponden. El oficial Russell no debe ser considerado responsable de mis actos. No debe ser considerado responsable en ningún aspecto.

—Usted no tiene que decirme a quién tengo que considerar responsable, porque usted a mí no tiene que decirme nada. Lo dicho anteriormente sigue en pie. Usted se ha hecho un enemigo y Russell ha cometido un error. Y yo haré lo que corresponde en ambos casos.

A continuación se oyeron parásitos.

Balzic volvió a colgar el aparato del gancho, salió del coche y miró el cielo, gris y encapotado hasta el punto de que daba la impresión de que era otoño y no finales de primavera. Del sudoeste soplabla una brisa fresca. Había bajado la temperatura y las hojas de los árboles volteaban y giraban la parte inferior hacia arriba. Balzic calculó que llovería dentro de una hora. Su cabeza estaba rebosante de imágenes contradictorias, entre las que destacaba como más vívida una inundación repentina que anegaría las oficinas de la Oficina de la Ley contra la Droga y de la que se salvaría todo el mundo salvo el superintendente Rilkin. Rilkin se vería arrastrado por las aguas hasta un albañal, donde sería atacado por una pandilla de demócratas furiosos, sobrecargados de peso, poseídos por el frenesí creado por una ración de largas semanas de anfetaminas, conseguidas mediante recetas falsificadas.

—¡Uf! —dijo Balzic en voz alta.

No era a un tablón a lo que se había agarrado para salvarse sino a algo totalmente inconsistente y verdaderamente insignificante.

Se dirigió calle abajo hacia la casa del padre de Frances Romanelli, Mike Fiori. Sabía que se encontraba dos casas más abajo de la casa de Frances Romanelli, pero

no podía recordar si estaba en el mismo lado de la calle o en el lado opuesto. Sabía que lo sabía, pero seguía viendo mentalmente a Rilkin despedazado por unos demócratas gordos que hablaban muy aprisa para avisarse de que no había que dejar ni un solo hueso en su sitio.

Balzic dio unos golpecitos en la puerta y esperó. Había escogido la casa que estaba en el mismo lado que la de Romanelli y sabía que había acertado porque hasta él llegaba una música de polca que salía de una radio. A Mike Fiori le encantaban las polcas. Su predilección por las polcas era conocida de todo el mundo. Le gustaban tanto cuando era más joven que estaba asociado a todos los clubs eslavos de Rocksburg solo para tener ocasión de bailarlas y siempre andaba a la greña con la banda de Los Hijos de Italia porque no tocaban las polcas que él quería o porque no tocaban suficientes.

Balzic borró por fin de sus pensamientos la imagen del superintendente Rilkin agonizando a manos de unos demócratas químicamente euforizados para pensar en cómo era Mike Fiori cuarenta años atrás, cuando movía los pies con toda su exuberancia al ritmo de la tuba y el tambor y a los sonos de la trompeta, el clarinete y el acordeón.

La blancura del cabello de Mike Fiori cogió por sorpresa a Balzic y lo obligó a tartamudear cuando el viejo abrió la puerta. El viejo solo abrió la puerta el resquicio suficiente para mostrar un ojo a Balzic. Como sonido de fondo, por detrás de la espalda del viejo susurraba y zumbaba tranquilamente una polca.

—¿Quién es usted? —dijo la profunda voz de Fiori, un poco chillona por la edad y algo jadeante por todos los años pasados respirando polvo de carbón.

—Mario Balzic.

—¿Y qué quiere?

Balzic todavía tartamudeó más que antes.

—Quiero verle.

—Ya me ve. ¿Y ahora qué quiere?

—Oiga, señor Fiori, ¿se acuerda de mí?

El viejo abrió suficientemente la puerta para mostrar ambos ojos. No parecía complacido, ni siquiera curioso, ante la presencia de Balzic. Y Balzic, aunque en aquel momento no habría podido decir cómo esperaba que lo recibiese después de tantos años, no estaba preparado para aquella acogida.

—Oiga, señor Fiori, mi padre era... mi padre venía aquí muy a menudo, ¿sabe usted?

—Lo sé.

—Yo pensaba que había varias cosas de las que podíamos hablar... y me figuraba que me recordaría...

—¿Vende alguna cosa?

—No, no, no. No vendo nada. Solo he venido a hablar.

—Mañana; ahora me voy a dormir.

Balzac miró el reloj y vio que eran poco más de las ocho. ¿O era que se había parado el reloj? Se lo acercó a los ojos y vio que la segundera hacía su habitual recorrido.

—Usted... ¿se encuentra bien, señor Fiori?

—Sí... cansado. Vuelva mañana. Entonces hablaremos. Adiós. Y cerró la puerta.

Balzac no pudo por menos de hacerse la reflexión de que, aunque no sabía exactamente qué se esperaba, debía reconocer que no era ciertamente aquella recepción. Y se rascó la nariz. Ya iba a marcharse cuando oyó que aquella polca que había escuchado reducida a un murmullo y a un compás rítmico en el momento en que Fiori le había abierto la puerta volvía a oírse ahora al mismo volumen del momento en que Balzac se había acercado a la puerta.

—¿Es que quiere tomarme el pelo? —se dijo Balzac en voz alta.

Volvió a llamar y nuevamente la música bajó de volumen, pero ya no se percibió ningún otro ruido, ni hubo pisadas que se acercasen a la puerta ni ningún otro sonido.

Balzac dio otros golpecitos más.

La radio se paró y se apagaron las luces.

Balzac se encogió de hombros y pensó que probablemente el viejo se había ido a la cama tal como le había dicho y que a lo mejor había subido el volumen de radio sin querer. Pese a todo, había visto algo extraño en la manera como lo había mirado el viejo.

Balzac se apartó rápidamente del pequeño porche cuadrado de cemento y subió calle arriba por uno de los lados, lejos de la vista de la casa. Después se introdujo entre la siguiente casa y la de Frances Romanelli y fue a parar por aquel camino a la parte trasera de la casa de Mike Fiori. Se acercó a la puerta trasera, vio que no había ninguna luz y siguió bordeando la parte lateral cuando de pronto vio una luz reflejada débilmente sobre la hierba y los arbustos de hoja perenne que crecían a un lado. Se dirigió entonces a la ventana y oyó la música de la polca con la misma potencia que la primera vez. Se aproximó más a la ventana y a través de unas cortinas amarillas desteñidas y sucias vio al viejo, que no se preparaba precisamente para meterse en la cama. Balzac se sintió estúpido y al mismo tiempo enfadado, aunque a punto estuvo de hacer algo que lo habría convertido todavía en más estúpido. Se frenó a tiempo cuando ya iba a llamar a la ventana. No sabía qué hacer, pero sí sabía que lo último sería llamar a la ventana del viejo y perturbar su paz, puesto que allí, en su salita, bajo la luz débil y al son de la música puesta a todo volumen, Mike Fiori estaba bailando una polca con una imaginaria pareja.

El viejo bailaba de espaldas a Balzac, mientras este sentía que su enfado y su estupidez iban desvaneciéndose lentamente y se transformaban en vergüenza al darse cuenta de que se estaba comportando como un vulgar mirón. Peor aún, puesto que los mirones suelen observar a personas que viven en el momento presente, mientras que Balzac está allí de pie, absorto en el recuerdo de lo que había sido una pasión del viejo. Se apartó rápidamente de la ventana, antes de que el viejo se diera la vuelta y lo

atrapara con la boca abierta y cubierto de vergüenza por haber sorprendido al anciano en uno de sus momentos de mayor intimidad.

Balzic se apartó cautelosamente de la casa y se quedó a un lado de la calle pensando qué haría. Tenía preparadas un montón de preguntas para el viejo relacionadas con su yerno pero, a menos que Mike Fiori se hubiera ablandado mucho con el paso de los años desde la última vez que había tenido tratos con él, Balzic sabía que cuando le había dicho que volviera mañana, quería decir que volviera mañana. No por nada había dicho de él que era como una roca. A aquel viejo no había nada que lo arredrara. Nadie lo había hecho vacilar en los años de organización del sindicato y lo más probable es que nadie consiguiera hacerlo vacilar ahora. Tal vez el carácter de un hombre se revelaba con mayor lentitud con el paso de los años, pero seguramente no debía de ser muy diferente a los ochenta que a los cuarenta o cincuenta. Si el viejo le había dicho que volviera mañana, no quería decir que se colara a hurtadillas por la parte trasera de la casa y se dedicara a espiarlo por la ventana.

Decepcionado por el encuentro con Mike Fiori, Balzic acabó por encogerse de hombros, ya que no podía hacer otra cosa, y encaminarse hacia el coche. Súbitamente se había sentido hambriento, aunque no era hambre de comida lo que sentía, sino hambre de la compañía de su familia. Le habría sido imposible recordar cuándo había bailado por última vez, pero por lo menos podía volver a su casa, abrazar a su mujer y dar unas cuantas vueltas por la cocina teniéndola en brazos.

Balzic encontró la casa vacía y una nota en la mesilla baja junto al televisor. Decía:

Mario, tu madre ha ido al Bingo de Hose Co. n.º 1. Emily ha ido a dormir a casa de Dome Brooks y Marie está conmigo en el cine del Mall. Hay tallarines verdes y ensalada de atún en el frigorífico. Volveré probablemente a las once y cuarto. Por si te interesa, juegan los Piratas en la tele. Todo lo demás es porquería y reposiciones. Marie ha dicho que el mundo entero es como una reposición y tu madre se ha enfadado mucho con ella. He tenido que hablar con todo el mundo para arreglar la situación. Mamá no es de las que se quedan atascadas en el túnel. ¡Ja, ja! Anoche lo ampliamos. He sacado la basura de los *panties*. ¿Sabes qué parezco? ¿Tienes los ojos azules o de color marrón?

La próxima vez me casaré con un pediatra. Así, cuando no tenga con quien hablar, me dedicaré a contar dinero.

S/La esposa».

Una noche como tantas, se dijo Balzic. Guerra de nervios. Muchos codazos y muy pocas almohadillas. Gente que se siente atacada en su vanidad se escapa a través de la puerta. Asegúrate de que el fogón está cerrado, de que las ventanas están atrancadas, de que todo el mundo ha montado en el bote salvavidas... ¿En qué ha quedado el día? ¿Qué he comido? ¿Dónde he comido? No he comido. ¿He cenado? No he cenado. ¿He hablado con alguien que me quisiera? Ni siquiera me acuerdo de si Ruth estaba despierta esta mañana cuando he salido de casa. Hace un momento que sentía hambre de familia. Ahora solo siento hambre... Hay tallarines verdes y

ensalada de atún en el frigorífico. ¡Dios mío, me pirran los tallarines verdes y el atún y los tomates y las aceitunas maduras y todo lo que hay aquí!... iba pensando Balzic mientras cogía el cuenco grande de cerámica del estante de arriba de la nevera, lo dejaba en el mostrador de la cocina y cerraba la puerta de la nevera con el pie. ¡Mira qué bien! Vinagre, aceite de oliva, ajo... ¡muy bien!... el maldito clavo triturado... las escaloñas trituradas... un poco de sal y pimienta y no hay mejor cena fría en toda la ciudad esta noche... ¡Uy, y el vino!, ¡también el vino! Si uno no puede abrazar a su mujer, por lo menos puede abrazar la cena...

Balzic se sentó a la mesa de la cocina, cortó unas rebanadas de pan, se sirvió una copa de vino blanco de mesa Mondavi de un botellón grande, suspiró, se puso de pie, se sacó la chaqueta y la corbata y comenzó a comer, lentamente y poniendo los cinco sentidos en la labor.

Así que hubo engullido un bocado de tallarines verdes —¿cómo llamaba Ruth a esa ensalada? ¿Primavera de atún? Bueno, ¿por qué no?—, así que hubo engullido un bocado de tallarines verdes, pegó un mordisco al pan, lo masticó y se lo tragó antes de tomar un sorbo del Mondavi blanco. ¡Vaya vino, santo Dios! Un vino sin pretensiones ningunas, pero déjalo que se quede en la lengua y que haga de las suyas... Cuando te mueras, Balzic, ¿me oyes?, ¿estás por lo que digo?, cuando mueras, que tengas a tu lado un buen plato de comida auténtica y un vaso de vino importante. Un vino simple y directo, ¡delicioso!

Mientras comía y bebía, los ojos de Balzic solo estaban abiertos en parte. El mundo estaba visualmente turbio, pero para su nariz y para su lengua no podría haber estado más claro.

Dejó de comer cuando todavía tenía un poco de hambre. No siempre tenía ocasión de hacerlo, pero durante la última semana se había sentido los pantalones un poco apretados y comprendía que había que hacerlo. Dejó el plato, el tenedor y el cuchillo en el fregadero, se sirvió otro vaso de Mondavi y se llevó la botella y el vaso a la sala de estar. Puso el canal de televisión que daba el partido de los Piratas, pero quitó el sonido. El béisbol le encantaba, pero los que se ponían delante de los micrófonos y pretendían explicar a la gente lo que estaba bien y lo que estaba mal le ponían los nervios de punta.

El béisbol era habilidad y tiempo ilimitado —por lo menos, teóricamente, es decir, si se descontaban los desplazamientos y las ciudades que todavía tenían las estúpidas leyes que reglamentaban los juegos en domingo— y análisis constantes y estimaciones sobre lo que tendría que ser o lo que podría haber sido pero, por encima de todo, para el corazón de cualquier policía, era el epítome de la justicia instantánea. No se lanzaba un solo tiro que no fuera juzgado inmediatamente. Ni tampoco un golpe lateral, un pelotazo, un corredor que intentase avanzar una base o volver a una base, una recogida o un lanzamiento de pelota, una decisión del lugar elegido para lanzarla. La justicia se hacía de manera rápida y segura y, salvo en casos raros, la justicia era irrevocable. Y era administrada por unos hombres vestidos de azul...

salvo en la maldita Liga Americana, refunfuñó Balzic para sus adentros, donde había algunos payasos que consideraban perfecto que los árbitros llevaran una chaqueta de falso color borgoña. ¡Un verdadero asco! Tan asqueroso como los colores que habían llevado los Piratas los últimos dos años. Camisas negras. Pantalones negros. Camisetas amarillas. Pantalones amarillos. ¡Calcetines amarillos! ¡Dios todopoderoso! La ropa de béisbol no había vuelto a ser lo mismo desde que aquel imbécil compró el equipo de la Costa Oeste y le obligó a llevar zapatillas blancas y camisetas verdes. ¡Verdes! La única cosa verde que cuadra con el béisbol es la maldita hierba. ¡Pero hierba, no alfombras verdes! ¡Hierba de verdad!

Y como uno no saque el sonido y deje callados a los de los micrófonos, no oye más que los malditos anuncios: el día del casco, el día de la camiseta o el día del bate o el día de la fotografía, el día del premio, o el día de los fuegos artificiales o el día del baile o el día del poncho o el día de las señoras o el día de los niños o el día de los ciudadanos de edad avanzada o el día de esta ciudad o la noche de esta ciudad. ¡Anuncios, anuncios y anuncios! Esos hijos de puta no se limitan a hablar del partido. No. Siempre andan charlando de esto, metiéndose con aquello y tienes suerte si cada media hora te dicen, por lo menos, la puntuación del momento. A veces incluso no se equivocan.

Balzic tomó más vino y miró el partido y al final se quedó en una especie de duermevela, reclinado en la butaca, y no oyó regresar a su familia. Soñó en un día de 1971 en que Mike Cuéllar lanzó la pelota al bateador Roberto Clemente y el zurdo Cuéllar hizo el mejor lanzamiento, bajo y distante, al diestro Clemente, esperando ver una pelota a ras de tierra para el segundo base, porque este tenía que haber sido el resultado, solo que en la base no había una persona cualquiera, sino Clemente, que pegó perfectamente aquella pelota con un golpe maestro que la envió a la pared central. La cara de Cuéllar era inolvidable. ¡Justicia instantánea! Solo a veces la cosa era mucho más complicada de lo que parecía a primera vista. Balzic lo había sentido por Cuéllar, porque Cuéllar había hecho lo que se suponía que tenía que hacer, pero todo se había vuelto contra él. Había dirigido el golpe exactamente hacia el sitio donde sabía que podía conseguir el máximo y no lo había logrado. Justicia instantánea. A veces uno hacía las cosas absolutamente bien y le salían absolutamente mal. A veces lo único que podías decir es que, con tus mejores esfuerzos, solo conseguías fastidiarte.

Pronto el sueño de Balzic pasó de Cuéllar a un sueño profundo en el que este se transformó en una figura plateada que estaba en una especie de tempestad y en la mano de aquella figura plateada había una copa de plata sin fondo dentro de la cual caía una lluvia de monedas de plata que entraban en la copa de plata y salían por debajo de ella. Daba la impresión de que aquella figura plateada se abría paso con grandes trabajos, puesto que apenas se movía, mientras la tormenta seguía sin parar y las monedas continuaban cayendo a través de aquella copa de plata que no tenía fondo...

Balzic se despertó al oír la voz de una mujer preguntando en qué situación se encontraba la Enmienda por la igualdad de derechos en el oeste de Pensilvania. Lentamente fue abriendo los ojos y se dio cuenta de que las imágenes que tenía ante los ojos no eran un sueño, sino que procedían del televisor. Se incorporó sobresaltado al ver la hora que era en el reloj colocado sobre el televisor. El sonido estaba muy alto.

Balzic miró a su alrededor y vio a su madre sentada en el sofá, con su bata de felpa, los pies levantados y sonriéndole de una manera que no tenía nada de amable.

—No me preguntes por qué no te he despertado —dijo su madre—, porque estoy tratando de despertarte desde las siete y media.

—¡Oh, madre mía, santo cielo!... —dijo Balzic poniéndose de pie y restregándose los ojos con los nudillos.

—¡Eh, nene! ¡Cuidado con lo que dices! Yo no tengo ninguna culpa de que te bebieras todo el vino. Lo has hecho tú, así que no vengas con reclamaciones.

—¡Oh, mamá! ¿Cómo es que me has dejado dormir? ¿Por qué no ha venido nadie a despertarme?

—Oye, mira la botella. Ruth quería tirarla, pero yo no la he dejado. No, no, que lo vea, que vea lo borracho que es, lo que es capaz de tragar. ¡Dios mío, si es que es una botella de las grandes! ¿Has dado una fiesta o qué? ¡Qué va! ¡Nada de fiesta! ¡Tú solito! ¿Cómo tienes la cabeza? ¿No te ha estallado todavía? ¿No ha hecho pum?

Balzic se pasó la lengua por los labios, se rascó la cabeza y, metiendo todos sus pensamientos en ella, se puso de pie. Contempló la botella enorme y vio que estaba vacía. Y aunque la cabeza no estaba del todo a punto de hacer ¡pum!, pensaba que a lo mejor hacía ¡puf! Como no se metiera inmediatamente debajo de la ducha caliente, los senos del cráneo le provocarían una hinchazón en el interior de la cabeza que solo podría aliviar reventándose un tímpano y dejando que los sesos se le desparramaran por el suelo.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó.

—¡Vaya! ¿No lo sabes, verdad? Bonito marido estás hecho, bonito padre...

—¡Vamos, mamá! ¡Déjalo ya! ¿Dónde está todo el mundo?

—¡Esto sí que está bien! ¡Déjalo ya! Bonita manera de hablar es esta. Ayer te pasas el día entero fuera de casa y anoche te bebes todo el vino. Después, claro, al día siguiente no te puedes levantar, no sabes dónde está nadie y a mí me hablas de mala manera.

Su madre sonreía: era una mujer lista, alegre, aunque hoy había en ella un resentimiento contra él que lo empujó fuera de la habitación sin añadir nada más.

En realidad, todo era muy sencillo: ya había podido ser presidente, que si por las mañanas se despertaba con resaca y no se ponía a trabajar a la hora debida, quería decir que era peor que un vagabundo. Todo hombre que se respeta y que se preocupa un poco de su familia no solo va a trabajar todos los días sino que va a la hora que

tiene que ir. Nada de presentarse tarde al trabajo porque uno es el jefe. Todos los jefes tienen un jefe, esto lo sabe todo el mundo. Todo el mundo tiene que responder ante alguien. ¿Y cómo va a responder uno si resulta que tiene lengua de trapo porque lleva encima una resaca?

Bueno, con un poco de suerte, uno puede tener una madre que acude a tu lado, sube el volumen del televisor para despertarte cuando falla todo lo demás. Y si tienes un poco más de suerte, la madre de uno insistirá en dejar los envases vacíos a la vista para que puedas contarlos. Y si uno, encima, tiene un día bueno, la madre de uno le dejará salir solo con unos ligeros reveses a la propia vanidad.

Balzic pensaba intentarlo una vez más. Mientras se quitaba la ropa, volvería a hacer una vez más la pregunta: volvería a preguntar dónde estaba todo el mundo. Sabía dónde estaban sus hijas, pero no sabía dónde estaba su mujer. Ya iba a hacer nuevamente la pregunta cuando oyó que su madre decía:

—¿Decías algo?

—No, mamá, no he dicho nada.

—¿Cómo?

—Nada, mamá, nada. Voy a lavarme.

Balzic ni se molestó siquiera en pasar por el ayuntamiento. Llamó al sargento de servicio Vic Stramsky a través de la radio del coche y le dijo que iba a casa de Mike Fiori para hablar con él y que si alguien de la reunión del segundo piso quería saber dónde estaba, dijera una mentira.

—¿Qué clase de mentira? —preguntó Stramsky.

—Las sencillas son siempre las mejores —dijo Balzic, mientras continuaba en dirección a la casa de Mike Fiori.

Balzic tenía que ordenar varias cosas en su cabeza y, mientras no consiguiera ordenarlas, no podría tratar con Frances Romanelli. Nadie podía ayudarle tanto a ordenarlas como el padre de Frances. Aparte de esto, Balzic se sentía confuso y, aunque no quería admitirlo, también se sentía dolido por la manera como el viejo lo había tratado la noche anterior. A esto se añadía un vago remordimiento por no haber cultivado una amistad que había sido tan importante para su padre y el hecho de que no tenía ninguna pregunta en relación con los motivos que lo llevaban a ir al sitio al que iba.

Por lo menos no hubo preguntas hasta que se encontró delante de la puerta frontal de la casa de Mike Fiori y no obtuvo ninguna respuesta a su llamada. De pie ante la puerta, desplazando el peso del cuerpo ahora sobre un pie ahora sobre el otro, Balzic miró a su alrededor y de pronto se sintió rebotante de preguntas, la principal de las cuales era por qué daba tanta importancia al hecho de que hubiera desaparecido un marido, que probablemente no podía considerarse más desaparecido que el propio Balzic. Podía ser un irresponsable, una persona falta de madurez, un cínico, un idiota,

pero ¿desaparecido? No era probable.

Balzic pensó que debía enfrentarse con la realidad. No había nada que no fuera capaz de hacer, con tal de poder escapar de aquellas malditas negociaciones del sindicato.

Después de la tercera serie de llamadas, Balzic se apartó del pequeño porche frontal y se dedicó a atisbar por las ventanas. Al dar la vuelta a la casa y pasar a la parte trasera de la misma, solo girar el ángulo supo al momento por qué el viejo no contestaba a la puerta: estaba en el huerto que tenía en la parte de atrás de su casa, con el azadón en la mano, cavando de manera regular y constante la tierra, entre varias hileras de pimientos.

La parra seguía en el mismo sitio, castigada por el paso del tiempo y un poco ladeada, pero aquella mesa de pino y los bancos que Balzic tenía impresos en la memoria habían desaparecido y habían sido sustituidos por una mesa de madera de secoya y unas sillas metálicas de formas dispares. No le hacía falta cerrar los ojos para crear de nuevo la escena: su padre y Mike Fiori sentados uno frente al otro, las camisas blancas arremangadas, los pantalones oscuros y abombados subidos hasta la rodilla a causa del calor, los calcetines blancos y las botas negras de media caña y los sombreros de paja, de un tono blanco amarillento, manchados de sudor y con el ala bajada sobre los ojos para protegerse del sol.

Alrededor de la parra revoloteaban abejas, y también alrededor de los dondiegos de día que crecían junto a ella y, por encima del zumbido que emitían, circulaban las palabras. Sobre la mesa había el vino tinto hecho en casa y el pan, además de los pimientos adobados que encendían la boca y el estómago...

—¡Oiga, oiga! ¿Y usted qué quiere?

—¿Cómo?

—¡Usted! ¿Qué le pasa? ¿Qué quiere?

El viejo se había apoyado en el mango de la azada y se secaba la cara con un enorme pañuelo azul y blanco. Si ya era difícil entender lo que decía, el problema todavía se agravaba con su costumbre de masticar hojas de tabaco.

—Pues he venido a hablar con usted.

—¡Venga, pues!

El viejo se encogió de hombros, escupió y se puso el pañuelo en el bolsillo trasero de sus pantalones de peto. Aunque a aquella hora de la mañana la temperatura apenas debía de sobrepasar los quince grados, no llevaba camisa.

—¿Quiere hablar? ¡Pues hable! ¡Acérquese!

Balzic se acercó al viejo y notó que la desconfianza iba desapareciendo. No sabía por qué eran tan intensas las emociones que sentía, pero era un hecho que existían. Cada paso que daba para acercarse al viejo le provocaba un nuevo acceso de emoción. Cuando se encontró a cinco o seis pasos del viejo le fue preciso detenerse. Uno o dos pasos más y habría perdido todo el dominio de sí mismo y se habría puesto a sollozar como un niño. ¡Cuántas veces había estado aquí con su padre! Aquella

emoción que se le agarraba con fuerza al pecho y a la garganta era la que había refrenado todas las veces que había encontrado a faltar a su padre...

—Bueno, ¿qué demonios quiere? No, ¿no va a decir nada? ¿Sí? Va a decir algo. ¿Qué quiere?

Balzic tragó saliva varias veces y se aclaró la garganta. Miró directamente al viejo y se concentró en él.

—Quiero saber si de veras me recuerda.

—Primero dígame quién es y después yo le digo si lo recuerdo. ¿Vale?

—Soy Mario Balzic y solía venir aquí con mi padre. Ustedes dos se sentaban aquí, debajo de la parra, y comían pimientos, bebían vino y hablaban del sindicato.

—¡Oh! ¡Uh! Mario Balzic... ¡Uh! Fui al entierro de su padre. Lo sé. ¿Y usted qué? Usted era un niño. Después ya no vino más por aquí. Después de que él muriese... ya no volvió nunca más. Y ahora viene. ¿Para qué? ¿Por vergüenza?

—¿Por vergüenza? ¡No! ¿De qué tengo que avergonzarme?

—¿De qué tiene que avergonzarse? ¿Eh? De qué no tiene que avergonzarse. Es el hijo de su padre, ¿no?

El rostro del viejo se dulcificó, como si fuera a sonreír. Pero no sonrió.

—No le entiendo.

—Muy bien, no me entiende. Por eso no ha venido nunca. Tenía miedo de echarse a llorar. Como ahora, cuando se me ha acercado... por poco se echa a llorar. Se avergüenza de llorar. Por eso no ha venido nunca... no cuesta entenderlo. Está bien. De todos modos, le perdono. Buena razón, mala razón... ¡Le perdono!

—Me parece que no lo entiendo.

—¡Mierda! Ahora se hace el tonto, ¿o qué? No me venga con comedias. Soy demasiado viejo para comedias. ¿Que no me entiende? Pues piense un poco y pronto lo entenderá.

Balzic clavó la mirada en el suelo y trató de concentrarse. No era fácil. Aquel viejo siempre había sido una presencia poderosa. No convenía que Balzic se sintiera intimidado y, si no se desembarazaba pronto de aquella sensación, no estaría en condiciones de hacerle ninguna pregunta.

—Señor Fiori... Señor Fiori, tengo que hacerle unas cuantas preguntas. Yo...

—¿Por qué?

La mirada del viejo era tan directa como su pregunta.

—Señor Fiori, soy el jefe de policía de Rocksburg. Ya se lo dije anoche...

—No, todo lo que me dijo anoche fue que no vendía nada...

—Bueno, pues soy el jefe de policía...

—¿Usted? ¿Jefe de policía? Hijo de puta que soy...

El viejo se sacó el sombrero de paja manchado de sudor y se rascó la cabeza. Se sacó el pañuelo del bolsillo y se secó con él el interior del sombrero y después toda la cabeza.

—¡Vaya!, con que el jefe de policía... ¿Y le gusta eso?

Se miraba el sombrero mientras hablaba, observando de refilón a Balzic. Después volvió a ponerse el sombrero y se guardó el pañuelo, escupió y dijo moviendo la cabeza:

—Y que me figuraba cuando usted era pequeño que no sería jefe de policía...

—¿Qué se figuraba que sería?

El viejo movió la cabeza y escupió.

—No sé... pero no jefe de policía, eso no.

El viejo volvió a mirar a Balzic con una mirada tan escrutadora que Balzic pensó que aquel hombre podía leer en su corazón y le preguntó:

—¿Buen jefe de policía? ¿Eh? ¿Todos iguales? ¿No a este mejor que a aquel y a aquel peor que a este?... ¿Eh?

—Procuro —dijo Balzic—, pero las cosas no siempre funcionan de esa manera.

El viejo sonrió levemente.

—Ahora ha hablado su padre, ¿eh? Su padre siempre veía tres pies al gato en todas las cosas. Se desvivía para que todo saliera como él quería. Yo le decía, cuando había que llegar hasta el final: mira, coge un pico. Esto y esto. No todo el día por aquí diciendo esto y aquello, aquí y allá, no, no. Coge un pico. La mitad está bien y la mitad está mal. ¿Eh? No, no. La mitad que está bien está toda bien. O si no, ¿qué haces? No vas a pegar al amo y darle un palo en la cabeza, ¿no? Esto no se puede hacer. ¿Pararlo? Acabarlo y ya está. El amo te pega a ti y ya está.

El viejo volvió a echarse a reír y volvió a escupir.

—¿Usted pega a la gente en la cabeza?

—Sí, lo he hecho.

—¿Con un palo?

—Sí.

—¿Les pega un tiro?

—No, nunca, todavía no.

—¿No puede disparar?

—No sé, dependería...

—¡Mmm! Dependería... ¡mmm!

El viejo volvió a echarse a reír.

—¿De qué?

Balzic se quedó pensativo un momento y tuvo la impresión de que no estaba a la altura de aquella prueba por la que estaba pasando.

—Dependería de muchas cosas, señor Fiori... en este momento no lo puedo decir.

—¿No lo puede decir? Yo lo puedo decir. Me parece que para ser jefe de policía, se pone las cosas muy difíciles. Me parece que le convendría más ser un poco más tonto, ¿no?

Balzic procuró no sonreír, pero no pudo evitarlo.

—Sí, a veces iría mejor ser un poco más tonto, es verdad.

El viejo levantó la mirada al cielo y después volvió a fijarla en Balzic.

—Bueno, ¿qué quiere saber? ¿Algo sobre pimientos? ¿Eh? ¿Ajos? ¿Lechugas?, ¿eh? ¿Tomates?, ¿eh?

—No, señor Fiori, quiero saber algo sobre su yerno.

—Ya no es mi yerno, ahora es un entendido en tomates.

—¿Quiere repetirlo, por favor? No le he entendido...

—Es un entendido en tomates, ya no es mi yerno, él lo sabe todo, ese lo sabe todo...

—¡Vaya, señor Fiori! Es evidente que no se lleva muy bien con su yerno, pero el hecho es que ha desaparecido y que su hija está un poco asustada, así es que si me puede ayudar...

—¿Ayudar? ¿A qué? ¿A encontrarlo? No, no, está mejor donde esté. Si se ha perdido, mejor no encontrarlo.

—Pero la hija de usted está muy preocupada, señor Fiori.

—Él sabe todo lo que hay que saber de tomates. Este año ha sido la primera vez que ha plantado tomates, nunca había plantado tomates, la primera vez ha sido este año y ahora lo sabe todo. Y usted, usted no ha visto a mi hija desde que era una niña pequeña. ¿También lo sabe todo de ella?

—No, señor, no he dicho esto. Yo...

—¿Qué ha dicho, pues? Dígamelo otra vez.

—He dicho que estaba muy preocupada porque hace un par de días que su marido no para en casa. Ha estado veinticuatro horas seguidas sin aparecer. Después regresó un momento y volvió a desaparecer.

—Está loco.

—Ya entiendo. ¿Y usted sabe adónde puede ir cuando está loco?

—El jefe de policía es usted. Yo cavo la tierra, corto la hierba, me cuido, me levanto temprano, me acuesto temprano, no me preocupo de adónde va el loco de Jimmy, ni de cuándo se va. Yo no soy policía. Usted quizá lo sea, no yo... ¿Le gustan los tomates?, ¿eh?

Balzac asintió con un gesto.

—Sí, claro que me gustan los tomates.

—Quizá si viene dentro de tres o cuatro semanas, tendrá unos bonitos tomates, ¿eh?

—Señor Fiori... tengo que saber... cuándo ha visto por última vez a su yerno.

—Mire usted, los tomates, ¿sabe usted?, no se pueden plantar en el suelo y ya está, crecen solos. No. Hace falta mucho tiempo, mucho trabajo, hay que pensar mucho... sí, hay que pensar mucho. No es fácil. Hace falta tierra... abonos... agua... agua no mucha, buen alimento y buen aire. Se necesita todo esto. Y la luna. La luna es muy importante. Sabe que...

—Señor Fiori, ¿cuándo fue la última vez que vio a Jimmy Romanelli?

—Ya se lo he dicho, yo no soy policía, no lo vigilo. Lo que vigilo son mis plantas, vigilo si crecen. No vigilo nada más.

—Señor Fiori, su yerno está metido en un lío...

—¡Ah, eso es lo que quiere decirme!

—No, no quiero decirle lo que ya sabe. Lo que quiero decirle es lo que no sabe.

—¡Ah, bueno! Pues adelante...

—¡Oh, mierda! Oiga, señor Fiori, ¿quiere escucharme?

—Oiga, ¿fue su padre el que le enseñó a hablar así? El viejo, ¿verdad?

—No, señor.

—Entonces no hable de esa manera. Aquí no hay quien diga tacos, solo yo.

—Sí, señor, pero tiene que contestar estas preguntas...

—¿Por qué?

—Señor Fiori, su hija me ha llamado, está llamando a todo el mundo, porque anda tras de su marido. A veces se pone casi histérica. Pero a quien llama sobre todo es a mí, y a mí me gustaría ayudarla.

—¿Por qué?

—Mire, señor Fiori, porque este es mi trabajo.

—¿Su trabajo es contentar a una mujer cuando su marido no vuelve a casa? Pues no debe parar...

—Oiga, señor Fiori, ocurre otra cosa: es posible que su yerno ande metido en un lío.

—No, él no. El que se mete en un lío es usted, el que pierde el culo es usted. Ya lo verá. Usted quédese en casa y no pasa nada. ¿Cómo es que se ha metido en un lío? Si no sale de casa...

—Sí sale de casa. Y va a un montón de sitios. Y hay otros policías que andan vigilándolo.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué lo vigilan?, ¿eh? ¿Lo vigilan cuando duerme? ¿Vigilan que se le han terminado los cheques del paro? ¿Vigilan que ya no tiene cupones para comida? ¿Vigilan si cuida de su mujer? ¿Qué coño vigilan?

—Vigilan que se ha juntado con gente que compra y vende droga.

—¿Quiere decir que va con esa gente? ¿No?

—Sí.

—Droga. ¿Qué es esto de droga? ¿Qué clase de droga?

—Marihuana.

—¡Ah, hierba!

—¿La conoce?

—He estado en África, en el norte de África. Antes de venir a América. Los moros la fuman. Yo también. Yo era muy joven, trabajaba en un barco. La fumaba...

El viejo se encogió de hombros.

—Hay mucha gente que la fuma, señor Fiori, lo que pasa es que es un delito tener más...

—¡Bah! Esto son capulladas. Es como la Prohibición.

—Señor Fiori, no sé si es como la Prohibición ni sé si está bien o mal, pero lo que

sé es que hay personas que hacen todo lo que está en su mano para que se cumpla la ley y que estas personas no se andan con chiquitas.

El viejo escupió, miró al suelo, estuvo mascando un poquito, volvió a escupir y miró de soslayo a Balzic.

—¡Ummm! ¿Esto me cuenta, jefe de policía? ¿Cuántas veces se figura que he oído esa misma historia en mi vida? Vamos, vamos, dígalo. ¿Cuántas veces se figura que la he oído?

Esta vez le tocó a Balzic mirar el suelo.

—¿Qué pasa?, ¿eh? —preguntó el viejo—. ¿No lo sabe? Pues yo se lo diré. Soy un niño, trabajo doce horas al día, no hay tiempo para comer, ni para lavarse, ni para nada. Unos se lo dicen al amo. Oiga, señor amo, eso no está bien. Y él dice: es la ley. La gente se pelea, se mata, pasan los años y después trabajamos diez horas al día y los niños pequeños siguen trabajando y viene gente y dice al amo: oiga, señor amo, que eso no está bien. Y va el amo y dice: es la ley.

»Y hay más gente que se pelea y que se mata y después solo trabajamos ocho horas al día en lugar de diez y la gente dice que quizá ahora estará bien, pero continuamos trabajando como demonios y entonces John L. Lewis quiere que las cosas vayan mejor y la gente se pelea y se mata y siempre hay un amo que dice: es la ley. Y si rompéis la ley, iremos a buscar a los polis y os romperán la cabeza.

»¿Y sabe una cosa, jefe de policía? Pues que eso es lo que pasa cada puñetera vez. Lo que pasa es que, cuando ya han matado a mucha gente, entonces cambian la ley. Quiero decir que usted ya puede hablar, hablar y hablar hasta que le duela la boca. No pasa nada. Matan a la gente, paran el trabajo. ¡Ah, Dios mío!, aquí ya viene la política. ¡Oh, sí! Si derramas sangre, sale en seguida la política y los discursos. Ya puede apostar que es así. Soy viejo y le digo que siempre lo he visto así. La sangre no asusta al amo. ¡Oh, no! Está acostumbrado a la sangre. Pero asusta al político. Al político no le gusta nada la sangre.

»Y ahora le voy a decir una cosa, jefe de policía. Le voy a dar una lección. El político no quiere ver nunca sangre, porque la sangre es un voto. Quizá quita dinero al amo, quizá mucho tiempo, pero aquí en América el amo solo es un voto. Y el político quiere hacer su trabajo. Por esto quizá le quita dinero al amo, pero tiene votos de todos los demás. Escúcheme bien, jefe de policía.

—Le escucho —dijo Balzic.

—Bien, porque esto lo tiene que saber. Si derramas bastante sangre, puedes cambiar cualquier maldita ley porque el político quiere conservar su trabajo y no hay ningún amo que pueda comprar todos los votos. No, señor. Y da igual que hables de las minas de carbón como de la bebida. Derrama bastante sangre, asusta a la gente, el político tiene miedo de perder el trabajo y en seguida cambia la ley.

—No dudo en absoluto de lo que está diciendo, señor Fiori.

—¿Ah? ¿No lo duda? Está bien.

—Pero hasta que se cambia la ley, hay muchos que salen perjudicados.

—Es lo que le he dicho...

—Pues mire, esta es la parte que no me gusta, porque entonces es cuando me toca actuar a mí...

—¿Supongo que no rompe la cabeza de la gente por cuenta del amo?

—Vamos, señor Fiori, ya he servido en unos cuantos mandatos y nunca he roto las filas de los piquetes. No lo dirá en serio, ¿verdad? Usted que se sentaba allí con mi padre —dijo Balzic señalando la parra con el dedo—, ¿usted me pregunta si rompo la cabeza de la gente por cuenta del patrón cuando hay una huelga?

—Conozco a muchos padres y conozco a muchos hijos —dijo el viejo escupiendo lo que mascaba en la boca y metiéndose en ella más hojas para seguir mascándolas.

—Estoy seguro de que es así, pero yo todavía es la hora que tengo que detener a un líder de los trabajadores y, a menos que no se precipite sobre mí con un ladrillo en la mano, nunca lo haré.

El viejo refunfuñó mientras seguía mascando y removiendo el bulto debajo de la mejilla.

—Pero explíqueme eso de la ley de la hierba y también eso de esos polis que no se andan con chiquitas, ¿eh?

—Es así, no se andan con chiquitas.

—Explíqueme dónde está la diferencia, ¿eh? Dígamelo.

Balzic se encogió de hombros.

—No sé, señor Fiori. Quizá es que todavía no ha muerto bastante gente...

—¡Eso es! —dijo el viejo, rociando de saliva todo alrededor—. ¿Y usted qué va a hacer?

—Precisamente es esto lo que quería explicarle, señor Fiori. Me gustaría ponerme en contacto con los interesados antes de que caigan en manos de esos policías que no se andan con chiquitas.

—¿Porque es su trabajo o porque es la ley?

—Por las dos cosas. Para algunos las dos cosas son lo mismo. No hacen ninguna distinción entre las dos. La ley es su trabajo y su trabajo es la ley.

—Están locos.

—Es posible. Algunos lo están, no lo discuto. Pero los hay que tienen a su yerno entre ceja y ceja. Por eso me gustaría localizarlo. ¿Sabe dónde puede estar?

El viejo volvió a coger el azadón y se puso a cavar de manera regular y llena de fuerza.

—Ese también está loco.

—Bueno, eso no se lo voy a discutir, pero... Señor Fiori, ¿sabe dónde está? Se resolverían un montón de problemas si pudiera hablar con él a solas.

El viejo volvió a dejar la azada.

—Amigo, es usted el hijo de su padre. Es él clavado. Sí, siempre quería hablar con la gente, arreglar las cosas. Sí, señor. ¿Qué daño puede hacer hablar un rato con la gente? Siempre decía lo mismo. ¿Sabe una cosa? ¿Eh?

—¿Qué?

—¿Sabe qué pasa a veces? ¿Eh? Pues que hablar no sirve de nada. La gente te mira, mira cómo se van moviendo los labios, hasta pone la cara que hay que poner, pero no escucha ni una maldita palabra. ¡Nada! Como verdaderos asnos. ¡Hay que darles con un palo!

—Probablemente tenga usted razón, señor Fiori, pero ¿me va a decir o no dónde está su yerno?

—Tomates —dijo el viejo—. Sé dónde están mis tomates y sé dónde están sus tomates. Los míos crecen, pero los suyos ya están acabados. No sé otra cosa.

—Muy bien —dijo Balzic, apartándose del viejo—. Muy bien. De momento me basta con esto. Le veré otro día, señor Fiori.

El viejo no levantó los ojos. Se limitó a mover el mango de la azada a guisa de saludo, un gesto apenas, ni siquiera una interrupción del trabajo que estaba haciendo. Sin embargo el gesto bastaba para Balzic. Era una despedida y quería decir también que podía volver y que, si persistía en hacer el mismo tipo de preguntas, escucharía respuestas que serían más o menos como las que acababa de escuchar.

Durante tres días y dos noches la vida no se mostró amable con Balzic. Su madre le recordaba como mínimo una vez en cada ocasión que se veían que había vaciado aquella botella de vino. Los negociadores del segundo piso del ayuntamiento le hacían notar continuamente que llegaba tarde o que se mostraba porfiado o indiferente o insolente u hostil o mudo. Sus hombres solo le hablaban cuando él les hablaba, porque la mayoría de las veces se mostraba porfiado, insolente, hostil o mudo. Vinnie, el camarero de Muscotti, y otros clientes del bar respondían a sus gruñidos y regaños con gruñidos y regaños de cosecha propia o hacían como que lo ignoraban. Sus hijas parecían haberse desvanecido, pese a que Ruth le aseguraba que se encontraban perfectamente y que le mandaban saludos. Ruth pensaba que quizá había llegado el momento de bajar las contraventanas para protegerse contra una posible tormenta, de salir a cenar los dos juntos a un restaurante o de ir a un motel con piscina a pasar un final de semana y olvidarse de todo.

Mary Frances Romanelli no sabía qué decirle, pese a que llamaba a la comisaría como mínimo una vez cada hora e incluso tenía un despertador a punto para no olvidarse de hacerlo. No estaba segura de nada, salvo de una cosa: su marido seguía desaparecido y en los últimos cuatro días solo lo había visto un par de horas. Sobre este particular estaba más que segura y tras cada minuto que pasaba estaba más segura de que algo debía de haberle ocurrido. No sabía qué había podido ser, pero que algo le había ocurrido era seguro. Estaba tan segura de que le había ocurrido algo como confundida con respecto a lo que podía ser y tan confundida en términos generales sobre la extraña dirección que había tomado su propia vida que hacía tres días que no salía de casa. La calle la aturullaba y dentro de las cuatro paredes de la

casa de su marido ya tenía confusión bastante para tratar de afrontarla.

En cuanto a Mike Fiori, de lo único que hablaba con Balzic era de tomates. En las tres conversaciones que Balzic había sostenido con él en el término de tres días había acabado por desistir de hablar de Jimmy Romanelli y se había visto arrastrado a un curso sobre el cultivo de la tomatera. Balzic se vio convertido en oyente de conferencias sobre la mejor manera de cultivar tomates con sabor a tomate y no bolas de barro rojo que unos ladrones y unos perversos vendían en invierno a los incautos.

De no haber resultado decepcionante o de haber sido otra persona que no fuera él el protagonista de la historia, podría haber sido divertido, pero no ocurría a otra persona y no era divertido, sobre todo cuando Balzic recibió una carta certificada de Harrisburg, escrita en papel especial con el sello de la mancomunidad y firmada por una persona del despacho del fiscal general de la que no había oído hablar en su vida, en la que se le decía que, aunque no era «... una reprimenda oficial ni debe ser considerada desde este ángulo, se ha sabido que usted, Mario Balzic, jefe del D. P. de Rocksborg, ha comprometido seriamente una importante investigación que estaban llevando a cabo los agentes de la Oficina de la Ley contra la Droga con su negligencia frente a los procedimientos ortodoxos y su flagrante falta de respeto al departamento y personas del superintendente Warren Harding Rilkin, agente encargado del Distrito Sudoeste...».

Eran alrededor de las seis de la tarde del tercer día de aquel período de tres cuando Balzic fijó la carta con chinchetas en el tablón de anuncios de corcho situado junto a la caja de armas. Dio un paso atrás y la contempló a distancia, primero observándola despectivamente, después sonriendo tristemente y, finalmente, mirándola con una aprobadora sonrisa en honor de su propia persona y de su labor. No era frecuente que una persona recibiera una reprimenda que, de hecho, no era oficial ni debía ser considerada desde este ángulo, pese a ser una carta de no-te-sacamos-el-ojo-de-encima, por lo que todavía podía sentirse agradecido de disponer de un tablón de anuncios y de chinchetas. Después de todo, había muchísima gente que recibía cartas como aquella y no tenía ocasión de exhibirlas en ninguna parte, ya fuera por carecer de chinchetas o de capacidad para usarlas. Y cuando ocurrían ese tipo de cosas solo había un sitio para poner una carta como aquella: en el centro de la propia espalda, después de dibujar en ella un blanco.

Parecía que Balzic estaba perdiendo la noción del tiempo. No comía con regularidad pero, además de no comer con regularidad, dejaba de comer con su familia. Se distraía de comer con la gente a la que quería y, por culpa de esto, tenía la sensación de que el tiempo se le escapaba de las manos. Al parecer, lo único en que pensaba era en evitar las negociaciones del sindicato por un lado y en tratar de apaciguar la persistente y aún creciente angustia de Frances Romanelli por otro. En el centro de todo se erguía la imponente figura de Mike Fiori, con sus piernas arqueadas, evidentemente tan omnipresente y ominosa como las negociaciones del sindicato, la cual recordaba a Balzic, cada vez que pensaba en el personaje, la

importancia de un sindicato. Balzic se sentía dividido entre su necesidad oficial de desvincularse del sindicato al que pertenecían sus hombres y su necesidad personal de saber que eran tratados adecuadamente, y cada vez que pensaba en el sindicato de la policía pensaba en Mike Fiori e inmediatamente después en su padre y en las luchas del sindicato. Y lo que todavía empeoraba más las cosas era que cada llamada telefónica de Frances Romanelli, cada ruego que esta le formulaba con respecto a que la ayudara retrotraía a Balzic al padre de esta y a sus propios esfuerzos para arrancarlo de sus peroratas sobre el huerto y los tomates. Cada vez que Balzic mencionaba el nombre de Jimmy Romanelli el viejo pasaba a referirse directa o indirectamente a los tomates y de manera especial al hecho de que sus tomateras crecían y serían productivas durante mucho tiempo, mientras que las de Jimmy estaban agotadas.

—Sí, tomates tempranos, seguro que sí —decía el viejo—, pero ya se han acabado. ¡Se acabó! Todo lo que quería era esto, sacar tomates tempranos, ganarme por la mano. Bueno, ¿y qué? Me ha ganado. Pero ahora ya está, ya no hay más tomates, se han acabado los tomates tempranos...

La actitud del viejo cuando hablaba de los tomates «tempranos» de Jimmy preocupaba a Balzic, porque no era la propia de un hombre satisfecho. Era evidente que había existido una especie de concurso basado en cuál de los dos sería el primero en obtener tomates y que Jimmy había resultado vencedor. Sin embargo, después de aquella producción de tomates, las tomateras no solo habían dejado de producirlos sino que, además, se habían muerto. Parecía que al viejo le interesaba mucho que Balzic viera el huerto de Jimmy, que se encontraba en el terreno situado detrás de las dos casas, exactamente entre las dos y no detrás de su propia casa, que era donde Balzic había creído que estaba.

—¿Por qué ha plantado las tomateras allí y no detrás de su casa?

—¡Bah, paparruchas! Dice que tiene que ser en la misma clase de tierra. Yo le dije que la tierra era toda igual. La tierra es tierra, es dulce, es ácida, pero tanto da que esté aquí como allá. Pues, no, tuvo que molestar a la vieja que vive entre los dos... ¡Bah, ese no entiende nada! No tiene idea...

No sabía si había sido el segundo o el tercer día —Balzic no lo recordaba muy bien—, pero habría podido jurar que había visto brillar unas lágrimas en los ojos del viejo al comentarle por segunda o tercera vez que las tomateras de Jimmy estaban poniéndose amarillas, se estaban marchitando y agostando.

Balzic no habría podido decir en qué momento exacto se le ocurrió la idea de ir a hablar con la vieja que había alquilado el huerto a Jimmy Romanelli para que pudiera plantar las tomateras en una tierra lo más parecida posible a la de su suegro, pero en el momento en que se le ocurrió llamar a la puerta de la mujer vio que por la derecha era vigilado a través de las cortinas de la ventana por Frances Romanelli y por la izquierda a través de las cortinas de la ventana por Mike Fiori. No pudo por menos de preguntarse por qué habría tardado tanto tiempo en decidirse a ir a ver a aquella

mujer.

La mujer acudió a la puerta apoyada en un bastón de aluminio con un trípode en la contera. Tenía el cabello de un color blanco amarillento y lo llevaba muy corto y descuidado. No tenía en la boca ni un solo diente y, además de las gafas que llevaba puestas, le colgaba del cuello, suspendida de una cinta de trencilla, una gran lupa rectangular.

—¡Ah, es usted! —exclamó, después de mantener diez segundos el cuello estirado para acercar su cara a la de Balzic—. Ya me estaba preguntando cuándo se decidiría a venir a verme.

—Perdone usted, señora, pero ¿cómo se llama?

—Skobolo, señor. Cada vez que lo veía meterse en una de las puertas de al lado, intentaba llamarlo pero ¡zas!, ya se había colado dentro. Después, cuando salía, ¡zas!, se metía en seguida en el coche y nunca podía atraparlo. Tengo la cadera rota.

—¿De los dos lados?

—No, ¿cómo dice? Tengo la cadera rota, me la rompí el año pasado. Me caí al levantarme del retrete. Y claro, no puedo correr tanto como usted. ¿Quiere entrar?

—Sí, señora. ¿Puedo pasar?

—¿Que si puede? Usted es la primera visita que tengo desde... no sé cuánto tiempo. Pase, pase, la casa está toda patas arriba, porque ahora ya no limpio. Solo ordeno, pero ya no limpio. Dejé de limpiar cuando volví del hospital por lo de la cadera. Siéntese donde quiera. Lo único que tengo es té frío, ¿quiere un poco?

—Sí, señora. Usted dígame dónde está y yo voy a buscarlo.

—¡Uy, no! Usted es el invitado. Voy a buscarlo yo. Tanto si tengo la cadera fastidiada como si no. Usted aquí sentado. Yo lo hago.

Atravesó lentamente la habitación y se metió en la cocina.

Mientras la mujer estaba ausente de la habitación, Balzic echó una mirada a su alrededor. La mujer había dicho la verdad: no limpiaba. Era tal la cantidad de polvo acumulada en ciertos sitios planos de la habitación que a Balzic casi le daban ganas de no moverse del centro de la misma. La casa era exactamente igual que las de Romanelli y Mike Fiori, pero en la de aquella mujer se evidenciaba que hacía mucho tiempo que había renunciado a tirar objetos. Balzic estaba seguro de que, si en la casa había algo demasiado grande para trasladarlo de sitio, la mujer aprendería a sortearlo dando la vuelta a su alrededor. Había conocido otras mujeres que se habían rendido a la edad y habían renunciado a la limpieza. Limpiaban y apartaban las cosas de un lado a otro mientras podían agacharse sin temor a ningún percance, pero cuando dejaron de poder agacharse con unas ciertas garantías, dejaron de preocuparse por la limpieza y por los que se preocupaban de ella. Si uno las visitaba, o aceptaba la situación o era acompañado a la puerta: la vida se había alargado un poquito más de la cuenta y tampoco había motivos para alborotar.

—No, no, yo ahora ya no limpio. Lo único que hago es lavar platos —dijo la señora Skobolo mientras se acercaba lentamente desde la cocina con un gran vaso de

té frío—. No tengo limón para echarlo dentro, y solo tengo sacarina. Supongo que no querrá azúcar. Bueno, espero que le guste.

Balzic cogió el té y lo cató con gran atención, como para demostrarle que le gustaba.

—Está estupendo, me gusta mucho. Gracias.

—Muy bien, muy bien. Siéntese... aparte los libros a un lado.

Los libros a los que ella había hecho referencia eran viejas revistas, en una de las cuales leyó la fecha de 1955.

—Son unos libros muy antiguos y muy bonitos —dijo Balzic.

—Sí, ahora ya no compro libros. Lo que hago es mirar siempre los mismos. Bueno, piensa sentarse, ¿verdad?

—Sí, claro, claro.

Balzic dejó el vaso en el suelo, se hizo un sitio en el sofá y se sentó. Cogió el té y miró a la mujer, que estaba observándolo.

—Bueno, ha pasado mucho tiempo... Está cómodo, ¿verdad? Venga, adelante. Hágame preguntas y yo se lo contaré todo.

—¿Todo?

—Claro que sí. ¿Quiere saber cosas de esos locos italianos, no?

—¿Se refiere al señor Fiori y al señor Romanelli?

—Sí. Bueno, el señor Fiori antes no tenía nada de loco, pero ahora lo está y el joven Romanelli era un chico muy simpático hasta que dejó de trabajar. Entonces se volvió loco de atar...

—¿Qué quiere decir con eso de que se volvió loco? ¿Qué clase de locura es la suya?

—Pues, mire usted, él no había plantado nada en toda su vida, ni una cebolla siquiera, ni un pepino... eso hace un año. A él esas cosas no le interesaban para nada. Pero este año tuvo una gran discusión...

—¿El señor Fiori y el señor Romanelli?

—Eso mismo. Y el joven terminó gritando y diciendo que cualquiera era capaz de plantar tomateras y de cultivarlas, que para eso no hacía falta tener cabeza... ¡Uy, si hubiera visto cómo se puso el viejo! Gritaban tanto que parecía que se iban a matar.

—¿Cuándo fue eso?

—Ya se había fundido la nieve, solo quedaban algunas manchas... ya se veía la hierba. Finales de marzo, supongo...

—¿Y qué pasó después?

—¿Después? Bueno, de momento no pasó nada. Después otra discusión terrible por la mujer. Él le pegó y el viejo se puso furioso. ¡Chico, parecía que lo mataba!

—Pero no lo mató.

—Bueno, si no cree que a lo mejor fue esto lo que ocurrió, ¿por qué viene tanto por aquí a hablar con el viejo?

—Espere un momento, señora Skobolo. Vamos a aclarar primeramente un par de

cosas. Primero, hay una mujer que se queja repetidamente de que su marido falta de su casa; segundo, cada vez que quiero hablar con el padre de la mujer acerca de su yerno, me sale hablando de tomates. La mujer está realmente preocupada y está convencida de que al marido puede haberle ocurrido algo, pero hasta ahora ella es la única persona que lo piensa. No ha habido nadie que lo haya pensado.

—Entonces, ¿por qué sigue usted viniendo?

Balzac se sonrió, y se encogió de hombros.

—La respuesta sería muy larga.

—Mire, joven, si algo tengo es tiempo...

—Mire... podría decírselo, pero solo sería verdad en parte. Oiga, señora Skobolo, ¿sabe una cosa?

—No, ¿qué cosa?

—No, no es que quiera comunicarle nada, sino que lo que quiero saber es si usted tiene alguna otra cosa que decirme.

—¡Ah! ¿Cómo qué?

—Pues, por ejemplo, ¿cuánto tiempo hace que esos dos hombres tuvieron la discusión porque el más joven había pegado a la hija del otro? ¿Fue la semana pasada?

—¿La semana pasada? ¡Oh, no! De eso hace mucho tiempo.

—¿Un mes?

—No, oh, no. Hace mucho mucho tiempo. Después de discutir por lo de los tomates.

—Señora Skobolo, esto es importante. ¿Está segura de que no ha sido este año? ¿En primavera? ¿Fue el año pasado, quizá?

—¡Uy, no! No, de eso me acordaría.

Balzac se aclaró la garganta y pensó de qué modo formularía las siguientes preguntas.

—Oiga, señora Skobolo, ¿sabe en qué día estamos?

—¡Vaya! Ahora sí que me ha cogido... Mire usted, ni siquiera tengo calendario. El día en que estamos ya no me importa. Me da igual.

—Bueno, pues entonces dígame esto otro. ¿A qué presidente votó usted por última vez?

—¿Presidente? Déjeme que piense. ¡Ah, sí, claro! De eso me acuerdo. Voté a Ike, sí, al viejo Ike.

Y sonrió triunfante.

—¿Y qué tal lo hace? Me refiero a Ike.

—¡Ah, pues muy bien! Sí, a mí me gusta Ike, es un buen hombre. Sí señor, este terminará todo ese lío de Corea.

—¿Usted cree?

—Seguro que sí. Lo terminará tal como ha prometido. Ya verá...

—¿Así que usted piensa que irá allí y parará la guerra?

—¡Uy, sí! Oiga, ¿no se toma el té? ¿No le gusta?

—¡Oh, sí! Está estupendo de veras. Oiga, hablando de esas discusiones que tienen sus vecinos, ¿se acuerda sobre qué era la primera discusión? ¿Sobre el jardín o sobre la paliza que pegó Jimmy a su mujer? ¿Lo recuerda? Es muy importante.

—Mire usted, está mezclado.

—¿Qué es lo que está mezclado?

—La discusión.

—¿Las discusiones están mezcladas o lo que discutían?

—Las discusiones. Está todo mezclado.

—Bueno, lo que usted quiere decir es que, cuando discutían los dos hombres, lo hacían sobre las dos cosas, sobre el huerto y sobre la hija.

—Sí, eso mismo.

—O sea que, cualquiera que fuera el tema de la discusión, inmediatamente afloraba el otro, ¿no es esto?

—Sí, sí, esto es.

—Así es que cuando usted dice que discutían sobre el huerto y había todavía nieve, pero ya se veían manchas de hierba, también discutían sobre lo de que Jimmy había pegado a su mujer, ¿no es así?

—¡Oh, sí, sí! —dijo la mujer, moviendo la cabeza lentamente pero con actitud convencida.

—Sobre esto usted no tiene ninguna duda, ¿verdad?

—¡Oh, no, no!

—Pero esto igual puede haber ocurrido el año pasado, ¿verdad?

—No, esto no, porque el joven, Jimmy, no plantó nada hasta este año.

—Oiga, señora Skobolo, ¿cómo puede usted estar tan segura de esto?

—Pues es muy fácil, porque conozco a todos los de los alrededores que tienen huerto. Y Si los huertos van bien, yo como igual que una reina. Voy a visitarlos, les pregunto si les sobra algo y siempre me dan alguna cosa.

—Así que come bien, ¿verdad?

—¡Y tanto, chico! Como igual que una reina. Sí, señor. Tengo un montón de capachos llenos de arena en la cava de la fruta, que yo y mi señor fuimos a buscar, y allí dentro meto todas las raíces. Sí, señor. Tengo comida para tiempo. No hay nada como la verdura, sobre todo cuando no se tienen dientes. Cojo un buen hueso y hago una olla grande de sopa. Sopa buena de verdad, joven. Ni la reina de Inglaterra come tan bien. No, señor.

—¿Otras veces no come tan bien?

—Oh, joven, yo como lo suficiente para vivir. No sabe lo bien que se conservan las raíces metidas en la arena. Duran mucho. Sí, señor. Lo hago muy bien. Por eso sé quién tiene huerto y quién no. Y Jimmy no había plantado nunca nada, ni una cebolla siquiera... no, señor, hasta este año nada.

Balzac movió afirmativamente la cabeza y se bebió el resto del té. Después se

levantó e indicó con el vaso la cocina, como si quisiera decir que iba a dejarlo en el fregadero. Al volver, tendió la mano a la anciana.

—Le estoy muy agradecido por el té y por su ayuda. Me refiero a que el té estaba muy bueno y a que me ha prestado una gran ayuda.

—¡Ah, está muy bien! Venga siempre que quiera.

Le dio solemnemente la mano al tiempo que lo miraba llena de interés.

—¿Va a detenerlo?

—¿Cómo dice?

—¿Que si va a detenerlo?

—¿Al señor Fiori?

—¿A quién si no?

—¿Debo detenerlo? ¿Usted cree que debo?

—Pues claro. Lo ha matado él.

Balzac dejó que la mano de la anciana se deslizara lentamente de la suya.

—Ha sido él, ¿verdad? Oiga, señora Skobolo, ¿y usted, cómo lo sabe?

—Lo vi cómo lo enterraba, ya se lo he dicho.

—¡Ah, no, señora! Usted no me lo ha dicho, pero no importa, dígamelo ahora.

—Pues, lo hizo. Lo enterró, aquí delante mismo.

Y con un dedo tembloroso señaló por encima del hombro de Balzac.

—Yo lo vi.

—Ah, bien. Esto es importante. Ya me ha dicho que lo había visto y sé que me ha dicho cuándo fue, pero vuelva a decírmelo. ¿Cuándo fue?

—¡En sueños! Tan claro como la palma de mi mano.

Y le mostró la palma de la mano, sosteniéndola junto a la cara de Balzac.

Este suspiró, procurando que ella no se diera cuenta.

—¿Cuándo fue que lo soñó, señora Skobolo? Procure recordarlo exactamente, ¿quiere?

—Mire, tengo tantos sueños, que me cuesta recordar. Hay uno que tengo siempre, uno en que el techo se me viene encima, pero esto es porque mi señor quedó dos días atrapado en la mina cuando se le vino el techo encima. Él salió como si nada, pero yo sigo teniendo ese sueño dos o tres veces por semana. Después hay otro que también tengo siempre y es que voy andando sola a alguna parte y que a muchos kilómetros de distancia veo una iglesia con una cruz ortodoxa en el tejado y mucha gente fuera que está haciendo la señal de la cruz de la manera que la hacen los católicos, primero el lado izquierdo y después el derecho en lugar de hacerlo al revés y yo voy y les digo que se han equivocado de iglesia, pero ellos no me oyen porque la iglesia está muy lejos y por muy aprisa que yo camine, ellos siempre están igual de lejos, ¿sabe usted lo que le quiero decir?

—¿Sueña con números de lotería, señora Skobolo?

—¡Uy, sí, pero eso era antes! Hará unos diez años que no he comprado ningún libro de sueños. Ahora ya no hay nadie que venga a casa a buscar el número como

solía hacer antes. Ahora la gente es tan mala como los médicos, ya no hay nadie que venga a tu casa. Alguien tendría que dedicarse a esto. Yo ahora ya no puedo ir a ninguna parte por lo de la cadera. En algo hay que entretenerse...

—En esto tiene usted razón, señora Skobolo. Una cosa, sobre el sueño en que vio al señor Fiori cómo mataba a Jimmy Romanelli, ¿era un sueño muy claro? Quiero decir si vio claramente sus caras y todo lo que ocurrió.

—¡Uy, sí!, seguro que sí.

—¿Y dónde ocurrió?

—¡En mi cama! Yo estaba durmiendo.

—No, no, me refiero al sitio en que lo mató cuando usted lo vio en sueños. ¿Dónde estaban? ¿Lo vio?

—¡Ah, sí, ya veo qué quiere decir! Sí, estaba tan claro como la luz del día. Fue aquí detrás.

—¿En el huerto de usted?

—Sí, claro como la luz del día.

—¿Y de qué manera ocurrió?

—Pues se puso detrás de él con una pala y le dio en el cuello.

—¿Con la pala?

—Sí, en el mismísimo cuello.

—No hubo ninguna pelea, ni lucha, ni discusión, solo fue detrás de él y le dio con la pala en el cuello y todo estaba tan claro como la luz del día, ¿no es así?

—Sí, señor, así mismo.

—¿Y después qué ocurrió? Me refiero al sueño.

—Pues que me desperté. No ocurrió nada. Solo esto, que me desperté.

—Y este fue el final del sueño, ¿no es eso? ¿Dónde estaba cuando se despertó? ¿Lo recuerda?

—En la cama.

—¿Está segura de que estaba en la cama? ¿No podría ser que se hubiera quedado dormida en el sofá o en una silla?

—¡Oh, no! No lo hago nunca.

—¿Nunca? ¿No duerme nunca en el sofá?

—Bueno, a veces me parece que sí.

—¿No ha dormido en el sofá las dos últimas noches?

—No creo, ¿eh?

Balzac asintió con la cabeza y frunció los labios.

—Bueno, si usted lo dice... Solo una cosa más. ¿Qué siente cuando piensa en este sueño?

—¿Qué siento?

—Sí. ¿Tiene miedo? ¿Se siente preocupada? ¿Se enfada? ¿Se siente inquieta? ¿Se pone nerviosa?

—No, no, ninguna de estas cosas.

—¿Le hace sentir alguna cosa? ¿Lástima de Jimmy? ¿Lástima del señor Fiori? Me refiero a este tipo de cosas.

—Mire, ellos siempre han sido amables conmigo. No sé. Yo no estoy asustada ni nerviosa ni nada de esto. No, no siento nada de esto.

—¿Es que Jimmy se lo tenía merecido?

—No, me parece que no.

—¿Tenía derecho a hacerle esto el señor Fiori?

—Bueno... Jimmy... no sé, pero Jimmy no tenía que haber pegado a su mujer de aquella manera.

—Ya entiendo. Está bien, dígame, ¿recuerda alguna cosa más del sueño?

—No, no, solo la cara del viejo.

—¿Cómo tenía la cara?

—Bueno, parecía como si... como si, bueno, no lo sé muy bien, como si tuviera razón.

—Ya entiendo, como si tuviera razón. Está muy bien, señora Skobolo. No sabe lo mucho que se lo agradezco. Me ha prestado una gran ayuda. Debía de haberla venido a ver mucho antes.

—Bueno, si hubiera venido antes no habría servido de nada, porque el primer día que vino por aquí todavía no había ocurrido nada... me parece...

Balzac se despidió de la anciana mientras sus pensamientos discurrían en cuatro direcciones diferentes. Las tripas le hacían ruido en el vientre. Sentía un sabor ácido en la boca y por un momento le pareció que iba a encontrarse mal.

Se acercó al coche, abrió la puerta y se quedó casi un minuto de pie junto a ella, respirando profundamente y tratando de relajar el estómago. Aunque echó una mirada a la casa de Mike Fiori no vio al viejo por ninguna parte. En casa de Jimmy Romanelli vio el rostro de Frances en el momento en que se retiraba rápidamente de detrás de las cortinas de la ventana frontal. Inmediatamente se abrió la puerta, salió y se le acercó. Balzac la encontró más pálida que de costumbre y observó que la blancura de la piel resaltaba con el pelo negro que le caía descuidadamente sobre la cara. La encontró muy delgada, casi demacrada. Se le acercó con una especie de saltitos tímidos, igual que un gorrión en invierno, castigado por el viento y el hambre, y se llevó los dedos a los labios, como si a medida que fuera perdiendo el valor crecieran al mismo ritmo sus temores. A Balzac le pareció que aquella mujer había ya abandonado toda esperanza o, peor aún, todo su coraje y su tesón. Al hablarle lo hizo como si creyera que no tenía derecho a otra cosa que a suplicar.

Balzac se metió rápidamente en el coche y se preparó a escucharla.

—No sé qué habrá podido decirle esa mujer, pero creo que debe saber que...

—¿Qué? ¿Que no está bien de la azotea? —dijo Balzac dándose unos golpecitos en la frente.

—Sí, está...

—Frances —volvió a interrumpirla Balzic—, créame, no hay nadie que esté bien de la azotea.

Cerró la puerta y puso el motor en marcha.

—Todos nos encontramos atrapados por lo que tenemos aquí dentro del cráneo, todo lo tergiversamos... Ya no hay nadie por ahí que esté bien de la azotea. Esa anciana no está peor que nosotros...

—¡Le aseguro que sí!

—... y tendrá que perdonarme pero no me puedo quedar a hablar con usted.

—Pero es que tengo que hacerle unas preguntas.

—Y yo también tengo que hacerle unas preguntas, pero no ahora, porque ahora tengo otros problemas. Pero volveré. Aunque no quiera, volveré.

—¿Qué significa eso? ¿Seguro que volverá?

—Sí, de momento tengo que ir a otra parte y pensar.

—¿Pensar en Jimmy?

—¡Claro, en Jimmy! Y en su padre y en todo...

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé, Frances —dijo mientras arrancaba.

En seguida oyó la voz de Stramsky rechinando por la radio.

—Oye, Vic, hay un par de cosas...

—Mario, será mejor que venga en seguida.

—Un momento. Hay un par de cosas que quiero decirte. Escucha, por favor. Hay una mujer que se llama Skobolo y quiero que llames al Centro de Ciudadanos de Edad Avanzada y que pongan su nombre en la lista, ¿me oyes?, que la pongan en lista para lo de Comidas sobre Ruedas y para que la vea una enfermera. ¿Está claro?

—Mario, aquí hay un tipo de...

—Vic, ¿te has hecho cargo de lo que acabo de decirte? ¿Eh? Eso de la mujer.

—¡Mierda! Vuelva a darme el nombre y la dirección.

Balzic repitió el nombre, lo deletreó y le dio la dirección.

—De acuerdo —dijo Stramsky—. ¿Y ahora quiere escucharme o no?

—Adelante, pero dime primero si Russell está aquí.

—Sí, está aquí. ¿Quiere escucharme?

—Sigue, que te escucho.

—Aquí hay un tipo de los de narcóticos estatales que está tan furioso con usted que saca espuma por la boca cuando habla. Lleva tantos papeles encima que la verdad es que no sé qué quiere.

—¿Qué clase de papeles?

—Orden de denuncia, orden de detención, orden de búsqueda...

—¿Cómo se llama? ¿Rilkin?

—Sí, exacto.

—Pues mándalo al cuerno.

—Mario, va acompañado de otro, un delegado estatal del fiscal general...

—¿Un qué?

—Sí, un delegado estatal del FG. Han estado machacando los oídos del alcalde y de Renaldo. Lo que es Renaldo, se ha entendido con ese par a las mil maravillas.

—¿No puedes ponerlos de patitas en la calle?

—Mario, han dicho cosas muy feas sobre usted. Y Renaldo se los está camelando de tal manera que me dan ganas de vomitar.

—Bueno, ¿se puede saber qué reclaman exactamente?

—Dicen que ha habido obstrucción de la justicia, interferencia en la acción de los agentes de policía, intromisión, negligencia... de momento es lo que recuerdo.

—Bueno, pues olvídale.

—¿Olvidarlo? Mario, si es que me están volviendo loco... En serio que yo...

—¿Russell está por aquí?

—¿Quién?

—Russell... Russellini. ¿Está por aquí?

—Ya le he dicho hace un momento que sí.

—Pues dile que salga a dar un paseo, que lo recogeré delante de la barbería, al otro lado de A & P.

—Pero ¿cómo quiere que se lo diga, Mario? No ve que aquí están todos juntos...

—Piensa algo, Vic. Mira las cosas desde este ángulo. Si sabes que yo no voy a ir por ahí... y la verdad es que no pienso ir... ya discurrirás alguna cosa. Es importante, Vic. Russell es el único que debe oírte y dile que la cosa es más útil para él que para mí.

—¡Oiga, Mario, ya está bien! No entiendo cómo me pone en estas situaciones.

—Vic, no hay para tanto... Di simplemente a Russell que salga a dar una vuelta y al resto que no voy a ir por ahí y punto. Así te dejan tranquilo.

—¡Mario!

—Hazlo, Vic, hazlo y listos. ¿Entendido? Estoy metido en el lío más grande de mi vida. Te pido que lo hagas, ¿entendido?

—Está bien, Mario, no sé cómo, pero lo haré.

—Gracias.

Balzic se obligó a concentrarse en la conducción, porque no quería pensar en lo que estaba a punto de hacer. El ácido que le subía del estómago era tan molesto que tuvo que parar en una farmacia para comprar el antiácido más eficaz del mercado que pudiera despacharse sin receta y, antes de pagar, se tomó tres pastillas de golpe. Pensó que si todo aquello no le provocaba una úlcera, seguro que no tenía una úlcera en la vida...

Al volver la esquina de A & P vio a Russellini y se olvidó del estómago. Russellini cruzó la calle al trote y se metió en el coche.

—Mario, ¿qué coño estás tramando? ¿Qué te has propuesto hacer conmigo?

—Tómatelo con calma, Russell, tómatelo con calma.

—Que me tome con calma un cuerno. El tío ese que va con Rilkin es un delegado del fiscal general... y eso quiere decir todo el estado en peso, por si lo has olvidado...

—Lo sé.

—¡Es el delegado del fiscal general, Muth! ¡Del Departamento Criminal! El que está a la cabeza de la Oficina de la Ley contra la Droga y etcétera, etcétera, etcétera. ¿Te das cuenta? Mi jefe en persona, si quieres que te lo diga con otras palabras.

—Gracias por venir, Russell. No te lo digo en broma, ¡joder! Gracias de verdad, porque estoy metido en un lío.

Russell no podía hacer otra cosa que mirar fijamente a Balzic.

—No, no, Russell. El delegado ese me la trae floja...

—Pues a mí, no...

—Claro, lo entiendo. Razón te sobra. Pero escucha una cosa, atiende a lo que te digo durante un par de minutos con la mente abierta.

—¿Adónde demonios me llevas?

—Ya lo verás. Llegamos en un par de minutos. Y ahora escucha. ¿Qué hace por aquí ese delegado del fiscal general? Seguro que no ha sido Rilkin el que lo ha traído. ¿O sí ha sido él? ¿Qué me dices?

—No, estaba en una colecta de fondos en Pittsburgh y Rilkin ha pensado que te impresionaría un poco si te hacía una visita, siempre que tuviera tiempo y todas esas cosas que se dicen, y como el delegado ese tenía tiempo y estaba bastante animado, ha pensado que, ¿por qué no?, que a lo mejor la cosa resultaba divertida y todas las mierdas esas y ha dicho al chófer que lo llevara. Lo que pasa es que ahora la salsa empieza a cortarse y el tío empieza a estar hasta las narices de tenerte que esperar. Y ya se sabe que cuando esa clase de gente está hasta las narices los que se las cargan son los que son como yo, porque él y Rilkin son colegas desde hace años. O sea que Rilkin se va a quedar tan fresco, pero yo tendré que pagar el pato.

—Bien, ahora escucha con atención. Por mí ya puede estar hasta las narices y me da igual que él y Rilkin sean amiguetes. Los hechos son los siguientes y son de lo más sencillo: he vapuleado a uno de los tipos que vosotros teníais bajo vigilancia y todos sus compinches se han desparramado. Resulta que vuestros hombres no son capaces de localizarlos, pero de esto yo no tengo ninguna culpa. Y si ese delegado del fiscal general y Rilkin quieren culparme por eso resulta que todavía son más imbéciles de lo que yo creía, eso que los tengo por imbéciles incurables, porque aquí no hay ningún magistrado que pueda hacerme más que enviarme una fianza por obligación contraída. Y ahora dime una cosa: ¿crees que ese Muth o comoquiera que se llame va a volver y llevar adelante la querrela? ¡Dime! ¿Lo crees?

—No parece probable —dijo Russell, bajando considerablemente la voz.

—No solo no es probable, sino que posiblemente no va a ocurrir nunca. Entonces, punto. ¿Dónde está la publicidad? ¿Dónde está la tinta? La publicidad y la tinta aquí no cuentan para nada. ¿A quién le importa que un magistrado me ponga un proceso por una cosa tan imbécil como que no cumplo con mi trabajo? Dime, Russell.

Nómbreme una persona que no sea mi madre que pueda pensar que es importante.

—No sé —dijo Russell, encogiéndose de hombros—, ¿qué te voy a decir?

—Mira, Russell, a esos peces gordos lo que les gusta es que haya mucho humo, pero ¿no hay fotógrafos?, ¿no hay cámaras de tele?, ¿no hay micrófonos? Pues entonces, olvídame. Cogen la máquina de echar humo y se van a su casita. Lo cual me deja enfrentado con mi problema.

Balzic se arrimó junto al borde del macadán delante de la casa de Mike Fiori.

—Russell, no puedes llegar a imaginar el problema que tengo.

—Pero ¿de qué estás hablando? ¿Qué estamos haciendo? ¿Adónde demonios vamos?

—Vamos a desenterrar a uno de los muchachos que andáis buscando... y nunca sabrás lo poco que me gusta tener que hacerlo.

Balzic se dio cuenta de que los ojos se le humedecían y se volvió rápidamente para que Russell no lo viera y salió del coche.

Al pasar por detrás del coche vio que el viejo lo estaba esperando a un lado de la casa.

Balzic tuvo la impresión de que se le doblaban las rodillas, sintió que la respiración se le aceleraba y que los dedos se le quedaban fríos y se llenaban de un extraño hormigueo. Le parecía estar andando con un pie en la cuneta, mientras que dentro del pecho sentía una terrible presión que le comprimía el esternón y los músculos pectorales y unos tirones en los músculos de la garganta. Súbitamente pensó con desesperación que necesitaba un buen vaso de vino helado. Russell lo miraba con aire atontado, pero lo peor de todo era la mirada impávida y directa de Mike Fiori.

Balzic hizo grandes esfuerzos para tragar saliva y seguir andando y solo lo consiguió al dirigir la vista al suelo. Sabía que, si trataba de caminar normalmente y con la cabeza erguida, perdería el equilibrio. No sabía qué diría pero lo que todavía era peor era que no sabía si, cuando tratara de hablar, podría decir algo.

Oyó que alguien le hablaba: era Russell.

—¿Estás bien? Parece que estés borracho. Pero si no te tienes de pie...

—No estoy borracho, pero preferiría tener que habérmelas con un negro bebido y drogado antes que con la persona que estoy mirando.

—Mario, ¿estás seguro de que no quieres volver al coche y sentarte un ratito? Te lo digo en serio. Tú no estás bien.

—No estoy bien ni me siento bien, pero obro bien y ojalá que me equivocara.

—Mario, no te hagas el loco, ¿quieres? —dijo Russell—. Tú deliras... En serio que no estás bien, hombre.

—¿Qué quieren? —preguntó la voz de Mike Fiori.

Balzic se llevó el puño cerrado a la boca y tragó saliva haciendo un gran esfuerzo. Sentía las lágrimas en las mejillas. Con un largo y lento suspiro dijo:

—Señor Fiori, necesito palas.

—¿Para qué?

—Quiero cavar en el huerto de su yerno —dijo Balzic frotándose la frente y evitando la mirada del viejo.

—Si quiere cavar, tráigase palas. Yo no se las dejo.

—Por favor, señor Fiori, le ruego que no ponga las cosas más difíciles de lo que están, ¿de acuerdo? No hace falta que me traiga las palas, me dice dónde están y yo mismo las cojo, ¿entendido?

—Mario, ¿qué coño pasa aquí? —dijo Russell.

—Oye, encanto, no sueltes tacos, el único que puede soltar tacos aquí soy yo.

—Mario, ¿qué pasa? ¿Quién es ese tío? ¿Estás flipado o qué?

Balzic suspiró, hizo unos movimientos con la cabeza y trató de reprimir las lágrimas.

—Se lo pido por favor, señor Fiori, dígame dónde están las palas.

—Usted es policía. Entre y búsquelas. No se lo impediré.

—¡Dios santo! —dijo Balzic mientras pasaba rozando al viejo y dejando a Russell mirando con la boca abierta a los dos—. ¡Vamos, Russell! ¿Quieres venir?

—Mario, ¡por el amor de Dios! —dijo Russell, apretando el paso para alcanzarlo—, tienes suerte de que hace tiempo que te conozco porque, si no fuera así, ya haría cinco minutos que te habría dejado en la estacada.

Y cogiendo a Balzic por el brazo lo obligó a darse la vuelta.

—¿Quieres pararte un momento y explicarme qué pasa? ¿Eh? Tienes los ojos llenos de lágrimas, te tiembla la voz, te tambaleas como un borracho y pides al tío ese que te dé unas palas. ¿Qué demonios...?

—No le llames tío. Ese hombre no es un cualquiera... que te quede claro. Y si no quieres ayudarme a cavar, vuelve a meterte en el coche...

—Te ayudaré... y tampoco voy a faltar al viejo siempre que me des una...

—Mira, vuelve al coche y pide que vengan los de investigación criminal, un fotógrafo y el forense y después de hacer esto...

—¡Mario, no jodas! ¡Vamos, increíble!

—... y después de hacer esto te vas dos casas más abajo y te identificas a una mujer que se llama Romanelli y te quedas con ella haciéndole compañía hasta que yo te diga. ¿Entendido?

—¿Los de investigación criminal? ¿Los estatales? Pero ¿para qué? —gritó Russell—. ¿Que vaya dos casas más abajo? Pero ¿para qué? ¿Por qué?

—Porque si no vas a ayudarme a buscar las palas ni ayudarme a cavar cuando las encuentre, mejor que me ayudes de esta manera.

Las lágrimas resbalaban ahora por las mejillas de Balzic y se le había quebrado la voz.

—Mario, te aseguro que... lo juro por Dios... soy amigo tuyo y te juro por Dios que lo soy, pero Mario, de veras que no actúas bien...

—Limítate a hacer lo que te he pedido. ¿Quieres? Llama a los de investigación

criminal y después quédate con la señora Romanelli, ¿entendido?

—¿Romanelli? ¿El Romanelli nuestro?

—Sí, el vuestro. ¿Para qué demonios crees que te he traído aquí pues?

—Muy bien, Mario, muy bien, pero tómatelo con calma. Lo haré, quiero hacerlo.

Russell dio la vuelta y se dirigió rápidamente al coche, casi chocando de camino con Mike Fiori, que en aquel momento se acercaba a Balzic.

Balzic se sacó los lentes y se limpió los ojos en los hombros.

—Señor Fiori, ¿dónde guarda usted las herramientas? En aquel cobertizo de atrás, ¿verdad?

—Si es tan listo como eso, ya las encontrará.

—Muy bien, muy bien —dijo Balzic, dirigiéndose al minúsculo cobertizo situado al otro extremo del huerto.

Al llegar a él tuvo que volver a sacarse las gafas y secarse los ojos en la manga para poder ver con claridad. La puerta del cobertizo, que era poca cosa más que una hoja de papel embreado, se mantenía sujeta con una estaquilla de madera atravesada en dos aros metálicos, uno de ellos fijado en la estructura. No era un cerrojo y apenas podía calificarse de pestillo, pero Balzic, con las prisas, introdujo la estaca más profundamente en los aros y la dejó trabada.

Furioso, cerró los ojos al darse cuenta de su torpeza. Por dos veces trató de sacar la estaca, pero todo fue inútil, porque había quedado atrancada.

Balzic se sobresaltó al oír la voz del viejo.

—¿Qué piensa hacer ahora? —preguntó con voz tranquila.

—¿Hay alguna pala aquí dentro?

—No lo sé. Quizá sí, quizá no.

—Deje de jugar conmigo, señor Fiori. ¡Maldita sea! ¡¡Hay aquí...!!

—No grite. Y no suelte tacos. El único que grita aquí soy yo y el único que suelta tacos aquí soy yo.

—Y el único que cultiva tomates, el único que tiene derecho a cultivar tomates, el único que tiene derecho a pegar a su hija...

El viejo retrocedió medio paso.

—Cultivar tomates lo hace cualquiera... —dijo lentamente.

—¿Sí? ¿Sí?

Balzic tenía la voz rota, se daba cuenta de que temblaba y todavía sentía los dedos más fríos y con más hormigueos que antes.

—Si hubiera sido cualquier otro... si hubiera sido cualquier otro, habría venido aquí y le habría machacado los oídos y no lo habría dejado a sol ni a sombra ni un minuto... pero es usted y me he acercado de puntillas porque le tengo más miedo que al diablo... ¿Hay alguna pala aquí dentro o no? ¡Bah, que lo zurzan!

Balzic se dio la vuelta, empujó la puerta con un golpe de la cadera, destrozó la estaquilla que la atrancaba y la abrió de par en par.

Dentro no había luz y Balzic tuvo que moverse a tientas. Descartó tres

herramientas, todas ellas azadones, antes de encontrar una pala de mango largo. Salió rápidamente del cobertizo y, bajo la luz que se iba oscureciendo muy aprisa, se dirigió a la parcela donde Romanelli había plantado sus tomateras, convertidas ahora en plantas amarillentas y mustias, derrumbadas casi. Examinó atentamente el terreno para ver de descubrir en qué sitio había sido removida recientemente la tierra.

No le fue preciso desplegar un gran poder de observación ni el hecho requería grandes conocimientos de horticultura. Había un rectángulo de tierra donde las tomateras moribundas se diferenciaban del resto de tomateras moribundas porque en aquel espacio no había hierbas. El viejo se había tomado la molestia de replantar las tomateras moribundas, pero se había olvidado de remover la tierra todo alrededor.

Balzic se puso a cavar: cogió dos paletadas de tierra y se paró un momento para quitarse la chaqueta y la corbata y dejarlas en el suelo. Siguió cavando sin apartarse de un ángulo del rectángulo y concentrándose especialmente en una zona de un palmo cuadrado aproximadamente de superficie. Apenas dos pies más abajo tropezó con un zapato.

Se puso de rodillas y entonces comenzó a trabajar con las manos, apartando la tierra hasta que apareció un zapato y un tobillo. Balzic se puso de pie y se dirigió al viejo, que se había quedado de pie junto al cobertizo.

No había andado cinco pasos cuando oyó el ruido de una puerta que se abría en la parte trasera de la casa de Jimmy Romanelli y vio salir corriendo por ella a Frances Romanelli, seguida a un paso de distancia por Russell. Gritaba, sollozaba y maldecía a su padre, a su marido y a Balzic.

—¡Papá! ¡Maldito seas! ¿Qué has hecho? Y tú, Jimmy, hijo de puta... hijo de puta... Y usted ha enviado a un hombre a que me vigile, ¿verdad?, mientras usted está aquí, hijo de puta, desenterrando a mi marido, ¿verdad? Pero ¿quién se ha figurado que es?

Antes de que Balzic pudiera prevenirse, se puso delante de él y lo golpeó en una oreja, una bofetada con la mano abierta preparada para golpear en pleno rostro, pero que Balzic evitó en el último segundo al ver acercarse el brazo.

—¡Oh, Dios mío! Pero ¿dónde está?

Luchaba denodadamente para desasirse de Russell, pero no le servía de nada. Russell era el doble de corpulento que ella y sabía lo que se hacía.

—¿Dónde está? Usted, maldito sea, dígamelo de una vez.

—Ahí mismo —dijo Balzic señalando con el dedo el agujero que había excavado—. Mire ahí dentro, si quiere.

Frances se tambaleó y su cuerpo vaciló hacia adelante y hacia atrás hasta que Russell la dejó que avanzara. Al mirar hacia abajo pareció invadida de una gran tranquilidad. Se quedó con la vista clavada en aquel zapato y en aquel tobillo, dejados al descubierto al retirar la tierra, y así permaneció durante un minuto hasta que echó para atrás la cabeza y profirió un espantoso alarido.

—¿La tienes cogida, Russell? ¿Eh? —preguntó Balzic, así que la mujer hubo

callado.

—La tengo cogida.

—Asegúrate bien y no la sueltes.

—¿Es su marido?

Balzac asintió con un gesto.

—Y el viejo, ¿es su padre?

Balzac volvió a asentir.

Russell se lamentó por lo bajo y movió la cabeza.

Frances Romanelli respiró profundamente y lanzó otro grito.

De las otras casas del conglomerado comenzó a salir gente, que se iba apiñando alrededor. Balzac les echó una mirada y les dijo tan alto y claro como le fue posible:

—Somos de la policía. No hagan preguntas ni se acerquen. Quédense donde están y, mejor aún, vuelvan a sus casas.

Los vecinos retrocedieron, pero no se marcharon.

Frances Romanelli parecía aproximarse peligrosamente a un estado de descontrol absoluto. Ahora se dedicaba alternativamente a forcejear para desasirse de Russell y a echar la cabeza para atrás y gritar. De pronto se calló en pleno grito y comenzó a mover rápidamente la cabeza para atrás en una sucesión de golpes a la cara de Russell. El primero lo cogió desprevenido y le hizo sangrar la boca. Evitó los siguientes, pero no dejaba de mirar a Balzac con aire cansado y asqueado.

Balzac se puso delante de la mujer y dijo:

—¿Frances? ¿Me oye? O se está quieta o le pongo las esposas. ¿Me ha entendido?

—¡Oh, Dios! —sollozó—. ¡Las esposas! Seguro... ¿qué importa ya?... ¿Dónde me van a meter? Mi marido, mi madre, mi marido, mi padre... que me metan en la cárcel para el resto de mi vida... ¡Al infierno con las esposas, y al infierno con usted! ¡Al infierno con todos! ¡Todos! Mi padre... ¡oh, Dios!

Balzac notó que tenía el viejo a su lado y se volvió justo en el momento en que Russell lo avisaba. El viejo tenía levantada la mano y estaba a punto de descargar un golpe sobre su hija. Balzac lo empujó haciéndole perder el equilibrio y se colocó delante de él.

—¡Esto se ha acabado! ¿Lo ha entendido? ¡Se ha acabado!

—¡Esa chica no me tiene que hablar de esa manera!

—¿Quiere acabar de una vez? Ha matado a un hombre porque le pegaba y ahora usted también le quiere pegar.

—No lo maté por eso.

—¿No? ¿Por qué entonces? ¿Porque había cogido tomates antes que usted?

—Es un inútil, no tiene trabajo, es un vago. Cree que lo sabe todo, pero es un vago. Es un niño pequeño. Cuando las cosas no salen como él quiere, se echa a llorar. Llorar que te llora, no para de llorar. No es hombre.

»Y le pega. No una vez, ni dos, muchas veces, muchas muchas...

—Y usted a mí, ¿qué? —gritó Frances.

—Tú te callas. ¿Con quién hablas? ¿Con él? ¿Con ese vago? Hablas conmigo, con tu padre. No lo olvides.

—¡Oh, Dios! ¿Cómo podía vivir antes? ¿Cómo podía olvidar? Y ahora. ¡Ahora! ¿Cómo voy a olvidar ahora? Ahora ya no podré olvidar nada en toda mi vida.

—¡Cállate ya! No era bueno, no se ocupaba de ti, te pegaba, me llamaba viejo, me llamaba estúpido, quería que le escondiera dinero, se hacía el chulo.

—¿Sabe lo que me ha hecho? —dijo Frances, sollozando—. ¿No sabe lo que me ha hecho? ¿Lo que me ha colgado encima para toda la vida?

—Sé que le paré los pies. Eso es lo que sé. Si yo no lo paro, ¿quién lo para? ¿Eh? ¿Este policía? ¿Ese otro de aquí? ¿Ese Balzic? ¡No, ese no! Él no. Este es como su padre. Hay que mirar por aquí, mirar por allí, hablar esto, hablar lo otro, pensar esto, pensar aquello, hasta que te duele la cabeza... ¿Y después qué? Después venía a verme y yo le enseñaba qué había que hacer con el patrón.

—¡Ya basta, señor Fiori!

El viejo se reía con aire astuto.

—No le gusta oír esto, ¿verdad? Ahora hace como ella, que no quiere escuchar las verdades.

—No es esto, señor Fiori.

—¿Ah, no? ¿Qué es, pues? Dígalo, quiero saberlo.

—Usted ahora está hablando de amistad.

—¿Amistad? —dijo el viejo volviendo a echarse a reír—. ¿Eso es lo que cree? No sea idiota, nosotros no éramos amigos. Yo era su maestro, él era el alumno. El maestro y el alumno no pueden ser amigos. Él era un niño... como este de aquí.

Y señaló la tierra, allí debajo de los tomates.

—¡Ya basta, señor Fiori!

—No quiero. Usted ahora ya ha crecido. Ya es mayor.

—Exactamente, señor Fiori. Ya soy mayor —dijo Balzic, reprimiendo las lágrimas—. Ya he crecido. Y ahora usted está a punto de ir a un sitio, aunque no quiera ir.

—¿No?

—No, porque el último día me ha tenido que decir lo que va a decirme sobre mi padre, porque de pronto ya no le tengo miedo, porque ahora para mí ya no es más que un viejo que ha matado a su yerno.

El viejo se echó a reír con más ganas que antes.

—No, no, no, joven Balzic. Eso sí que no. Con usted no. Yo nunca seré esto para usted. Le gustaría que lo fuera. Sí, espera que solo sea esto para usted, pero no lo soy. Y por esto está tan furioso, por esto se figura que ya no me tiene miedo, pero usted sabe y yo sé que esto es una tontería.

—Pero ¿de qué está hablando? —dijo Russell.

—Es demasiado complicado... ¿Has llamado a los estatales del departamento

criminal? ¿Eh?

—Sí, y también al forense. Vendrán en seguida.

—Complicado... complicado... —iba diciendo Frances—. ¡Oh, Dios mío, qué complicado!... ¡Jimmy! ¡Jimmyyyyy!... ¡Papá, papáááá!... ¡Oh, Dios, estoy bien arreglada!

—Ve y llévala, yo me quedo con él.

—No me escaparé —dijo Mike Fiori—, os podéis marchar al infierno y me encontraréis aquí cuando volváis.

—Señor Fiori, tranquilícese —dijo Balzic.

—Y usted váyase al infierno.

—Russellini, llévatela de aquí —dijo Balzic—. Vamos, se pondrá muy mal si sigue escuchando todas estas cosas.

Russell asintió con un gesto, apartó con energía a Frances del hoyo que habían hecho en el huerto y se la llevó en dirección al coche de Balzic.

Este observó cómo Russell acomodaba a Frances en el asiento trasero del coche, después daba la vuelta, se sentaba en el asiento del conductor y ponía el coche en marcha. Balzic se volvió a Mike Fiori.

—Le ha arruinado la vida. No sabe usted el daño que le ha hecho.

—Usted no entiende nada. Igual de imbécil que su padre. Como no mates a los conejos, se te comen el huerto. Todo el trabajo que has hecho va a parar a su barriga. A todo el mundo le gustan los conejitos, los gazapos, ¡qué bonitos, con su hocico de color de rosa! Cuando les disparas un tiro todo el mundo llora, pero si no los matas, no comes.

»Lo mismo pasaba con este de aquí abajo...

—No es lo mismo.

—Cállese y déjeme terminar.

Balzic miró al viejo y sintió ardor en el esófago, notó que el corazón le palpitaba con fuerza y que sus puños se abrían y cerraban.

—Este de aquí abajo iba muy bien cuando las cosas iban bien. Todo el mundo va bien cuando las cosas van bien, pero lo que hace falta es ir bien cuando las cosas no van bien, cuando todo va mal. ¡Oh, no! ¡Ese no! Este solo servía para meter guerra, para nada más. Comer, beber y meter guerra. Ni trabajar, ni ocuparse de su mujer.

»Si no lo mato, ese conejo se me habría comido todo el huerto, ¿no lo comprende?

—Señor Fiori, ¿ha mirado a su hija? ¿Tiene idea de lo que le ha hecho? ¿Tiene una ligera idea?

—Ya se le pasará.

—¡Ya se le pasará! Señor Fiori, es increíble. Usted es su padre, pero este hombre era su marido y todo lo que usted sabe decir es que ya se le pasará. ¿Cuándo cree que se le va a pasar? ¿Dentro de diez años? ¿Dentro de veinte?

—Mire, cállese. Es igual que el viejo... siempre viendo esto, viendo aquello. Los

eslavos no tienen cojones. Solo sirven para hablar...

—¿Qué ha dicho?

—Lo que ha oído, que los eslavos no tienen cojones.

—¡Dios santo, pensar en todas las veces que había venido aquí! ¡Pensar que mi padre lo adoraba! Y ahora dice esto de él.

—Es la verdad.

—¡La verdad! Usted es un hijo de puta con dos caras.

Balzic dio un paso hacia el hombre, lo cogió por los cabellos y lo sacudió.

—Ya no quiero oírle nada más. Siéntese aquí y no pronuncie una sola palabra hasta que yo se lo diga.

Balzic presionó hacia abajo con ambas manos la cabeza del viejo. Fiori tenía los ojos muy abiertos y se echó torpemente para atrás.

—Conque los eslavos no tienen cojones, ¿eh? —dijo Balzic—. Bueno, pues yo soy medio eslavo y medio italiano, ¿y sabe cómo estoy ahora? Pues estoy que echo chispas. Mejor que se esté callado si pensaba hablar, porque de un momento a otro llegará la policía estatal... Los eslavos no tienen cojones y usted no tiene cerebro. ¿Siempre ha sido de la misma manera? No me lo puedo creer. No puedo creer que mi padre viniera a verlo con tanta asiduidad, se sentara prácticamente a sus pies. ¡Maldita sea! ¿Para aprender qué?

—Para aprender a ser un hombre.

—¡Vamos ya! No hay ningún hombre que haga a su hija lo que usted le ha hecho.

—Él le pegaba. ¡Usted no lo entiende! ¿Tiene hijos?

—Tengo dos hijas.

—Entonces, ¿cómo es que no lo entiende?

—Aquí está el *quid* de la cuestión, que lo entiendo. El que no lo entiende es usted. Usted me habla de conejos que se comen el huerto y de que hay que matarlos para no morir de hambre, pero su hija no es una tomatera, su hija no es una lechuga ni nada que le pertenezca a usted porque usted haya plantado unas semillas.

—¡Y usted qué sabe! —dijo el viejo—. Usted es un imbécil, como su padre.

—¡Deje de una vez de hablar de mi padre!

—¿No lo ve? ¿No lo está viendo?

—Si no veo, ¿qué? ¿De qué está hablando?

—¿No está viendo lo furioso que se pone cuando le hablo de su padre? ¿No lo ve? Le dan ganas de matarme. Y eso que él está muerto. Yo ya no le puedo hacer ningún daño, yo solo hablo de él, pero fíjese cómo se pone. Entonces, ¿por qué es así de imbécil y no entiende que yo me ponga furioso cuando un hijo de puta pega a mi hija? ¿Eh? ¿Cómo es que no lo entiende?

—No es esto —dijo Balzic.

—Pues, ¿qué es? ¿Quiere decírmelo? ¿Qué es?

—¿Quiere saber lo que es? ¿No se da cuenta, hijo de puta, de que yo no lo mato por eso? ¿O es que no está aquí la diferencia?

—Que me mate o no me mate importa poco. Su padre ya está muerto. Lo que haga usted conmigo no cambia nada. Si yo le hice lo que le hice a ese hijo de puta que está aquí abajo —y dio una palmada en el suelo con la mano plana— fue porque seguía pegando a mi hija. ¡Ahí está la gran diferencia!

—Sí, en esto hay diferencia, de acuerdo —dijo Balzic—, porque ahora ella tendrá que pasarse años y más años visitando médicos de la cabeza para que la saquen de todo este lío... el lío en que usted la ha metido.

—¿Y usted qué? ¿En qué lío lo metió su padre? ¿Eh?

—Mi padre no me metió en ningún lío.

—¡Esa sí que es buena! No lo metió en ningún lío, ¿verdad? Cada vez hay que mirar por aquí, mirar por allí, ver lo de arriba, ver lo de abajo, ver lo de ese lado, lo de delante, lo de atrás... No es un lío, ¿verdad? Toda su vida es un lío.

Balzic dejó escapar un largo y profundo suspiro.

—Esto solo cuando me tropiezo con gente como usted, señor Fiori. Pero salgo del apuro. De momento todavía no sé cómo saldré de este y a lo mejor me cuesta mucho tiempo, pero seguro que lo conseguiré. Saldré con mis propias fuerzas o con ayuda de terceros, pero saldré.

Balzic se volvió para comprobar si los coches que se habían parado delante de la casa eran los de la policía estatal. Lo eran. Detrás del pelotón de los agentes de investigación criminal iba el forense Grimes. Unos minutos más tarde apareció el encargado en funciones Rilkin y tres de sus hombres de la oficina de la ley contra la droga. Balzic miró detrás de ellos por si descubría en la cola a alguien que tuviera pinta de delegado del fiscal general, pero no seguía nadie más.

En otras circunstancias Balzic se habría acercado a Rilkin y le habría cantado cuatro verdades, pero estas no eran otras circunstancias. Estaba demasiado abstraído pensando en todo lo que había dicho Fiori acerca de su padre y de la relación que existía entre ellos para prestar a Rilkin más de un segundo de atención.

Habló, en cambio, con el teniente Walker Johnson, oficial en funciones del departamento de investigación criminal, para informarle de lo que sabía acerca del asesinato.

—Me encantan estos líos domésticos —dijo Johnson, después de escuchar de labios de Balzic un escueto resumen de lo ocurrido—, pero hay un par de cosas que me preocupan, Mario, como por ejemplo la cuestión de los derechos. ¿Le ha dicho al hombre cuáles eran? ¿Lo recuerda?

—No sé si se lo he dicho o no, lo más probable es que tenga que encargarse usted de hacerlo.

—Bueno, Mario, no se trata de que me encargue yo o no, me refiero a que nos encontramos ante una pregunta que el fiscal del distrito querrá que contestemos. ¿Le ha informado...? ¡Demonios, usted ya me entiende!

—Si lo que me pregunta es si, antes de ponerme a cavar, le he informado de sus derechos —dijo Balzic—, ya le digo taxativamente que no lo sé, pero delante de un

magistrado, de un juez y de un jurado pienso decir que he informado al hombre de sus derechos.

—¡Muy claro, amigo! —dijo Johnson, poniendo la mano en el hombro de Balzic—. Un poco susceptible en relación con este punto, ¿no le parece?

—Solo un poco.

—Bueno, pues baje la temperatura unos grados y procure recordar que quién le habla es un amigo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, de acuerdo, usted perdone. ¿Qué más quiere saber?

—¿Querrá la suerte o la previsión que dispusiera de una orden judicial antes de ponerse a cavar en el huerto de este hombre?

—No, porque este no es el huerto de este hombre, sino el huerto del difunto. Lo había alquilado a la mujer que vive en esa casa —dijo Balzic señalando con el dedo la casa que se encontraba exactamente detrás de ellos—. La casa de este hombre es esa otra y la casa del difunto esa de más allá —especificó Balzic señalando las casas a ambas direcciones mientras hablaba—. Dicho con otras palabras, no hay manera de que me cojan en falso por esto. Aparte de que no he hecho las cosas a la buena de Dios y no me he dedicado a cavar indiscriminadamente todo este maldito huerto, sino que he ido directamente al sitio concreto. Y asegúrese de que el de la cámara saca fotos del terreno sin hierba y del terreno con hierba y también de que toma las medidas adecuadamente.

Johnson asintió con la cabeza.

—Lo haremos, lo haremos. Y ahora, para que yo me aclare, ¿podría decirme por qué ha venido directamente aquí? ¿Por qué se ha puesto a cavar aquí precisamente?, quiero decir.

—La anciana que vive en esta casa, la señora Skobolo, presencié los hechos. Lo que pasa es que ella no sabe que lo ha visto y se figura que lo ha soñado. Tiene la cabeza un poco confusa, pero ella es la que me ha informado. De no haber sido por ella, habría tenido que cavar todo el huerto.

—Muy bien, Mario, hablaremos con ella. Me parece que ya no queda nada más.

—Menos mal, aunque sé que todavía quedan cosas, pero si no me tomo un descanso, me voy a desmayar.

—¿Dónde estará, por si lo necesito? —dijo Johnson.

—En casa, hablando con mi madre. Tengo que hablar de una cosa con ella.

—Está bien entonces —dijo Johnson—. No lo molestaré hasta mañana, ¿qué le parece?

—Me parece muy bien. Y ahora, si me deja usar una de sus radios, haré venir un coche y me largaré.

Balzic solicitó por radio que fuera a buscarlo uno de sus hombres, quien lo recogió y lo llevó a su casa, donde estuvo largo rato hablando con sus hijas, su esposa y su madre, por este orden. Se enteró de que sus hijas se habían peleado, de que su esposa no había sido muy buena mediadora y de que su madre no había entendido

nunca qué había visto su marido en Mike Fiori. Todo lo que pudo decirle es que aquel hombre no se había esforzado nunca en caerle simpático a ella y que ella siempre había desconfiado de él.

—¿No se lo dijo nunca a papá?

La anciana frunció los labios, cerró los ojos y dijo lentamente que no con la cabeza.

—Eran cuestiones del sindicato y yo no hablaba con tu padre de esos asuntos. Cuando intentaba decirle algo sobre el sindicato, me contestaba cualquier tontería. Así que no hablábamos nunca de cosas del sindicato.

—¡A mí que me habría gustado tanto que hubieran hablado de las cosas del sindicato! ¿No le preguntó nunca qué pensaba de Fiori?

—No, los dos trabajaban para que las cosas funcionasen mejor. Esto era lo que él me decía y con esto me bastaba. Si Fiori no me gustaba, que no tuviera tratos con él. Y, por tanto, yo no tenía tratos con él.

—¿Cree que papá le tenía respeto?

—No lo sé, en realidad no lo sé.

Balzic se sentía aturdido y a la vez impresionado. Se preguntaba si en realidad no habría imaginado, quizá, más cosas de las que había habido en aquella amistad de su padre con Fiori y comenzaba también a cuestionarse el motivo de aquellas dudas. ¿Cómo podía haberse equivocado hasta tal punto? Se podía pasar la vida entera preguntándose cosas como esta sin encontrar satisfacción. Volvió a centrarse en su madre.

—Dígame una cosa, mamá. ¿Por qué piensa que Mike Fiori no volvió a casarse nunca? Eso de tener que cuidar de una niña tan pequeña... Yo no me vería capaz de hacerlo.

Su madre se encogió de hombros.

—No sé, pero yo diría que no deben de gustarle mucho las mujeres.

Balzic la miró con ojos muy abiertos.

—No querrá decir que era...

—¡Oh, no, no, no! No quiero decir que fuera un tipo raro. Lo que quiero decir es que no le gusta estar con mujeres. Hay hombres que son así. No es que sea un tipo raro, uno de esos... ¿Cómo los llaman ahora? Un gay. No, lo que pasa es que no le gustan las mujeres. Yo no le gustaba, por ejemplo, de eso estoy segura. No hacía nunca nada para que yo estuviera cómoda y a gusto en su casa, ¿comprendes? Por eso dejé de ir.

»Oye, niño, lo que veo es que tienes cara de cansado. Tienes unas bolsas enormes debajo de los ojos. Ve a dormir y olvídate un poco de todo este asunto, que mañana seguirá en su sitio y pasado mañana también y el otro y el otro. Ya lo verás.

—No tendré que verlo, pero sé que seguirá en su sitio.

Y tanto que siguió en su sitio. Días, semanas y meses.

Después de ser citado y de pasar dos días y una noche en el Centro de Detención del Condado, Mike Fiori fue puesto en libertad bajo fianza de propiedad por un valor equivalente a la valoración inmobiliaria de su casa y del terreno circundante. Volvió a su casa y siguió viviendo en ella más o menos como antes, trabajando en el huerto, ocupándose de las labores domésticas, dando diariamente largos paseos, cocinando y lavando ropa. Su abogado de oficio obtuvo dos aplazamientos, el primero de sesenta días y el segundo de treinta, aprovechando la práctica establecida de que más tiempo significa olvido y, en términos legales, olvido significa casi siempre perdón.

La señora Skobolo murió cuatro días después de que el abogado de oficio consiguiera el segundo aplazamiento. La última declaración jurada de dicha señora contenía repetidas referencias al significado de la muerte y de los huertos en las apuestas de la lotería de los números. En una primera fase de su declaración, estimó que la muerte significaba uno, pero más tarde declaró que significaba cero. Estaba segura de que los tomates significaban siete, pero no sabía por qué, y manifestó que las combinaciones de uno, cero y siete siempre le habían resultado adversas. Lo último que dijo en su declaración fue que seguramente sus libros de sueños se habían quedado anticuados y que esta era la razón de que no acertase ningún número desde hacía tanto tiempo.

Mary Frances Romanelli permaneció más o menos noventa y un días en el departamento de salud mental del hospital general de Conemaugh. Estuvo noventa y un días sin hablar, y cuando por fin comenzó a hacerlo, de su boca salió un torrente de emociones desbordadas en relación con su padre y con su marido. Entonces quería hablar con todo el mundo: ordenanzas, enfermeras, asistentes sociales, psicólogos, psiquiatras, otros pacientes, trabajadores voluntarios, visitantes...

Exponía teorías sobre el matrimonio y la familia, describía innumerables detalles de fiestas de cumpleaños, de fiestas de concesión de diplomas, de fiestas de Año Nuevo y de aniversarios de boda, tanto de sus padres como propios, hasta que la persona que la estaba escuchando se apartaba y la dejaba con la palabra en la boca. Después reanudaba la historia, anécdota, teoría o descripción ante la primera cara nueva que se presentase ante ella y lo hacía a partir del punto en que la había dejado cuando el oyente anterior se había esfumado de su presencia. Regalaba los oídos de las enfermeras con chistes sucios, rezaba con los guardianes y describía explícitamente sus experiencias sexuales a todo aquel que las quería oír, todo con la misma expresión y con un tono y aire de imponente y grave seriedad.

Explicaba cómo se almidonaba la ropa y cuándo la sexualidad no resultaba satisfactoria, comparaba las patatas de Maine con las de Idaho, las cerezas rojas con las negras, la lechuga Boston con la iceberg, los padres con los maridos. Explicaba por qué había empezado a morderse las uñas y por qué lo había dejado; exponía

teorías sobre que el hecho de que una mujer tuviera las piernas arqueadas no la hacía necesariamente más apta para la maternidad; juraba que, aunque tanto su marido como su padre la habían acusado en ciertas ocasiones de que ponía azúcar en la salsa de la pasta, no era verdad; proclamaba que el cáncer no estaba causado por ninguna sustancia inhalada con la respiración, sino por la incapacidad de reír; decía que las tomateras crecían por influencia de la luna, tal como creía su padre, y que florecían porque la temperatura llegaba a un determinado nivel —no sabía exactamente si eran cinco grados o diez—, tal como creía su marido.

La teoría que exponía con mayor vehemencia era la de que si uno plantaba un zapato no crecía, sin que en ello tuviera ninguna influencia la luna ni la temperatura. Tampoco influía para nada en ello el hecho de que el zapato tuviera un pie dentro. Seguía sin crecer, por mucho que se regara, abonara y cavara regularmente para airear la tierra y eliminar las hierbas. No crecía y no crecía, ni siquiera cuando la persona que había plantado el susodicho zapato fuera padre, por buen agricultor que fuese y por mucha experiencia que tuviese.

El personal estimaba que se había pasado tres días y cuatro noches hablando sin parar. Si hablaba tanto era por la cantidad de barbitúricos que había tomado, cantidad que habría matado un caballo, según puntualizó uno de los psicólogos al hablar con Balzic cuando este fue a interesarse del porqué la habían dejado salir de aquella institución la cuarta noche antes del amanecer.

Y Balzic había ido a interesarse porque suponía que tendrían alguna explicación que darle, por endeble, frágil o rebuscada que fuera, ya que Frances había ido directamente a casa de su padre y se había ahorcado en la cocina mientras este dormía. No había utilizado silla y en el techo no había nada a lo que pudiera atar la gruesa cuerda de la que se sirvió, por lo que había suspendido un extremo de la cuerda de la puerta de un armario colocado sobre el fregadero y se había atado al cuello el otro extremo de la misma, dejando que el peso de su cuerpo provocase la asfixia.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Balzic—. ¿Me va a decir que no sabían cómo estaba esa mujer cuando la soltaron?

El psicólogo se encogió de hombros.

—Esto no es ninguna cárcel. Aquí no se hace hincapié en... en la seguridad. ¿Es esta la palabra?

—Demasiado bien sabe cuál es la palabra. ¿Ha leído el informe del forense? ¿Eh? El psicólogo asintió.

—No me lo he leído con atención, pero le he echado una ojeada. Oiga una cosa, me parece que no habla usted con la persona...

—El informe del forense dice que tenía el estómago vacío, que no tenía nada dentro. He hablado con algunas de las personas que sirven la comida aquí dentro y me han dicho que hacía una semana que había dejado de comer. ¿No había comprobado este detalle?

El psicólogo tosió y frunció el ceño.

—Me parece que quizá tendría que hablar con otra persona...

—Me encantará. Dígame simplemente quién estaba de guardia cuando la soltaron.

—¿De guardia?... Estaba... yo. Y antes de que me lo pregunte, le diré que me llamo Solinowitz, pero el hecho de que yo estuviera de guardia no quiere decir que...

—¿Tiene alguna idea de lo difícil que resulta matarse tal como se mató ella? ¿Eh? ¿Ha visto alguna vez a una persona que se haya matado de esa manera? ¿Eh?

—No, pero yo no soy...

—¿Sabe que hay que tener muchas ganas de morir para matarse de esa manera? ¿Eh? ¿Atarse cualquier cosa al cuello e ir tirando hasta que uno se muere? ¿Eh? ¿Sabe cuánto se tarda? Entre tres y cuatro minutos. Piénselo cuando tenga un momento, cuando no tenga nada que hacer.

—Me parece inapropiado ese comentario.

—¿Ha pensado que no saltó de una silla?

—Sí, lo he pensado —dijo Solinowitz—, y me parece que hay algo que usted no tiene en cuenta.

—¿Qué?

—El factor de la venganza. ¿No acabó con su vida en casa de su padre?

Balzic asintió.

—¿No se sirvió de la cuerda que él utilizaba en el huerto? Quiero decir que el informe del forense, según lo he leído y vuelvo a decirle que no me lo he leído con mucha atención, decía que la cuerda que utilizó la mujer abundaba en la casa y que estaba presente sobre todo en el jardín, ya que si no me engaño se utilizaba en el huerto para atar las tomateras, amarrarlas a los rodrigones y otras cosas por el estilo.

—¿Y usted qué opina? —preguntó Balzic.

—Pues yo opino que se trata de una venganza. Eso es todo. Usted está muy soliviantado conmigo y lo atribuye todo a negligencia. Quiero decir que el hecho de que pudiera salir de aquí fue lo que la llevó directamente al suicidio y también que el hecho de que hubiera dejado de comer debía ser indicativo, no solo para mí sino para todo el personal, de que había algo grave y que no funcionaba. Sin embargo, yo quiero hacer hincapié en el factor de la venganza. La mujer salió de aquí, esto es evidente, pero no se arrojó desde lo alto de un puente cuando iba camino de la casa de su padre, ni tampoco se tumbó en la vía del tren, pese a que habría podido hacer cualquiera de las dos cosas. Existían las dos posibilidades. No solo quiso escaparse de nosotros, sino que corrió hacia él. Eso es lo que quiero decir. ¿Entiende lo que le digo?

—¡Menudo consuelo!

—No se trata de ningún consuelo. En absoluto. Lo único que quiero es que lo tenga en cuenta antes de seguir reprendiéndome por la falta de seguridad de esta casa. Nada más que eso.

Balzac lanzó un suspiro y movió las mandíbulas como si masticara...

Poco tiempo después de esto comenzó el último gran silencio de Michael Fiori. Después de hablar con un cura acerca del alma de su hija y con el director de la casa de pompas fúnebres Donelli sobre sus instrucciones en lo relativo al entierro, se sumió en un último y definitivo silencio.

A instancias del abogado de oficio y con la vehemente concurrencia de Balzac, fue sometido a un examen de treinta días en el mismo departamento de salud mental en el que su hija había pasado noventa y cuatro de sus últimos noventa y cinco días, al objeto de determinar si estaba en condiciones o no de ser juzgado y de cooperar en su defensa.

Cuando todavía faltaban veinte días para terminar el período de examen, el jefe psicólogo clínico Harry Moskowitz dijo en un memorándum dirigido a todos los funcionarios del tribunal, es decir, al juez de Causas Comunes del Tribunal de Conemaugh, al fiscal del distrito judicial y al defensor de oficio, que «... Michael Fiori, en opinión del abajo firmante, es incompetente para someterse a juicio e incapaz de colaborar en su defensa por la sencilla razón de que se niega a comunicar por medio de la palabra, expresión o gesto, qué es lo que piensa. No se trata de un catatónico en el sentido estricto de la palabra, ya que está en condiciones de andar y realiza con autonomía y perfecto control sus hábitos higiénicos. Lo único que hace es negar la comunicación con los demás. Dada su avanzada edad y su actual mala disposición a responder bajo cualquier forma a los requerimientos de los demás, soy de la opinión de que no se conseguiría nada sometiendo a este hombre a juicio ante un tribunal...».

Un tribunal del Condado de Conemaugh, en pleno ejercicio de sus funciones, escuchó este informe y el informe de la investigación previa al juicio hecho por un agente de vigilancia y se inclinó a favor de la moción presentada por el abogado de oficio para levantar la acusación, basándose en el hecho de que «... no se conseguiría ningún beneficio público ni se serviría a la justicia...» procesando a Michael Fiori.

El rostro de Fiori no evidenció ni la más mínima señal de comprensión al oír la decisión del tribunal. Ni siquiera hizo una inclinación de cabeza para saludar al delegado del alguacil del condado al acompañarlo fuera de la sala del tribunal y comunicarle que había quedado en libertad. Fiori recorrió a pie los seis kilómetros que separaban el tribunal de su casa de Kennedy Township.

Según el testimonio de todo el mundo, incluido Balzac, el viejo no dijo nunca ni una sola palabra acerca del asesinato de su yerno ni del suicidio de su hija. De hecho, el viejo solo habló lo necesario para ir viviendo hasta que lo sorprendió la muerte después de un año menos una semana desde el día en que su hija había comunicado la desaparición de su marido.

El viejo Fiori fue encontrado en su huerto por la esposa del matrimonio que había ido a vivir a casa de la señora Skobolo. La joven esposa estaba en el patio trasero de la casa tendiendo las esteras que acababa de lavar cuando vio al viejo acurrucado en

su huerto, lo que la indujo a llamar a la policía y al servicio de ambulancias.

El agente Harry Lynch, desde entonces relevado de su trabajo como agente de oficina, respondió a la llamada y, así que se hubo ocupado de que el cuerpo de Fiori hubiera sido trasladado ante el forense del condado, informó a Balzic, que estaba en Muscotti, de la muerte del viejo. Balzic había tenido uno de aquellos días burocráticos que lo dejaban con la sensación de haber sido atacado con esponjas húmedas arrojadas por una multitud, por lo que estaba entregado a la tarea de beber cerveza de barril, mirar fijamente el vaso y procurar no pensar en nada. La noticia de la muerte de Fiori se imprimió más bien en su diafragma que en su cerebro e hizo que su respiración se convirtiese en resuello.

—Ha sido una cosa de lo más raro que imaginarse pueda —dijo Lynch—. El viejo estaba tumbado entre todas aquellas tomateras, cargadas con los tomates más rojos y más maduros que ha visto en su vida. Y tenga en cuenta que ni siquiera estamos en la segunda semana de junio. Yo no creía que se pudiera cultivar tomates tan pronto, ¿y usted? Me refiero a cultivarlos fuera de un invernadero. ¿Usted sabía que se podían cultivar tomates tan temprano en esa zona?

—Es evidente que es posible si uno se empeña —dijo Balzic, sintiendo acercarse los síntomas de la depresión—, pero hasta ahora no había sabido que ese hijo de puta se hubiera empeñado en cultivarlos.

—No sé de qué me habla.

—De todos modos, ya están todos muertos —dijo Balzic, dándose cuenta de que empezaba a jadear—. Así que, maldita la importancia que tiene lo que yo pueda pensar... De todos modos, nunca lo había pensado, de veras que no... Esto es todo lo que puedo decirle.

—Mario, no sé de qué puñetas está hablando...

—Oye, Harry, olvídale, ¿quieres? Tú querías notificarme algo y ya lo has hecho. Así que vuelve a tu trabajo.

La cabeza de Lynch se retiró un poco, al tiempo que dirigía una mirada interrogativa a Vinnie, quien se encogió de hombros con un gesto como de quien no sabe de qué va la cosa. Lynch aspiró aire una o dos veces por la nariz y se marchó mordiéndose el interior del labio superior.

Vinnie se acercó a Balzic y le indicó el vaso con una seña.

—¿Por qué lo trata de esa manera? Él no ha hecho más que cumplir con su deber. Ha considerado que a usted le gustaría enterarse de la noticia.

—Oye, paisano, ¿te acuerdas de lo que pasó con estos chicos el año pasado más o menos por esta época? ¿Cuando estuvieron diez días de huelga? ¿Te acuerdas de cuando transformé todo el maldito departamento?

—Me acuerdo —dijo Vinnie, cogiendo el vaso de Balzic y volviéndoselo a llenar.

—¿Sabes con lo que se tuvieron que conformar? No importa, te lo diré: obtuvieron el ocho por ciento el primer año, el ocho por ciento el segundo y el siete por ciento el tercero; obtuvieron un aumento de un quince por ciento en la

subvención por uniforme. Consiguieron que el tiempo en los tribunales les contara en un cincuenta por ciento más, tanto si habían hecho las cuarenta horas como si no. Consiguieron que hubiera uno de los suyos en la junta de pensiones. En otras palabras, cuando el año pasado salieron a la calle, dije que tenían razón porque la tenían. Y cuando consiguieron prácticamente todo lo que pedían, me alegré por ellos.

Balzic tomó un sorbo de cerveza y trató de respirar más pausadamente.

—Pero ahora es que no se ganan el estar haraganeando por aquí dándome la rosca y antes de que digas una de las tuyas, te recuerdo que aquí el jefe soy yo, para que lo sepas.

—Oiga, que yo no he dicho ni palabra —dijo Vinnie—, ni palabra.

—Así que cuando viene Harry y me dice que han encontrado muerto a ese viejo entre sus tomates maduros, ya sé qué espera de mí. Lo que quiere es volverme del revés las ideas con esta noticia de pacotilla, cuando ni siquiera él la ha podido verificar. ¿Qué pasa, pues? Que se vaya a trabajar. Eso es lo que tiene que hacer. Que se vaya a trabajar y que se olvide del asunto.

—Mire, me ha convencido —dijo Vinnie.

—No es a ti a quien quiero convencer —dijo Balzic, apurando el vaso y poniéndose de pie.

—¿No quiere más? —dijo Vinnie.

Balzic negó con un gesto de la cabeza y se dirigió a la puerta. Tenía que irse. Sentía más cerca aquella depresión que había notado momentos antes, casi la tenía encima y sabía que, si no salía inmediatamente de Muscotti, trataría de sacudírsela a golpe de copas.

Al llegar a la puerta se volvió y dijo a Vinnie:

—No es que esto me consuele, pero aquí es donde ha empezado todo...

—Ya entiendo —dijo Vinnie, asintiendo con la cabeza.

Balzic salió del local, convencido de que Vinnie le entendía, aunque esto tampoco era un consuelo. Tardó unos buenos cinco minutos, parado bajo el sol de la tarde, en recuperar el control de la respiración. Se encaminó andando a la comisaría pensando que también él tenía que ponerse a trabajar y que lo extraño de la respiración era que, cuando se tenía bajo control, era cuando no había necesidad de controlarla. Ya estaba casi en la comisaría cuando sus pensamientos, enteramente ocupados por la respiración, se vieron invadidos por la imagen de un huerto, profusamente poblado de tomates grandes y maduros, cosa que acabó de convencerlo de que necesitaba ponerse a trabajar cuanto antes. Pensó que debía escribir una nota al alcalde Angelo Bellotti referente a las últimas propuestas sobre los vehículos de cuatro ruedas y consideró que esta podía ser una buena manera de aligerar la presiones, pero se paró en mitad de aquellas consideraciones justo en el momento en que su mirada se veía atraída por un cierto movimiento al otro lado de Main Street: un hombre fornido de unos cuarenta y tantos años, vestido con un traje gris de poliéster, bajaba de un Ford de cuatro puertas que tenía todo el aire de ser el coche de una empresa. Balzic

observó que el hombre se palpaba los bolsillos, se pasaba la cartera de la mano derecha a la izquierda, echaba una mirada a su alrededor y se apartaba del coche.

Balzac miró en ambas direcciones, esperó a que se produjera una interrupción del tráfico y cruzó la calle al trote al tiempo que pensaba que aquel era el trabajo policial que le correspondía hacer. Tenía ante sus ojos una simple y flagrante violación de aparcamiento.

—¡Eh! —gritó—. ¡Usted, el de la cartera! ¿Es que no piensa echar una moneda en el parquímetro o qué?

Notas de la traductora

[1] *Uncle Sugar* (Tío Azúcar) se refiere al gobierno de los Estados Unidos. <<

[2] El oso Smokey es un personaje de tiras cómicas que va vestido como un guardabosques y que se utiliza como símbolo de las campañas de prevención de los incendios forestales. <<

[3] CPA, Certified Public Accountant (contable público). <<

[4] Enano que forma parte del folclore alemán y que aparece en los cuentos infantiles tradicionales. <<